

LA HISTORIA DE SATÁN Y LA NOCHE DE LOS OBISPOS

JHISTORIA DE LOS PAPAS

Una Introducción a la Historia de la División de
las iglesias



CRISTO RAÚL Y & S

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA DE LA DIVISIÓN DE LAS IGLESIAS

Primera Negación de Cristo

Leon III (795-816) Esteban IV (816-817)

Segunda Negación de Cristo.

Siglo X. Primera Pornocracia Vaticana

Tercera Negación de Cristo. La Forja de un Anticristo

Eugenio IV, Nicolás V, Pío II, Pablo II, Sixto IV, Alejandro VI (1492-1503)

EPÍLOGO UNIFICADOR

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA DE LA DIVISIÓN DE LAS IGLESIAS

1

Sería muy difícil, si no imposible, llegar a comprender la Historia de la División de las iglesias sin darle a la Palabra de Dios la omnipotencia y el todopoder que el Misterio de la Divinidad en sí representa en el seno de la Realidad que se desenvuelve entre los dos pilares básicos de la Creación del Universo y del Género Humano. Se puede estudiar la Historia del Cristianismo tomando como base de prejuicio la maldad intrínseca en las demás iglesias y la santidad de la comunidad a la que el estudioso representa. Todos los cristianos no ortodoxos, por ejemplo, son herejes y sólo los ortodoxos son los verdaderos cristianos. O aplíquesele al Protestantismo: los católicos y los ortodoxos son anticristos y sólo los protestantes son santos... porque sí.

Esta forma de raciocinio, natural al comportamiento de los historiadores y teólogos y personajes estelares de las distintas iglesias es, como se entiende sin necesidad de ser un historiador profesional, sólo un hijo de la Verdad, este tipo de comportamiento intelectual peca de prejuicio subversivo contra la realidad, niega a Dios, manipula la fe, y transforma al cristiano -sea católico, protestante u ortodoxo- en un verdadero idiota.

La palabra de Dios, por contra, tiene la virtud todopoderosa y omnipotente de mantener firme su declaración y vencer toda fuerza que se le pueda oponer. En parte es el misterio de la Historia del Género Humano, que se resume en la Batalla de la Palabra del Dios que en su Día dijera: “Hagamos al Hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza”, contra las fuerzas que se opusieron a la formación de este Ser Humano creado para ser un Semejante de Dios.

Observemos que el Reto que los hijos de Dios, “no de esta creación”, le lanzaron al Creador del Universo y del Género Humano causó la Caída de todo lo edificado en condiciones perfectas de trabajo, y puso a Dios ante la disyuntiva de “abandonar a su hijo”, Adán, o “volver a levantar el edificio en las condiciones adversas más contrarias imaginable por la mente del mismísimo Infierno”. ¿Lograría Dios engendrar a ese Hombre, hijo de Dios, bajo tales condiciones?

Este era un reto, como se ve, dirigido contra el Verbo, contra la propia Naturaleza de la Palabra de Dios

La Historia de la Humanidad desde la Caída a nuestros días puede recrearse sin interrupción si se sigue esta línea de relación entre Dios, el Hombre y el Universo. Y, por contra, alejándose de este camino se llega a la pérdida de memoria, con las consecuencias que una patología de esta naturaleza había de expandir sobre el campo de la Historia de la Civilización. Ahora bien, siendo hijos de Dios no creo tener necesidad de volver a abrir la boca para beber lo que en su día fuera “aquella leche espiritual” con la que Dios, en sus hijos, de la descendencia de Abraham, alimentara al Hombre Cristiano.

“Que si la fe sin la ley, que si la ley sin la fe...” estas son papillas que administrada al Cristiano ya hecho y derecho, en su adolescencia corriendo el Siglo XVI y XVII, no podían más que provocar involución en su comportamiento y, tomando este anacronismo como base de pensamiento, proceder a una profunda esquizofrenia con

efectos violentos destructivos, como se viera en la Crónica de la Batalla Protestantismo-Catolicismo.

Pero lo que en aquella Batalla de las iglesias todos los participantes, y después sus herederos, han dejado en el tintero de las cosas para el olvido ha sido la Verdad.

Ya hemos visto que la Muerte hizo de la Tierra la Colonia Madre desde la que abrir su Infierno a la Creación entera tomando como punto de partida la Duda sobre la Omnipotencia y el Todopoder de Dios para llevar su Palabra hasta sus últimas consecuencias. Habiendo anunciado el Nacimiento de un Hombre a su Imagen y Semejanza, formado en condiciones paradisiacas al caso, el Asesino de Adán dio por sentado que en condiciones infernales de Formación el Hombre no alcanzaría jamás “el Ser”.

Cualquiera que mire a su alrededor ve dos cosas.

Una: esas condiciones infernales siguen imponiendo su ley y su ritmo.

Y dos: La ausencia de ese Hombre a Imagen y Semejanza de Dios, su Creador, no porque no exista, sino porque no es Libre y permanece sujeto a la Ley de la Necesidad que impusiera la Cruz como Puerta hacia la Resurrección.

Ahora bien, desde la Duda, es decir, decantándose por la Ideología del Infierno, esto sucede así porque el Verbo no es Dios. Y no siéndolo es simplemente natural que el hecho de la no aceptación de esta Realidad, por Dios y el Cristianismo, no haga sino perpetuar el estado de infernalidad bajo el que se encuentra la Humanidad.

Desde la Fe y el Espíritu, sin embargo, las condiciones de infernalidad bajo las que la Civilización ha hecho su camino hasta nosotros, existen como consecuencia de la propia Respuesta de Dios al reto de la Duda sobre la Veracidad de la Paternidad Divina sobre Jesús, su Hijo Unigénito (en el episodio del Paraíso la Duda liderada por aquél que fuera hijo de Dios en sus orígenes y acabara siendo “el Maligno”). Y así, habiendo Dios de elegir, entre las dos puertas que le abriera la Caída de su hijo Adán, de abandonar el Género Humano a su suerte como aborto que no pudo completar su ciclo de formación, o volver a empezar tomando como plataforma de trabajo un campo mundial sometido a la ley del Bien y del Mal, habiendo elegido la segunda alternativa, el Mundo tal como lo conocemos existe en base a esta Respuesta. Dios no sólo no abandona a su Hijo, el Hombre, sino que juró por su Nombre, YAVE, y su Casa, SION, que ese Ser Humano, creado para ser su Semejante, alzaría su Cabeza sobre todas las naciones de la Tierra y sus Piernas se afirmarían a los lados del Océano. Y esto lo anuncia Dios en la persona de su Unigénito y Primogénito, y lo deja por escrito para que le sirva de Testimonio a toda la Creación.

Problema sobre problema por tanto. La Victoria de su Unigénito puso sobre el campo de batalla entre Dios, el Infinito y la Eternidad contra la Muerte, el Diablo y el Infierno, un elemento decisivo para comprender el Futuro del Cristianismo y las iglesias. Y es que Dios no sólo “no abandonó” a su Criatura, el Hombre, sino que en la Resurrección de su Hijo, extendió sobre el Futuro del Cristianismo la Visión del Hombre Nuevo hacia cuyo Nacimiento se han ordenado todas las cosas, las del Cielo como las de la Tierra.

Arriba, en el Cielo, la entrada del Vencedor Todopoderoso y Omnipotente, Jesucristo, revolucionó toda la Historia de la Creación al sentarse a la Derecha de su Padre como Rey Universal Sempiterno y Juez Todopoderoso Supremo. El Imperio de los dioses del Cielo, formalmente suspendido cuando su Rey de reyes y Señor de señores se encarna en la Virgen María de Nazaret, queda finalmente abolido cuando el Hijo de María, se sienta a la Derecha del Dios del Infinito y la Eternidad.

Aquí Abajo la Revolución más grande jamás concebida, la Edificación del Cristianismo, procede a dirigir la Historia de la Humanidad al ritmo de la Respuesta de Dios al enemigo de la Vida a la Imagen Divina : Vida Inmortal. Y comienza la Gran Batalla Final de la Muerte contra la Vida, del Cielo contra el Infierno. El objetivo de la Muerte era y no podía ser otro, como lo dice Dios en su Libro, que la destrucción de la Semilla de la Fe, es decir, de la Iglesia, la Madre que en su seno, a la manera que Sara, esposa de Abraham, portaba en el suyo a Cristo, llevaba en sus entrañas la Descendencia de su Señor y Rey.

Adelantándose y previniendo a sus siervos, Dios escribe con la mano de sus hijos, de la descendencia de Abraham, su Palabra, a fin de que, en la Fe y por la Fe, no olviden que Cristo ha vencido al Diablo, pero el Verdadero Enemigo del Hombre es la Muerte. Y ésta, permanece Abajo, aunque descabezada, si se puede decir así, por el Encadenamiento del Campeón de su Infierno, el Maligno. Permanencia obligada mientras no se consume la Palabra de Dios y “el Hombre formado a Su Imagen y Semejanza” llene la Tierra a los ojos de toda la Creación. Este será, pues, el Origen de las Persecuciones contra el Cristianismo.

La Historia está escrita, no voy a repetirla. Pero sí reabrirla. Y es que la Victoria del Cristianismo sobre sus enemigos no podía implicar en ningún caso la Liberación Final. No mientras el Verbo del Principio no se hubiese consumado. Y por tanto la Humanidad seguía sujeta a la Muerte. Y ésta, buscando la destrucción del Cristianismo, y pues que no podía vencerlo directamente, seguiría la táctica y estrategia del “cordón Sanitario” contra la Iglesia, es decir, roturar el campo donde sembrar la Cizaña de la Duda y la Incredulidad mediante el desprecio de la Razón hacia la Fe en base al comportamiento anticristiano de los Pastores del Cristianismo.

Esta Estrategia de la Muerte es la que dirigiría toda la estructura de la iglesia romana a los pies del Periodo conocido como Primera Pornocracia Vaticana, o Siglo de los Papas Pornócratas, fruto de cuyo trabajo sería la División de las iglesias en el llamado Cisma de Oriente.

Ni que decir tiene que si en el Occidente Cristiano la Muerte trabajaba para hacer del Jefe de los siervos de Cristo una visión dantesca, en el Oriente Cristiano la misma Muerte había edificado su obra mirando al choque que, una vez Liberado, dirigiría su hijo, el Diablo, cuya Liberación Apocalíptica había sido ordenada para el alba del Primer Milenio de la Primera Era de Cristo.

En efecto, la primera victoria de la Muerte se hizo. El desprecio hacia la iglesia católica de una iglesia ortodoxa perfectamente al corriente de la Pornocracia Romana, aunque mantenido sin embargo entre los cauces de la Unidad, voló por los aires el trabajo de roturación ya hecho en el momento que el Diablo fue liberado y arrojado a la Tierra y, moviendo peones, utilizó a Miguel Celulario como su torre en el tablero a Vida o Muerte en el que jugaba su partida final el que fuera, una vez, un hijo de Dios.

Los historiadores de las iglesias, en particular, y del cristianismo, en general, cuando imitan a los historiadores de las cosas humanas y sujetan la Historia de una realidad Divina, el Hombre Cristiano, a los cánones científicos naturales, cometen un error terrible. El Cristianismo no existe sin Dios y sin Dios es imposible entender su existencia. Estando sujeta la Creación entera a una Guerra de proporciones apocalípticas, ¿cómo es posible historiar el crecimiento y expansión del Cristianismo sin inmiscuir en su desarrollo la existencia del Diablo, la Muerte y el Infierno? ¿Cómo ignorar la Liberación del Diablo y su infernal influencia en la Historia de la División de las iglesias? ¿O porque se acuda a la falacia de ignorar la División de las iglesias no existe Historia de la División del Cristianismo?

Es evidente y por fuerza necesario que, por ejemplo, el Protestantismo, producto de la Actuación del Diablo, ya liberado, y actuando en la Cristiandad para provocar en su seno una ruptura esquizoide violenta, deba por lógica trasponer los tiempos y proyectar la Liberación del Diablo al año dos mil, invocando en su ayuda al Anticristo. Es sólo natural igualmente que el Catolicismo, a fin de no reconocer la paternidad diabólica de Alejandro VI y su escuela anule la Palabra de Dios mediante el recurso a la Teología del Milenarismo. Y sólo natural que la iglesia ortodoxa a fin de no querer ver la conexión Diablo-Miguel Celulario se limite a ignorarla, aduciendo la existencia de la Primera Pornocracia Romana como causa del conflicto y posterior Ruptura de una Unidad ya de por sí frágil.

La negación de la Realidad, como vemos, sólo conduce a la perpetuación de los efectos buscados. ¿Y cuál puede ser el efecto final buscado por el Diablo, la Muerte y el Infierno sino la Destrucción de las iglesias por la Palabra de Dios que decretara: “Todo reino en sí dividido será desolado y toda ciudad o casa en sí dividida no subsistirá”? ¿Acaso la Iglesia no es la Casa de Dios en la Tierra? ¿Y no es el Cristianismo el Reino de Dios en el Mundo? ¿Y no es la Fe la Ciudad Espiritual de Dios en el Hombre?

¿Qué corresponde, por tanto? ¿Acusaciones mutuas? ¿Ignorar los hechos y demonizar la Verdad a fin de mantener la conexión del Diablo con la Historia de la División de las iglesias?

Digamos lo que dijo el Espíritu Santo:

“Dios nos encerró a todos en la desobediencia para tener de todos misericordia en la obediencia”.

La Voluntad Unificadora Presente de Dios está abierta y sigue su marcha hasta llegar a todas las iglesias. Mi consejo es que, visto que el Futuro de la Creación ya ha sido edificado sobre Roca, y siendo el Futuro de la Humanidad el que está en juego, todas las iglesias, lo mismo la Católica que la Ortodoxa y la Protestante, cada una con sus ramas, abandonen todas sus diferencias y disputas por supremacías y ritos y cumplan lo que está escrito: “Toda rodilla se doblará ante Dios”, comenzando por sus siervos, se entiende.

Ya sobre el papel, mi intención en este libro no es ni atacar a la iglesia romana ni defender a los protestantes y ortodoxos, sino conectar ante los ojos de todos, a la luz del Espíritu, el origen del comportamiento de los actores de esta JHISTORIA con su verdadera fuente, la Muerte y el Diablo. Piensen los católicos que de no haber existido las gentes que enseguida vais a ver existieron, y de haber seguido todos el ejemplo de los Primeros Obispos, la División de las iglesias no sólo no hubiera sido posible sino que reforzada la Unidad por el Descubrimiento a estas alturas la Cristiandad y la Humanidad serían ya una sola cosa. Mas es evidente que el fin buscado por la Muerte y el Diablo era enterrar a la Humanidad en el Infierno de las Guerras Mundiales, para lo cual tenía que dividir al Reino de Dios en la Tierra, sumirlo en una guerra civil histórica, y abrirle a su Infierno las puertas, que con su Duda y su Ateísmo dirigiría el curso de los siglos a la Batalla Final entre el Cristianismo y el Mundo.

Ya hemos visto lo que pasó en el Siglo XX, cómo el Armagedón fue ganado por la Humanidad gracias al Cristianismo, y estamos viendo cómo la Muerte y el Diablo, conociendo que su Fin está próximo, están sembrando la Tierra de Odio con objeto de provocar una Guerra Mundial de Civilizaciones. Pero ese Fin está al otro lado de la Unificación de las Iglesias. Y ya no hay nada ni nadie que pueda detener el curso de lo que Dios ha puesto en movimiento.

Piensen los Protestantes, en todas sus ramas, que si la Muerte y el Diablo extendieron su Maldad sobre el Sucesor de Pedro, ya su Señor predijo este comportamiento en el Episodio de las Negaciones de Pedro. Y que si el Diablo pudo con el Jefe, creer que no iba a poder con un simple monaguillo, Lutero, es locura inmensa. ¿NO cayó Adán ante el mismo que hiciera caer a las iglesias? ¿Y no dice Dios hablando de su hijo Adán que fue el hombre más grande que conociera la Tierra? ¿Y acaso el hecho de que Dios eligiera al Hijo de sus entrañas, a su Amado, su Unigénito, para Campeón nuestro no se debió a la naturaleza del Poder de aquel que en su día fuera “un hijo de Dios”, y como tal fuera creado a Imagen y Semejanza de Dios?

En definitiva: Lutero y sus colegas esperan su defensa en la Obediencia de las iglesias protestantes de Hoy.

Piensen los ortodoxos que la Iglesia Ortodoxa de Bizancio cayó por desobediente al Mandato de Dios, quien había establecido la Necesidad de alejarse del Imperio Romano, con el cual, contra la Voluntad de Dios, el Patriarca de Constantinopla no sólo se alió con el Emperador sino que además se declaró su siervo. Y aunque Dios da tiempo a volver a su Señorío, consumada la Desobediencia actúa acorde a Juicio, y habiendo determinado la Caída del Imperio Romano todo lo que se hallara bajo su techo sufriría las consecuencias. El traspaso de la Segunda Roma a la Tercera determinó la misma consecuencia y por culpa de la Ortodoxia recalcitrante, buscando siempre la Autocracia del Imperio como su aliado natural, en detrimento del Señorío Universal de Jesucristo, el Pueblo Ruso hubo de sufrir el látigo de Dios contra su iglesia, contumaz y recalcitrante, provocando la necesidad de la Caída de la Autocracia Zarista como medio de liberación de su Pueblo.

Pero perderse en acusaciones y juicios es injusto. La voluntad Unificadora de Dios no admite discusiones ni condiciones, ni tiene por fin glorificar a obispo alguno. Sólo el Señor Jesús, Esposo de la Iglesia, Madre de su Descendencia, será glorificado en la Obediencia. ¿Y quién es la Esposa de Cristo sino el Cuerpo de Cristo? ¿Y no es el Cuerpo de Cristo la Iglesia? Ahora bien, aunque en el cuerpo el movimiento existencial obedece la voluntad del ser, cada miembro tiene sus propios movimientos y leyes. En este Espíritu acudan todas “las vírgenes” a la Llamada, porque la que se quede atrás no entrará.

Definiendo conclusiones, aquí he tratado de darle materia al espejo donde católicos, protestantes y ortodoxos pueden ver al Diablo, la Muerte y al Infierno atacando donde más daño podía hacerle a Dios. Que la Noche ha terminado y ha nacido el Día puede verse en el rostro del Obispo contra el que el Diablo y la Muerte lanzaron sus más duros ataques, en cuya faz la Imagen de su Origen, aunque distorsionada por la edad, según dijera Dios: “Cuando seas viejo otro te llevará donde tú no quieres”, refleja la Gloria de Dios Hijo Unigénito, Señor de todas las iglesias, Rey de todos los cristianos y Salvador de la Humanidad, quien, llegado el Día de la gloria de su libertad, extiende sobre la Tierra sus Brazos dispuesto a llevar a la Humanidad al Futuro para el que ha sido creada.

No concluya el lector, por la repugnancia del escritor ante la visión de la obra del Diablo y la Muerte, en premisas falsas. Pues Dios no le retiró, a quien eligiera para ser el Dedo que porta el Anillo de la Alianza de Vida eterna entre su Hijo y su Iglesia, su Gloria, a causa de su Debilidad en “la hora de las tinieblas”. Pero que la Mano que porta el Anillo de la Alianza entre Dios y el Hombre: reclame para sí la Gloria de quien es la Cabeza del Cuerpo al que pertenece esa Mano, esto sí es demencia, y sin esta demencia, como sin la Ignorancia no hubiera podido engañar la Serpiente a Eva, sin esta demencia es imposible que la Muerte y su príncipe hubieran podido poner entre los Edificadores, los Apóstoles, y sus Sucesores, los Obispos -de todas las iglesias - un abismo de por medio.

Terminar diciendo que siendo Católico de nacimiento, y educado en la doctrina cristiana por siervos de Cristo, tanto más chocante me fue el descubrimiento de esta Crónica de Papas "putos" y "asesinos en serie" cuanto mayor fue y es el silencio que la Iglesia Católica mantuvo sobre estos Hechos de los Papas a la hora de la formación de mi inteligencia adolescente, en la que levantó un muro de ignorancia entre la Historia y la Realidad, en la creencia de poder mantener por la Ignorancia lo que la Verdad pondría en peligro, la Fe. El estudio de la Reforma, previo a LUTERO, EL PAPA Y EL DIABLO me condujo directamente a los Periodos Pornocrátas, los Cismas de Occidente y la especie de los Papas Borjias. Mi Mente, forjada por Aquél del que volví a nacer en el Espíritu de Inteligencia, se encontró de repente bajo una tormenta de repugnancia y asco, a la que he podido vencer en razón de la Fortaleza y Fidelidad a quien me dio su Nombre y me llamó "hijo".

Vosotros que leéis esta JHISTORIA tened presente que se trata de derribar el Muro de la Ignorancia con el fin de demostrar que la Verdad no sólo no se levanta contra la Fe sino que la fortalece, la Ignorancia es el verdadero enemigo de la Fe. Quienes usan la Ignorancia para mantener la Fe que de conocer la Verdad, en su opinión, se vería mortalmente atacada, no obtienen de su trabajo sino todo lo contrario, según el Dicho : "Hago el bien pero es el mal el que obtengo". De todos modos, el vino se llama vino porque es vino y no agua, y la Verdad se llama Verdad porque es Verdad. Quienes prefieren la Ignorancia por amor al débil destruye la Fe del Fuerte, que con la Verdad se hace más fuerte y por su fortaleza en la verdad sostiene al débil en la Fe con la fuerza que viene de la Fe. Y dicho esto pasamos al grano.

2

Historia del Cristianismo

Al final del siglo primero, después de Nerón, abierta la veda de las persecuciones anticristianas, y para que su Pueblo no se dejase agobiar por la idea de haber sido abandonado a su suerte, el Hijo de Dios, sentado a la Diestra de su Padre, y desde su Trono Sempiterno le envió un ángel a su Discípulo Juan. Este Ministro del Rey que Dios le ha dado a toda su Creación, y no hay otro ni habrá jamás Rey alguno sobre las criaturas del universo fuera de Jesucristo, se le presentó al último Apóstol vivo, Juan, y le dio el libro que llamamos El Apocalipsis. En esta última revelación el Señor Jesús le anunciaba a su Pueblo la Caída del Imperio Romano.

Yavé Dios, Padre de Jesucristo, le había anunciado a su pueblo, los hijos de Israel, la Caída del Imperio Romano a través de la mano del profeta Daniel. Gran parte de la conducta de los judíos que se rebelaron contra el Imperio del César Tiberio tuvo en la profecía de Daniel su cuna. La de los Apóstoles, siendo hebreos de nacimiento, y precisamente porque lo fueron, se basaba igualmente en el texto de Daniel. Los Apóstoles creían en la próxima Caída del Imperio Romano porque así estaba escrito en el Antiguo Testamento. Interpretando a la luz de los tiempos la profecía de Daniel los Apóstoles consolaban a los Primeros Cristianos recordándoles cuál sería el futuro de sus verdugos. Pero aunque no hubieran tenido el testimonio profético de Daniel tenían el espíritu de Hijo que les descubría cómo el corazón del Padre ardía en fuego y sus llamas consumirían al César y toda su obra. Dios mismo, queriendo volver a dar Testimonio de la Promesa que hizo en Daniel, le dio libertad a su Hijo para que le enviara uno de sus Ministros a San Juan, y mediante escrito ratificase lo dicho: El Persa sería destruido por el Griego, el Griego por el Romano, y el Romano por Cristo, cuyo reino no sería destruido jamás.

Las palabras del propio Rey de la Gloria, Jesucristo, hablando del Castigo Divino contra el Imperio Romano fueron claras, contundentes y precisas:

“Sal de ella, pueblo mío, para que no os contaminéis con sus pecados y para que no os alcance parte de sus plagas; porque sus pecados se amontonaron hasta llegar al Cielo, y Dios se acordó de sus iniquidades”.

Muchas consecuencias podemos destacar de esta Sentencia. Vemos que si el Hijo confirma la Sentencia Divina firmada por el Padre, siendo los Ministros de ambos, Daniel y Juan, uno en el mismo Espíritu Santo, en esta Confirmación se aprecia la advertencia y el consejo unidos en un mismo lazo. La Sentencia era firme y caería sin tener en cuenta quien mirase para atrás. La advertencia era para todos los cristianos y el consejo también. El Dios que le daría el doble a la Gran Ramera no detendría su látigo en consideración a los cristianos que se hallasen aún entre sus brazos. Obviamente en este terreno entra en juego la opinión de los herederos espirituales de Martín Lutero y Cía., gente en comunicación directa con el Espíritu Santo. Según la sabiduría infusa de tales herederos la Gran Babilonia de la profecía de Jesucristo ora es la Iglesia Católica ora son los Estados Unidos de América. De acuerdo

a tales intérpretes el Universo ha nacido con ellos y dos mil años de pensamiento y experiencia no les valen para nada a ellos, que tienen por consejero privado al Espíritu Santo.

Mi consejo es que nadie confunda la Iglesia Católica con el obispado romano. Aunque el Papado haya pretendido relevar a Cristo de sus poderes y concentrarlos en las manos de la Curia Italiana, convirtiendo los Tesoros de la Iglesia en una Banca Privada, por cuyo control financiero las mafias púrpuras se matan -a imagen de los antiguos clanes aarónicos del Templo de Jerusalén-, bajo cuyo fuego pereció Juan Pablo I, según se cuenta, y precisamente por esta remodelación del Nuevo Templo a la imagen y semejanza del Antiguo nadie debe confundir la Realidad Sempiterna de la Iglesia con los intereses privados de un Obispado Metropolitano. Es mi consejo, la advertencia va implícita en la profecía.

Desgraciadamente no es este lugar para hacer un resumen de los crímenes contra la Humanidad cometidos por el Imperio de los Romanos. La lista de sus guerras civiles y de exterminio de todos sus enemigos, las *memoirs* de la corrupción de su *way of life* y la degeneración progresiva experimentada por su sistema social desde su fundación hasta la ascensión de la dinastía de los Claudios, estos pasos han sido descritos por historiadores de todos los tiempos y tendencias. Lo que aquí nos afecta es cómo a su inmensa lista de crímenes en nombre de la Civilización, por los que ya de por sí sólo el nombre Romano le hacía a Dios hervir la sangre, cómo esa larga lista de crímenes contra la Humanidad se completó el día en que, sin poder ser probada su culpabilidad en el origen del Incendio de Roma, miles de cristianos fueron asesinados sin nadie que defendiera su causa.

Destrozado como Padre y como Juez que oye el grito de justicia, Dios dio a conocer su Juicio sobre la Gran Babilonia, la Ramera que comerciaba con todas las naciones: “Dadle según lo que ella dio, y dadle el doble de sus obras; en la copa que ella mezcló mezcladle el doble; cuanto se envaneció y entregó al lujo, dadle otro tanto de tormento y duelo. Ya que se dijo en su corazón: Como reina estoy sentada, yo no soy viuda ni veré duelo jamás; por eso vendrán en un día sus plagas, la mortandad, el duelo y el hambre, y será consumida por el fuego, pues poderoso es el Señor Dios, que la ha juzgado”. (Cómo se puede manipular un texto y ponerlo al servicio de un odio personal contra una entidad concreta, sea la Iglesia Católica o los Estados Unidos de América, es uno de esos fenómenos a los que nos tienen acostumbrado los fanáticos y los fundamentalistas de todas las épocas. No importa la Escritura, sagrada o profana, que caiga en sus manos esos maestros de la justificación del crimen contra la Humanidad en doctrinas inspiradas en el amor a Dios, a la verdad o a cualquier otra excusa, no dudan en retorcer las palabras hasta que logran convertir el cerebro del ignorante en un chicle listo para ser escupido de la boca contra el prójimo, ese enemigo malvado, demoníaco y pérfido que no quiere doblar sus rodillas y prefiere morir de pie a vivir en pompa ante el genio de semejantes serpientes con lenguas de oro sacro. La interpretación que la Reforma puso de moda al principio, la Iglesia Católica era la Ramera del Apocalipsis, y al final ha desviado hacia los Estados Unidos de América es uno de esos fenómenos a los que se les ajusta perfectamente el proverbio: Tropezaron con la piedra angular y se partieron la cabeza).

Volviendo ahora a la actualidad, el Juicio de Dios contra el Imperio Romano era firme. Si para la fecha su declaración tenía que mover a risa a los romanos, cuyo Imperio se encontraba en alza después de la dinastía de los Claudios, su anuncio les sacó lágrimas de alegría a los cristianos. Estos lo saludaron con júbilo, lo saludaron con saltos de alegría, lo saludaron con canciones y salmos, lo saludaron con gracias al Cielo y gracias a la Creación entera. Lo que habían sufrido bajo Nerón y seguían sufriendo sus hijos bajo el Imperio de los Romanos no hay palabra en este mundo que pueda describirlo. A mí me gustaría levantarle un monumento a aquellas generaciones

de mujeres y hombres, ancianos y niños asesinados por el solo delito de llamarse cristianos. A mí me gustaría que aquellos que ven cómo le matan a un padre sus hijos y lo acusan de monstruo cuando ese padre fuera de sí se levanta y desgarrar y devora y descuartiza y se pinta la cara con la sangre de sus enemigos, a mí me gustaría que esos que levantan su voz pidiendo justicia contra ese padre en pleno trance de venganza fueran algo más que animales imitando al Hombre. Pero no es de esperar de quienes son incapaces de comprender este estado de ánimo que puedan siquiera comprender la justicia en el Anuncio de la Caída del Imperio contra el que se levantara la Creación entera. Que sigan predicando el pronto aniquilamiento de la Iglesia Católica y juzguen a los Estados Unidos de América por convivir con “esa Ramera” y lo condenen a la misma suerte. Del loco sus locuras. Que el cristianismo persiguió al paganismo hasta destruir todos sus ídolos y redujo sus templos a escombros, y sus sacerdotes cayeron bajo las piedras el día de la Caída de la Gran Ramera Romana, no seré yo quien lo niegue; ellos se sentenciaron a muerte a sí mismos cuando acusaron a los cristianos de haber incendiado Roma y siguieron acusándolo ante los emperadores, siendo los verdaderos artífices ideológicos detrás de las persecuciones. ¿Por qué va a lamentarse el hermano vivo de la muerte de los asesinos de sus hermanos? ¿Qué locura es esta que el Modernismo quiere imponer como salud mental? ¿De qué tenían que estar agradecidos los cristianos a los sacerdotes paganos del Imperio? Dicen los abogados del diablo que Constantino ordenó matar a sacerdotes paganos y despojó sus templos de sus riquezas para construirse su Ciudad. No dicen esos fiscales de Cristo que esos mártires fueron los asesinos que bajo el imperio de Diocleciano, a dos días a la vuelta del tiempo, asesinaron y expropiaron a miles de criaturas cuyo único crimen fue no doblar sus rodillas ante ningún emperador. Se callan esos genios de la manipulación que fue en aquel Oriente, contra el que Constantino dejó caer con más dureza su espada, donde Diocleciano y su César dejaron caer todo el peso de su odio anticristiano. El grito de venganza clamaba al Cielo entre las poblaciones salvadas de la destrucción por ese mismo Constantino al que llaman asesino esos jueces que no dejan pasar un mosquito y se tragan una piedra de molino. Y en fin, así podríamos estar refutando a los fiscales del Cristianismo hasta el milenio que viene. Uno de tales fiscales se lamenta de haber sido los antiguos templos convertidos en burdeles. Otro acusa al emperador de los cristianos de haber perseguido a los que persiguieron bajo Diocleciano y su César a todos los cristianos del Oriente. Hombre, ¿pero la ley no es la misma para todos? ¿O la ley que dice No matarás, excusa el crimen si el que muere es un perro cristiano? ¿O acaso la ley romana no tenía de toda la vida en las galeras y las minas sus campos de trabajo? ¿Se inventó algo nuevo Constantino? Otro genio culpa a los cristianos de la muerte por asesinato de Juliano el Apóstata, como si los generales romanos y el Senado no se llevasen matando antes del Nacimiento de Cristo y la muerte de aquel santo pagano que fue contra la corriente del universo, solo contra todos, como en las películas, no hubiera sido una cuenta más del rosario de crímenes que empezó ensartando la República y completó el Imperio con asesinatos para todos los gustos. Lo dicho, podría estar tocando este tema de la relación del Cristianismo con el Imperio, primero como perseguidos, y luego como Vencedores, hasta el próximo siglo. La Victoria no está en juego. El vencido es libre para justificar por qué persiguió durante tres siglos a los cristianos.

Lo importante -desde el estudio de los hechos consumados-es que Dios dijo y nada ni nadie en este mundo podría hacer que retirara Dios su Juicio. Como lo dijo, así se haría. Por su Honor y por su Gloria de Padre que el Imperio Romano desaparecería de la faz de la Tierra. Nada ni nadie en este mundo, ni aunque sus siervos contrataran por rey y señor al mismísimo Zar de las Rusias todopoderosas, nadie ni nada en este universo ni en ningún otro podría abolir la sentencia contra el Imperio Romano. Por la sangre de sus hijos aunque el emperador romano se

escondiese en el mismísimo altar mayor, hasta allí lo alcanzaría el Juicio de Dios contra su Imperio.

Y vuelvo a recordar que la Sentencia fue dada después de la extinción de la dinastía de los Césares locos, cuando una vez más el Imperio de los Romanos parecía resurgir más fuerte de la prueba, como lo hiciera tantas veces de sus guerras civiles. Sin ir más lejos por esos años a la dinastía de los Claudios le sucedió la de los Antoninos, estirpe de generales nacidos para vencer y seguir machacando, olvidando ahora la cuestión cristiana, entre los que Trajano y Marco Aurelio marcaron épocas. Cualquiera que hubiera comparado el destino apocalíptico del Imperio con sus fronteras en el siglo II hubiera dado por locura la esperanza cristiana de ver morder el polvo a la Gran Ramera.

El hecho de seguir manteniendo aquellas Escrituras por Sagradas por fuerza tenía que levantar al emperador de su trono y obligarlo a lanzar su cólera contra aquellos profetas de mal agüero. En la persecución de Decio, la segunda más terrible entre la de Nerón y la de Diocleciano, el punto de mira se centró en los sacerdotes y los obispos precisamente buscando apartar de la conciencia del pueblo la profecía de la Caída del Imperio Romano. A los ojos del imperialismo aquella religión tenía por lógica pagana que dibujar en el cuerpo del imperio la mancha de un cáncer maligno, que había de ser extirpado a cualquier precio, empezando por quemar sus libros sagrados. Cuando esta medida no se mostró suficiente la necesidad arrastró a Diocleciano a decretar la solución final anticristiana, contra la que se vengara luego Constantino juzgando a todos los que se aprovecharon de la locura del Augusto del Oriente y su César para enriquecerse a costa de las propiedades de los cristianos: Nadie debe olvidar que la ley ponía en manos del denunciante las propiedades del acusado.

Insisto entonces, si Dios es Padre y los cristianos eran sus hijos ¿en qué era Dios de aquéllos hijos su Padre si retiraba el Brazo de la Justicia por amor a unos siervos que, haciendo oídos sordos a su Juicio, le dieron al emperador por refugio el altar de los altares, Tabernáculo Santísimo que sólo le corresponde al Señor Jesús, Cabeza de la Iglesia?

El Edicto de Milán del 313 firmó la paz entre el César y el Cristianismo, pero en ningún modo entre Dios y el Imperio. Los siervos no tenían ni tienen ninguna potestad para firmar en el nombre de su Señor Paz alguna o deshacer lo que Dios hace o hizo. Divide y vencerás, la estrategia más vieja del mundo en plena marcha desde los días de Diocleciano, aunque los siervos encerraran en el Tabernáculo del Santísimo al César y rodearan de rodillas el recinto pidiendo misericordia para aquélla Bestia nada ni nadie podía impedir que el Juicio Divino sobre la Gran Babilonia se cumpliera.

En el 330 con la declaración de Constantinopla como capital del imperio de oriente y en el 335 con la división del Imperio entre sus tres hijos aquella marcha del Imperio hacia su Caída Apocalíptica reemprendió el camino. La unión de las tres sendas a los pies de uno de los hijos de Constantino en el 350, y su paso por la puerta de la casa de Juliano el Apóstata en el 361, y precisamente por este regreso a la vieja historia, saldría de la casa de Teodosio el Grande en dirección a la Caída Anunciada bajo los reinados de sus hijos Honorio y Arcadio. Recordemos aquéllos preámbulos.

En su testamento Teodosio dejó a su hijo mayor, Arcadio, el Imperio Romano de Oriente, y a su hijo menor, Honorio, el Imperio Romano de Occidente. Los dos augustos tenían dieciocho y once años respectivamente, así que Teodosio les asignó tutores que actuarían como regentes durante su minoría de edad. Como tutor de Arcadio escogió a Rufino, un político de origen germano, y como tutor de Honorio a Estilicón, un general de origen vándalo. Estilicón estaba casado con una sobrina de Teodosio. Teodosio y Estilicón habían acordado que la hija de Estilicón se casara con

Honorio. Por su parte Rufino pretendía casar a su hija con Arcadio, pero su plan fue frustrado por el eunuco Eutropio, de origen Armenio, que logró concertar el matrimonio de Arcadio con Eudoxia, la hija de un general franco. La boda se celebró y Rufino se encontró con que tenía tres enemigos poderosos: uno era Eutropio, que le disputaba el control sobre el monarca, otro era Estilicón, y el tercero era Alarico, el rey de los visigodos. Alarico consideraba que había servido fielmente a Teodosio y que, por lo tanto, debía haber sido él y no Rufino el tutor de Arcadio, así que condujo a sus hombres contra Constantinopla, pero pronto descubrió que la ciudad era prácticamente inexpugnable y se dedicó a su negocio, el pillaje. Tracia tembló.

Asesinado Rufino por Eutropio, favorito de la reina bizantina Eudoxia, Estilicón dejó Italia y avanzó Peloponeso arriba contra Alarico, al que venció. Pero para sorpresa de todos fue privado de la cabeza del Visigodo por obra y gracia de la astucia de Eutropio, que compró la cabeza del vencido al precio de levantar entre los dos imperios el muro de contención que en adelante sería el pueblo visigodo. Astucia que dos años más tarde le costaría la suya a manos de la reina a la que servía. Fuera porque Alarico viera a Estilicón detrás de la muerte de Eutropio o porque el bárbaro que llevaba dentro no se sentía bien enjaulado entre los dos imperios, Alarico avanzó contra Italia por primera vez. Era el año 400. Estilicón le obligó a retirarse. Tras la muerte de Estilicón volvió para saquear y devastar la ciudad eterna. Así comienza la Historia de los Visigodos.

Cuarenta años más tarde Atila se lanzó desde París sobre Roma, de cuyas puertas se retiró a raíz de su conversación con el obispo romano León. Cuatro años después sin embargo serían los vándalos quienes saquearían la Ciudad. Ante el vacío de poder el rey de los Visigodos nombró emperador a un títere galo, un tal Avito, mientras él se dedicaba a liberar la península ibérica de los suevos.

Depuesto el galo por un general romano subió al trono Mayorino. Un año más tarde, 457, apoyado en los alanos otro León se apoderó del trono de Constantinopla, donde, contra el espíritu profético del Señor de las iglesias, el patriarca de Bizancio se rebeló contra Dios proclamando al emperador su Vicario en la Tierra. Delito que pesaría sobre el mundo ortodoxo y conduciría a Bizancio a la ruina.

Para que su hermano el obispo de Roma hiciera otro tanto aún habrían de pasar muchas cosas. Por lo pronto el rey Teodorico II de los Visigodos regresó de Hispania dispuesto a enfrentarse al César de los Romanos. Al final se aliaron en vez de matarse. Al poco, 466, Eurico mató a su hermano Teodorico II. Eurico se declaró independiente de la ficción del Imperio Romano de Occidente y firmó su Caída al privar al César de su mejor y más poderoso aliado.

Diez años más tarde, en efecto, el último emperador de Roma, Rómulo Augústulo, sería depuesto por el general en jefe de sus ejércitos, un bárbaro de nacimiento llamado Odoacro. Era el año 476. Tres siglos habían pasado desde que Dios anunciara su Juicio contra la Gran Babilonia. Había dividido para destruir. La primera parte en caer sería la parte occidental. Pero si la parte oriental creyó que escondiendo al Emperador en el Tabernáculo podría cortar el paso al ángel es que el patriarca ortodoxo había perdido el juicio y caminaba como un loco que corre cantando al precipicio.

La Primera Roma había caído. Le tocaba caer a la Segunda. Y habría una Tercera. Pero no habrá jamás una Cuarta.

Así pues, movido por la apariencia de salvación que al imperio de oriente le había dado la alianza entre el Patriarca y el Emperador, el obispo de Roma acabó por imitar su ejemplo. Cosa que, como todos sabemos, sucedió el día de navidad del año 800. León III era el nombre del rebelde a la Corona del Rey de los Cielos, el obispo que

despreció la Corona de su Señor y les dio por rey a los cristianos un mortal. El nombre de su cómplice era Carlo Magno, rey de los Francos. ¿Cómo fue posible que un obispado que durante siglos de crisis vio con los ojos de su cara a la Iglesia Católica salir para adelante cada vez más bella, cada vez más fuerte, temblase como una hoja ante el impetuoso viento que soplaba desde los desiertos? Tal vez si extendemos la magnitud y la velocidad de esa amenaza podamos excusar lo inexcusable. Veamos:

- 611. Mahoma comienza su prédica.
- 622. Huida de Mahoma de La meca a Medina, la Hégira.
- 630. Mahoma conquista La Meca
- 635. Los árabes ocupan Damasco.
- 636. Conquistán Emesa, Heliópolis, Antioquía, Edesa y Alejandría.
- 637. Ocupan Jerusalén
- 638. Conquistán Mesopotamia.
- 639. Invaden Egipto
- 640. Conquistán Siria.
- 641. Derrotan a los persas.
- 646. Invaden Armenia.
- 647. Expulsan a los bizantinos del norte de África. Y conquistán Tripolitania y Cirenaica.
- 649. Ocupan Chipre.
- 651. Terminan la conquista de Persia.
- 654. Conquistán Rodas.
- 655. Derrotan a la poderosa escuadra bizantina en la batalla naval de Licia.
- 662. Realizan incursiones en Asia Menor
- 664. Llegan hasta Afganistán.
- 668. Comienzan el asedio de Constantinopla.
- 669. Invaden Sicilia
- 674. Vuelven a sitiar Constantinopla.
- 692. Conquistán Armenia.
- 697. Toman Cartago.
- 711. Invaden la península ibérica.
- 712. Conquistán Sevilla y asedian Mérida.
- 713. Caen Mérida y Toledo.
- 715. Llegan hasta la India.
- 724. Llegan al sur de Francia.
- 732. Carlos Martel vence en Poitiers a un ejército musulmán.
- 734. Ocupan Pamplona.

737. Carlos Martel los derrota en Arlés y Narbona.

739. León III el Isáurico los vence en Akroinón.

746. Constantino V los vence en Germanicia.

749. Y los persigue en Armenia y Siria.

750. La familia de los Omeya es perseguida y asesinada por los Abasidas, partidario de Abul Abas.

756. Proclaman a Abderramán I Omeya, el fugitivo de Bagdad, emir en Córdoba.

757. Nueva victoria de Constantino V en Teodosiopolis

785. Los musulmanes son expulsados definitivamente de Francia.

794. Alfonso II de España los vence en Lutos.

795. Carlomagno conquista Gerona.

801. Ludovico Pío conquista Barcelona.

806. Finalmente los musulmanes le impone una paz humillante a Bizancio.

823. Y vuelven al ataque. Conquistaron Creta.

831. Se apoderan de Palermo en Sicilia.

832. Ocupan Heraclea.

842. Ocupan Mesina.

846. Una flota musulmana amenaza Roma.

Se hace evidente que el miedo a esta tormenta que amenazaba con asaltar Roma estuvo en el origen de la consagración del rey de los Francos. La cuestión es: ¿se puede justificar que quien decía ser el más grande de entre todos los sucesores de los Apóstoles por miedo a la muerte uniese las dos palabras que más odiaba el Señor al que servía, Imperio y Romano?

Miedo fue lo que tuvo San Pedro al negar a su Maestro. Miedo fue lo que motivó la Coronación del fundador del Primer Reich. Por culpa de ese miedo las dos palabras que Dios había desterrado de su diccionario y odiaba tanto como al mismo Diablo: Imperio y Romano, volvían a ser puesta juntas por el obispo de Roma al servicio de la nación de los alemanes. Andando el tiempo, para completar su delito, los alemanes pusieron la palabra Sacro delante de su Imperio, y el obispo de Roma, para extender su pecado a toda la Iglesia Católica, impuso que fuera llamada romana la Iglesia de Cristo. Como diría San Pablo de estar presente: Pero, queridos hermanos, si es de Roma no es de Cristo; mas si es de Roma entonces sí debe ser propiamente llamada así; pero si es de Cristo es Cristiana; de donde veis que “no puede tener dos señores un mismo siervo, pues o bien adhiriéndose al uno menospreciará al otro o bien aborreciendo al uno amará al otro”.

¿A quién le extraña entonces que entre la iglesia de Roma y la nación alemana encontrara el Diablo tierra fértil donde sembrar su Cizaña? Entre la nación alemana que, en su barbarie retó a Dios a destruir su Imperio Romano, cristianísimo, y el obispo de Roma que retó a su Señor a corregir su Infalibilidad, romanísima, el resto del mundo asistió alucinado, quien tirando hacia un lado quien hacia el otro, al espectáculo al que el amor al absolutismo más salvaje de ambos protagonistas arrastrara a odiarse y condenarse a muerte mutuamente. A pesar de los pesares la iglesia romana, según decreto pontificio, no erró jamás, ni puede errar, lo que se puede

demostrar por la Sagrada Escritura tanto como por la Sagrada Escritura se puede demostrar que Lutero dijera en sus Tesis una sola verdad que no fuera conocida.

3

Sobre los Cismas de Oriente y Occidente

Al principio fue la Idea. Sí, al principio fue la idea del Hombre. Antes de crearlo Dios concibió la Idea en su mente; y el Hombre que concibió en su Sabiduría era una criatura maravillosa. Estando en el seno de la Sabiduría, cuando aún no había sido creado, amó Dios al Hombre con la fuerza del padre que ama a su hijo por nacer. En recuerdo de ese amor declaró por boca de su Hijo lo que todos sabemos:

“Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo para que todo el que crea no perezca, sino que tenga la vida eterna; pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvo por El. El que cree en Él no es juzgado; el que no cree, ya está juzgado, porque no creyó en el nombre del unigénito Hijo de Dios” (Visita de Nicodemo, San Juan).

Una vez la Idea del hombre concebida y formada en su mente, Dios pasó a crearlo. Creó los Cielos y la Tierra, la Luz, el Firmamento, y todo cuanto la Tierra contiene. Llena la Tierra de toda clase de árboles, peces, aves y animales invitó Dios a sus hijos a participar en el Proyecto de Formación del Hombre a su Imagen y Semejanza. Los hijos de Dios se esparcieron por el mundo, se acercaron a las familias humanas que les habían sido asignadas y les enseñaron los rudimentos de la Civilización. Cito de nuevo:

“Cuando distribuyó el Altísimo su heredad entre las gentes, cuando dividió a los hijos de los hombres estableció los términos de los pueblos según el número de los hijos de Dios”.

De manera que cuando dijera: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza”, el plural incluía a los mismos dioses entre los que distribuyó en zonas de influencia la Tierra. Y la imagen era esa relación de Padre e hijos que todos mantenían con Dios. Ellos, los hijos de Dios, fueron los dioses de las leyendas y mitologías del principio de todos los pueblos antiguos. Ellos les dieron a los distintos habitantes de los cinco continentes las notas típicas a sus culturas de orígenes, notas que han permanecido en la mente de los pueblos procedentes de aquellas culturas.

Entre aquellos hijos de Dios invitados a formar al Hombre a la imagen de Dios se hallaba Satán. Satán es su nombre. Satán era uno de los hijos de Dios. Invoco de nuevo a Job:

“Y sucedió que vinieron otro día los hijos de Dios a presentarse ante Yavé, y vino también Satán entre ellos”.

Junto a sus hermanos también Satán fue tutor de uno de los pueblos de la Tierra, a cuyos hijos formó en la religión común a todos los dioses.

Bajo la tutela de los hijos de Dios los primeros pueblos del Género Humano supieron de la existencia del Dios de dioses, y cómo el futuro de la Humanidad estaba siendo dirigido hacia el encuentro de todos los pueblos en un reino mundial, cuya Corona el Dios de dioses pondría sobre la cabeza del hombre al que El llamaría: Hijo.

El encuentro tuvo lugar en Mesopotamia. Desde todas las partes del mundo vinieron los hijos de la Tierra y crearon ciudades. Pero nadie se alzó como rey. La elección sólo le correspondía al Dios de dioses, según está escrito:

“Cuando distribuyó el Altísimo su heredad entre las gentes, cuando dividió a los hijos de los hombres estableció los términos de los pueblos según el número de los hijos de Dios: pero la porción propia de Yavé es su pueblo, su lote hereditario es Jacob”.

En efecto, el Dios de dioses eligió de entre los hijos de aquella Mesopotamia un hijo, extendió sobre él su paternidad y le dio un nombre nuevo. Lo llamó Adán.

Hablando sobre el pecado de Adán y la salvación de Cristo, Pablo escribió:

“Pero la muerte reinó desde Adán hasta Moisés aún sobre aquéllos que no habían pecado a semejanza de la trasgresión de Adán, que es el tipo del que había de venir”.

Hablando de esta forma Pablo usa el mismo método profético aplicado por Moisés a Jacob al decir que era el lote hereditario de Yavé, cuando en los tiempos de los que hablaba este Jacob estaba en las entrañas de Adán. Sirviéndose del mismo esquema Pablo corre el velo y, mediante el conocimiento de Cristo, nos descubre la obra que hizo Dios en Adán. Pablo, con la típica inteligencia suya, de la que Pedro diría que los indoctos pervierten por no ser capaz de igualarla, traspuso las imágenes a fin de llevarnos a todos a la verdad y sin embargo seguir manteniendo aquella sabiduría hablada entre los perfectos en el misterio de su predestinación. En definitiva que, como Cristo era la Cabeza de su Cuerpo y Rey de los cristianos, así Adán fue concebido para ser la Cabeza de su Mundo y rey de su pueblo.

Matando la Cabeza, Satán mataba su Cuerpo. ¿No era astuta aquella “serpiente”? El problema es que cuando se repite el mismo chiste dos veces pierde la gracia. Repetir con Cristo lo que hizo con Adán: Ofrecerle todos los reinos del mundo a cambio de su fidelidad, no movió a risa ya a nadie.

Lo que hizo con Adán, en efecto, lo repetiría Satán con Cristo. Error fatal que habría de costarle la cabeza al Dragón del que él mismo era su Jefe y Líder. Porque si entre Adán y Cristo había una semejanza, los dos nacieron para ser la Cabeza de sus respectivos Cuerpos Místicos, la diferencia esencial entre Adán y Cristo es que en el Caso Adán primero fue creado el Cuerpo y después fue engendrada la Cabeza, y en el Caso Cristo primero fue engendrada la Cabeza y sólo después vino a luz el Cuerpo. Mediante esta Obra Magnífica, admirable, del todo maravillosa, digna del Genio que levantara del polvo al Heredero del Hombre que mordiera el polvo, Adán de tan triste memoria, mediante esta Sabiduría gloriosa, sorprendente, apoteósica, Dios hizo invencible al Hombre Nuevo. Y siendo llamados todos por el Bautismo que viene de la fe a la vida de este Hombre Nuevo, su invencibilidad se nos legó como herencia sempiterna a la manera que participan los hijos de la naturaleza de su padre, y si es un león su hijo será un cachorro de león, y si es un hombre su hijo será un niño. Gloria pues a Dios y su Sabiduría maravillosa porque no bastándole con jurarnos la Invencibilidad nos hizo Indestructibles al elegirnos por Jefe y Rey a su propio Hijo Unigénito, engendrado, no creado, de la misma naturaleza que su Padre, de cuyo Ser por la Gracia del Espíritu bebe el nuestro todas sus propiedades y sus cualidades sempiternas a la manera que la sangre alimenta a todos los miembros. Miembros de su reino, su Corona se concibió como un Sol que ilumina y da vida a todas las criaturas.

Era lógico, por consiguiente, que viéndonos venir, la misma necesidad que arrastró a Satán a destruir la Obra de Dios, impidiendo que el Espíritu Santo estableciera su Imperio sobre la Corona de Adán, volviera a arrastrarlo contra Cristo.

Sólo que a diferencia del Primero, que fue creado desnudo, es decir, sin experiencia de ninguna clase ni conocimiento real sobre la Ciencia del bien y del mal, en la que Satán había progresado hasta convertirse en Máster del Infierno, el Último nació, como lo vio el más pequeño de los Apóstoles, como quien dice, armado hasta los dientes. Recordemos su visión:

“Me volví para ver al que hablaba conmigo, y vuelto, ví siete candelabros de oro, y en medio de los candelabros a uno semejante a un hijo de hombre, vestido de una túnica talar y ceñidos los pechos con un cinturón de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos, como la lana blanca, como la nieve; sus ojos, como llamas de fuego; sus pies, semejante al azófar incandescente en el horno; y su voz, como la voz de muchas aguas. Tenía en su diestra siete estrellas, y de su boca salía una espada aguda, de dos filos, y su aspecto era como el sol cuando resplandece con toda su fuerza”.

Lo dicho, si el primero nació desnudo, porque no nació para la Guerra, el Último nació armado hasta los dientes.

La Guerra le fue declarada al Espíritu Santo el día que Satán cruzó las fronteras del Edén. Como Cristo hubo de superar la Prueba de Fidelidad a Dios para acceder al trono del Hijo de David, así Adán tenía que superar la suya. La esperanza puesta en la Victoria, Dios levantó alrededor del Edén no un muro sino la Ley. Según esa Ley cualquiera que interviniese en el Acontecimiento sufriría la pena debida al delito. Que en este caso sería la Muerte.

La Caída consumada, juzgando Dios que más terrible es el delito de la cabeza que incita al brazo a ejecutar un crimen, que el delito del brazo que ciego dispara el gatillo, si la pena contra Adán fue la muerte, la pena contra cualquiera que osare cruzar la frontera del Edén, pues que los dioses, creados a imagen y semejanza de Dios no podían morir, sería el Destierro de su Reino.

Satán se rió de Dios y prefirió el Destierro a vivir bajo un Reino fundado sobre los pilares de la Justicia. Después de todo la misma Ley que lo condenaría tendría que obligarse a hacerle cumplir al Rebelde la condena. Y, conociendo a Dios, que exigía que cada cual se las viera con su semejante, viendo lo que había hecho con el padre a ver qué esperanza de victoria contra el Diablo podría tener el hijo del muerto. Y el Diablo se rió de la Ley, de su Sentencia: “Te aplastará la cabeza”, y siguió su vida haciendo lo mejor que sabía, jugar a los dioses.

Sin experiencia de ninguna clase en la Ciencia del bien y del mal los hombres fueron muñecos de barro que bajo la furia de los instintos criminales de los ángeles rebeldes las aguas del Diluvio arrastraron al mar del olvido. Asesino impenitente, enemigo del Espíritu Santo, enemigo de Dios por deporte y pasión irrenunciable la Guerra, Satán, sin creer que el Hijo de Eva pudiera siquiera tocarle una cana, se presentaba ante el Dios de dioses como quien al fin y al cabo no está haciendo nada malo, sólo hacer lo que le era natural a un dios.

Y hubiera sido suya la victoria contra Cristo, hijo de Eva, hijo de Sara, hijo de María, de no haber intervenido Dios en nuestro favor. Si no nos hubiera dado por Campeón a su mismísimo Hijo Unigénito nosotros nunca hubiéramos nacido. Lo dijo el profeta y lo recordó el Apóstol: “No hay ni uno que haga el bien...”, hablando de los tiempos de Jesús. Lo cual era lógico teniendo en cuenta la progresión decadente del espíritu judío desde David hasta Herodes. Sobre lo cual no voy a extenderme en este momento.

Es más, en la creencia de la imposibilidad de la Encarnación del Hijo de Dios tenía su tranquilidad Satán. Así que cuando se produjo y Jesús se hizo hombre,

acostumbrado a tratar con humanos el Diablo le aplicó la misma fórmula, ignorando para su perdición final que el que subía a la Cruz era el Hijo de su Padre.

Cómo y cuándo Satán y sus ángeles fueron perseguidos y expulsados del Cielo a la Tierra, donde había de celebrarse el encuentro entre el hijo de Eva y el Diablo, porque era imposible que la batalla se celebrase en otro lugar, está escrito en la Cuarta Parte del Apocalipsis. Cito:

“Hubo una batalla en el Cielo: Miguel y sus ángeles peleaban con el Dragón, y peleó el Dragón y sus ángeles, y no pudieron triunfar ni fue hallado su lugar en el Cielo. Fue arrojado el Dragón grande, la antigua serpiente, llamada el Diablo y Satanás que extravió a toda la redondez de la Tierra, y fue precipitado en la Tierra y sus ángeles fueron con él precipitados”.

Por qué a la Tierra y no al Infierno se entiende por todo lo dicho. Porque el Duelo a muerte entre el hijo de Eva y el hijo de la Muerte debía tener lugar en el Día de Yavé, y no pudiendo el hijo de Eva subir al Cielo tenía que ser el hijo de la Muerte quien bajara a la Tierra. Dentro de esta realidad se encuadra el Episodio de la Tentación en el desierto, cuando el hijo de María, hijo de Sara, hijo de Eva, lleno del Espíritu Santo y, como quien mira a su enemigo antes de aplastarle la cabeza, esperó a que el enemigo hiciera lo mismo, pudiendo empezar ya el Duelo entre el hijo de la Promesa y el hijo de la Maldición.

Cómo y por qué la Resurrección determinó la suerte del Dragón, el Diablo, y Satanás y sus ángeles fueran alejados de la Tierra durante el primer Milenio de la Era de Cristo, está escrito en la Sexta Parte del mismo libro:

“Vi un ángel que descendía del Cielo, trayendo la llave del abismo una gran cadena en la mano. Tomó al Dragón, la serpiente antigua, que es el Diablo, Satanás, y le encadenó por Mil años”.

Cómo la Liberación del Diablo se llevaría a cabo al principio del Segundo Milenio de la Primera Era de Cristo, está escrito en el capítulo de esa misma Parte que trata de la Batalla Final y el Juicio Universal. Cito:

“Cuando se hubieren acabado los mil años (de la prisión del Diablo), será Satanás soltado de su prisión y saldrá a extraviar a las naciones que moran en los cuatro ángulos de la Tierra, a Gog y a Magog, y reunirlos para la guerra, cuyo ejército será como las arenas del mar”.

La cuestión es por qué. A qué venía es decisión de liberar de su prisión a quien regresaría a la Tierra con una sola intención: salvar su pellejo a costa de la destrucción de toda la Humanidad. Y la respuesta que a nosotros nos afecta es cómo contra Dios pensaba el Diablo salvar su pellejo a costa nuestra.

Bueno, que el Diablo habría de sembrar la semilla de la División de las iglesias lo anunció el propio Jesús en la Parábola de la Cizaña.

Cuándo realizaría su Siembra el Diablo quedó determinado el día que se fijó su prisión por Mil años y luego su Liberación por un tiempo. Las iglesias podían creerlo o no, estar al tanto o no; la profecía había sido escrita para que todo el mundo cristiano estuviese al tanto: Al principio del Segundo Milenio el Diablo sería liberado y arrojado a la Tierra. Por qué y para qué el Diablo fue liberado son puntos que he tocado con anterioridad. Y que volveré a tocar tantas cuantas veces haga falta pero ahora no. El hecho es que apenas liberado el Diablo se produjo su primera gran victoria: la división entre las iglesias romana y bizantina.

Era el 1054. Los documentos de ruptura mutua los he importado a este libro a fin de basar las conclusiones sobre hechos reales. Y de camino poder juzgar por

nosotros mismos en qué estaban pensando y a qué estaban jugando los obispos, de una iglesia como de otra, mientras el Diablo como león hambriento rugía asesino buscando dividir a los pastores para masacrar al rebaño.

Aquella victoria -digámoslo todo-no le exigió mucho al Diablo. El estado en que se encontraba la relación entre ambas iglesias era pésimo. Si la una dormía bajo el brazo del emperador de Oriente, la otra había confiado su futuro al del emperador de Occidente. Las dos, la una como la otra estaban viviendo en el terrible pecado de oposición al espíritu Santo que decretara la destrucción del Imperio Romano y le aconsejara a todo el Pueblo, sin excepción, ovejas como pastores, retirarse y quitarse de en medio. Aquella victoria, pues, no le supuso un gran mérito al Diablo. Se la habían dado hecha. Sólo tuvo que mover peón, quitar patriarca, poner en su lugar a un asesino frustrado que se escondió en un convento huyendo del emperador, enfrentarlo a unos obispos romanos llenos de celo patriota, y ellos se excomulgaban solos sin tener que forzar más la operación. He aquí la excomunión de los primeros:

“Humberto, por la gracia de Dios cardenal obispo de la santa Iglesia romana; Pedro, arzobispo de los amalfitanos; Federico, diácono y canceller, a todos los hijos de la Iglesia católica. La Santa Sede apostólica romana, primera de todas las sedes, a la cual, en su calidad de cabeza, compete más especialmente la solicitud de todas las Iglesias, se ha dignado enviarnos como sus embajadores a esta ciudad imperial para procurar la paz y la utilidad de la Iglesia, para ver si eran fundadas sobre la verdad las voces que desde una ciudad tan importante habían llegado a sus oídos con insistencia. Ante todo que los gloriosos emperadores, el clero y el pueblo de esta ciudad de Constantinopla, y toda la Iglesia católica, sepan que nosotros hemos encontrado aquí un fuerte motivo de alegría en el Señor y un gran motivo de tristeza al mismo tiempo. En efecto, por lo que respecta a las columnas del Imperio y a sus ciudadanos sabios y honorables, la ciudad es cristianísima y ortodoxa. Pero en cuanto a Miguel, a quien se da abusivamente el título de Patriarca, y a los partidarios de su extravío, ellos siembran cada día en su seno una abundante cizaña de herejías. Como los simoníacos, venden el don de Dios; como los valesianos, hacen eunucos a sus huéspedes para después elevarlos no sólo a la cleratura, sino incluso al episcopado; como los arrianos rebautizan a aquellos que han sido bautizados en el nombre de la santa Trinidad, y sobre todo a los latinos; como los donatistas, afirman que fuera de la Iglesia griega han desaparecido del mundo entero la verdadera Iglesia de Cristo, el verdadero sacrificio y su verdadero bautismo; como los nicolaítas, permiten a los ministros del santo altar el contraer matrimonio y reivindican para ellos tal derecho; como los severianos, declaran maldita la ley de Moisés; como los pneumatómacos, han suprimido del Símbolo la procesión del Espíritu Santo a filio (del Hijo); como los maniqueos, declaran entre otras cosas que el pan fermentado está animado; como los nazarenos, dan tal importancia a la pureza legal de los judíos que rehúsan bautizar a los niños antes del octavo día, incluso si están en peligro de muerte; rehúsan la comunión o, si todavía son paganas, el bautismo a las mujeres en los días que siguen al parto o en los períodos de sus reglas, incluso si se encuentran en el mismo peligro de muerte; además, dejándose crecer la barba y los cabellos, rehúsan la comunión a quienes, siguiendo la costumbre de la Iglesia romana, se afeitan la barba y se cortan el pelo. Después de haber recibido las admoniciones escritas de nuestro Señor el papa León, por todos estos errores y otros muchos actos culpables, Miguel ha desdeñado arrepentirse. Además, a nosotros, los legados, que con perfecto derecho queríamos poner un término a tan graves abusos, ha rehusado concedernos audiencia y nos ha prohibido decir la misa en las Iglesias. Con anterioridad a esto, había ordenado el cierre de las Iglesias de los latinos, a los que trataba de acimitas y perseguía por todas partes, de palabra y de obra, llegando a anatematizar a la sede apostólica en sus hijos y osando atribuirse el título de patriarca ecuménico contra la voluntad de esta misma Santa Sede. Por eso, no pudiendo soportar estas injurias inauditas y estos ultrajes

dirigidos a la primera Sede apostólica y viendo que con ello la fe católica recibía múltiples y graves daños, por la autoridad de la Trinidad santa e indivisible, de la Sede apostólica de la que somos embajadores, de todos los santos Padres ortodoxos de los siete concilios y de toda la Iglesia católica, firmamos contra Miguel y sus partidarios el anatema que nuestro reverendísimo Papa había pronunciado contra ellos en el caso de que no se arrepintieran. Que Miguel el neófito, que lleva abusivamente el título de patriarca, a quien sólo un temor humano ha obligado a revestir el hábito monástico y que es actualmente objeto de las más graves acusaciones, y con él León que se dice obispo de Acrida, y el canciller de Miguel Constantino, quien ha pisoteado sacrílegamente el sacrificio de los latinos, y todos aquellos que los siguen en los antedichos errores y presuntuosas temeridades, que todos ellos caigan bajo el anatema, Maranatha, con los simoníacos, valesianos, arrianos, donatistas, nicolaítas, severianos, pneumatómacos, maniqueos y nazarenos y con todos los herejes, más aún, con el diablo y sus ángeles, a menos que se conviertan. Amén, amén, amén. Quien se obstine en atacar la fe de la santa Iglesia romana y su sacrificio, sea anatema, Maranatha, y no sea considerado como cristiano católico, sino como hereje procimita. Fiat, fiat, fiat”.

He aquí la respuesta del clero ortodoxo, su forma de poner la otra mejilla:

“El demonio pérfido e impío, no ha tenido bastante con los males que ha procurado. Por eso, con innumerables fraudes ha engañado al género humano antes de la venida del Señor y también después, continúa enredando a aquellos que le creen... Así pues, en estos días, unos hombres impíos y execrables, hombres venidos de las tinieblas, han llegado a esta ciudad conservada por Dios, desde la cual, como de un manantial, brotan las fuentes de la ortodoxia. Estos hombres, como el rayo, como un vendaval, como granizo han querido pervertir la recta razón con la confusión de los dogmas. Nos han herido a nosotros, los ortodoxos, acusándonos entre otras cosas de que no nos afeitamos la barba como ellos, que no nos separamos de los presbíteros casados, antes bien recibimos la comunión con ellos. Además nos acusan porque no adulteramos, como ellos, el sacrosanto símbolo de la fe y no decimos, como ellos, que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. De hecho, ellos afirman que el Espíritu procede no del Padre solamente, sino también del Hijo [Filioque] sin haber podido sin embargo recabar esta voz de los evangelistas, o derivar este dogma blasfemo de algún sínodo ecuménico... Actuaron pues desvergonzadamente contra la ortodoxa Iglesia de Dios porque no han venido de la antigua Roma -como decían- sino de otra parte, y de ningún modo habían sido enviados por el papa. Más aún, se ha descubierto que los sellos de las cartas que traían eran falsos...Nuestra humildad, no pudiendo permitir que tanta audacia y desvergüenza quedase impune, ha hablado de este asunto al fuerte y santo emperador...El 24 de julio, día en el cual según costumbre debe hacerse una exposición sobre el quinto Concilio, este escrito impío fue de nuevo condenado con el anatema, en presencia de la multitud, así como también fueron condenados aquellos que lo habían publicado y escrito, o de una manera u otra, le habían dado su consentimiento o su estímulo. Sin embargo, para perpetuo deshonor y permanente condena de aquellos que habían lanzado tales blasfemias contra nuestro Dios, el texto original de este escrito impío y execrable, redactado por impíos, no fue quemado, sino guardado en los archivos. Sépase además que el vigésimo día del mismo mes, día en el cual fueron condenados con el anatema todos aquellos que blasfemaban contra la fe ortodoxa, estaban presentes todos los metropolitans y obispos que temporalmente residían en la ciudad, en compañía de aquellos otros dignatarios que se sientan con Nos”.

Aunque victoria importante, dado el volumen del imperio bizantino y el escaso futuro que parecía tener una iglesia ortodoxa bizantina por su alianza matrimonial con el emperador romano de Oriente sujeta a Decreto de destrucción, el Diablo no podía regocijarse más de lo que de una victoria servida debía esperarse. Tenía tiempo por delante sin embargo. Desde su Liberación al encuentro entre Gog y Magog, cuando todas las naciones fueran congregadas en un campo de batalla mundial, habían de pasar muchos siglos.

La destrucción del Reino de Dios en la Tierra le exigía a Satán una política de “dios oculto”: acción astuta e indirecta. ¿No fue destruido Adán por la misma Ley la obediencia a la cual le hubiera dado la gloria del rey de la Tierra? ¿Cómo destruir la Obra de Cristo sino enfrentándola al mismo Espíritu Santo que determina la Vida y la Muerte del Cristianismo en razón de la Obediencia o la Desobediencia a la Unidad pedida por el Verbo hecho carne?

La vía directa a su objetivo parecía ponérsela al Diablo a sus pies como alfombra la espiral de autoglorificación que el obispado romano había emprendido en los últimos tiempos y del cual los términos de la condena contra su hermano el patriarca ortodoxo es a nuestros ojos un exponente. Como Eva cayera en su día ante la tentación de la gloria de los dioses, sólo había que quitar papa, buscar a uno que se amoldase a su deseo y de esta manera el Árbol que tenía que ofrecer la fruta de la vida ofrecería, en la mano del santo padre.

Difícilmente se puede creer que Gregorio VII no tuviera la menor idea de lo que hiciera al firmar aquéllos decretos de divinización del sucesor de Pedro. Sobre todo si tenemos en cuenta que las circunstancias agobiantes de su lucha contra el emperador determinaron que, buscando el bien de todos, acabase yéndose al extremo contrario. Su caso se ajusta perfectamente a la declaración de San Pablo, cuando, mirando al futuro y viendo las calamidades que habrían de sobrevenirle a los obispos, le confesara a los Romanos la potencia maligna del pecado:

“Porque no sé lo que hago; pues no pongo por obra lo que quiero sino lo que aborrezco, eso hago. Porque el querer el bien está en mí, pero el hacerlo, no. En efecto, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. Por consiguiente tengo en mí esta ley: que, queriendo hacer el bien es el mal el que se me pega; porque me deleito en la Ley de Dios según el hombre interior, pero siento otra ley en mis miembros que repugna a la ley de mi mente y me encadena a la ley del pecado, que está en mis miembros. Así, pues, yo mismo que con la mente sirvo a la Ley de Dios, sirvo con la carne a la ley del pecado”.

Sujeto el obispado romano a esta potencia maligna del pecado su historia es la del que quiere hacer maravillas pero sólo produce miserias. Imposible dudar de la honestidad de Gregorio VII al redactar aquéllos 27 artículos con los que pretendió liberar a la Iglesia del poder del Estado. Desgraciadamente, sujeto a la ley maligna del pecado, su voluntad resultó ser de la misma clase que la de Eva cuando inocentemente comió el fruto de su perdición. Buscando libertad encontró esclavitud, buscando bendición encontró maldición, buscando cielo encontró infierno. Si antes de Gregorio VII el obispado romano fue una triste sucesión de escándalos, después de Gregorio VII la situación no mejoró, sino que empeoró.

Los siguientes obispos romanos, no obstante lo dicho, se sucedieron dentro de la dinámica de crímenes y corrupción que venía siendo natural en Roma desde los días de la Primera Pornocracia Pontificia. Recordemos los números.

Víctor III, que siguió a Gregorio VII, reinó menos de un año, del 1086 al 1087. Si murió de viejo o sirviendo a las necesidades de los clanes romanos no se sabe nada. ¿Quién es el tonto que escribe la historia de su casa y se dedica a tirarle piedras a su tejado?

Como era de esperar la lucha sucesoria petrina generó una línea de antipapas fuera de la línea oficial; éstos fueron Clemente III, Teodorico, Alberto y Silvestre IV. No sería la primera ni la última. En el pasado ya se habían dado esos brotes. Lo que diferenciaría a los anteriores conflictos entre papas y antipapas de los nuevos que empezaban a salir y seguirían saliendo sería el objetivo: “ser como Dios”. Pero volvamos a la línea oficial.

Tras la muerte de Víctor III, Urbano II reinó 11 años en Roma, del 1088 al 1099. Pascual II, su sucesor, lo hizo unos 20. Gelasio II no tuvo tanta suerte y al año se fue o lo enviaron al Cielo. Calixto II se las arregló para permanecer 5 años y disfrutó enviando a su antipapa Gregorio VIII al infierno.

Le sucedió Honorio II, que se las arregló para sobrevivir 6 años, del 1124 al 1130. El siguiente, Inocencio II, reinó 13; pero tuvo que luchar contra el antipapa Anacleto II y su sucesor Víctor IV.

Los dos siguientes de la lista oficial, Celestino II y Lucio II no nacieron para sobrevivir en el Olimpo. Ni un año por cabeza les duró a los romanos. Por lo visto al Lucio lo mataron de una pedrada. Corría el 1145.

A Eugenio III, el siguiente, parece que hacerse el Beato le valió 8 años como dios en la Tierra. Murió de un ataque súbito mientras esperaba a Federico Barbarroja. En menos de una semana los romanos ya tenían papa. Lo llamaron Anastasio IV. Lo eligieron en julio y en diciembre del mismo año lo despacharon del Oficio.

Adriano IV le sucedió y aguantó 5 años; hubiera aguantado más tiempo si no se hubiera muerto de un ataque súbito, como el otro, esperando a Federico Barbarroja.

El que comió bollos hasta hartarse fue el siguiente de la lista, Alejandro III, que reinó hasta 20 años. No hay que tener mucha imaginación para calcular cuántas veces le besaron los pies los príncipes, y los que no tuvieron la suerte de tener la sangre azul: el culito. Víctor IV, Pascual II y Calixto III, sus antipapas, fueron los que se encargaron de amargarle algo la fiesta.

De los siguientes: Lucio III, aguantó 5; Urbano III, 2; Gregorio VIII, los meses que pudo; Clemente III, hasta 4 años; Celestino III, 7; Inocencio III, sobrevivió 18 años. El III era un buen número, pero el IX demostraría ser mejor.

El siguiente: Honorio II, sobrevivió 11, del 1216 al 1227. Gregorio IX fue el que vivió como un dios casi una década y media larga. Fue de los últimos que pudo gozarla en el Olimpo romano antes que la maldición del papado comenzara a pegar patadas de muerte.

Celestino IV, el pobre entre el hola y el adiós no le duró un suspiro a los romanos, unos meses. Su sucesor, Inocencio IV, posiblemente en el complot que quitó de en medio a su predecesor, aguantó 11 años del tirón.

Alejandro IV duró 7; Urbano IV, 3; Clemente IV, otros 3. El número IV no era excesivamente malo. Con todo, la maldición de los papas era ya imparable.

El Beato Gregorio X reinó como dios 5 años. Su sucesor Inocencio V, ni aunque se hizo el Beato duró unos meses en el Olimpo romano. La misma mala suerte tuvo su siguiente, Adriano V, que sólo lo dejaron reinar unos meses. Tres papas se sucedieron pues en el mismo año del Señor 1276.

El bueno de Juan XXI les duró a los romanos lo que ellos quisieron, que no fue mucho; lo eligieron y lo quitaron como lo pusieron. Con Nicolás III parece que fueron más buenos, y le concedieron 3 años.

Lo dicho, el III era un buen número. A Martín IV le concedieron 4. A Honorio IV, 2. A Nicolás IV, 4. A Celestino V, al pobre sólo unos meses; lo encerraron en la cárcel y allí lo dejaron morir de hambre.

Bonifacio VIII, este era el hombre que mató de hambre a su predecesor, reinó del 1288 al 1292. Estaba hecho un macho. Benedicto XI, sin embargo, no llegó al año. El próximo en la lista, Clemente V, se olió la suerte que le tocaba al “santo padre”, se quitó de en medio y trasladó la corte pontificia a Aviñón, Francia.

A aquel traslado “cobarde” del primado universal del sucesor de San Pedro a la ciudad francesa de Aviñón lo llamaron los romanos la Cautividad de Babilonia. Trataron de miserable al hombre por ser eso, un hombre y no un dios. Los números cantan. Después de ser elegido, Clemente V vivió 10 años. Su sucesor lo hizo por 18. El otro aguantó 8. El siguiente otros 8. El próximo 10. El último otros 8. ¿No fue astuto el Diablo al darle de comer aquella fruta prohibida al papado?

De hecho apenas volvió a trasladarse el sucesor de San Pedro a su ciudad los romanos volvieron a su papel de creadores del obispo dios. A lo que hicieron a la vuelta de la Cautividad de Aviñón ellos, los criados del papado, lo llamaron el Cisma de Occidente, que es la forma de llamar a lo que no tiene nombre y si lo tiene no tiene nada más que uno, corrupción, y aun así no es una palabra que contenga en su definición la totalidad de la miseria que pusieron en la mesa de la Historia “los santos padres” y sus más santos criados.

El famoso “cisma de occidente” empezó cuando a la muerte de Gregorio XI, en el 1378, hubo que elegir papa. En una noche se reunieron los romanos, como lo habían estado haciendo antes de la llegada de San Pedro a Roma, cuando se sentaban y vendían el sumo pontificado de la religión oficial del estado al mayor postor. Esta costumbre pagana permaneció en la ciudad romana contra el derecho apostólico de sucesión por el Espíritu Santo, a la manera que san Ambrosio designó a san Agustín, y los primeros obispos cristianos solían hacer con sus sucesores, eligiéndolos personalmente, usando para la elección el designio del Espíritu Santo que vive en el Siervo de Cristo y en él su Señor le da a su Rebaño pastores de su elección y complacencia.

Los romanos y clanes aristocráticos de las ciudades patriarcales volaron en cuanto pudieron esta Puerta por la que se colaba el Espíritu Santo en la iglesia romana. El dinero, como antaño, y no Dios, devino el Poder elector al obispado patriarcal, fuera romano, o constantinopolitano. Así que, habiendo desplazado al Espíritu Santo apenas el Cristianismo devino la religión oficial del Estado, a estas alturas de la Historia, después de haber convertido el obispado romano en una cama de prostitución sagrada y en un cuarto oscuro donde se reunían asesinos para concertar en secreto sus crímenes, tras la muerte de Gregorio XI los romanos eligieron a Urbano VI. Pero para dejar constancia de quien era dios, a la noche siguiente los romanos decidieron retirarle su gracia a Urbano VI y concedérsela a Clemente VII. El Cisma ya estaba hecho. ¿Qué era “el santo padre” sino un lacayo al servicio de sus amos italianos? ¿Qué era el papado sino la supervivencia contra natura del sumo pontificado de la Roma pagana, transformado ahora en una nueva cosa para mantener el poder los mismos que lo tuvieron antes de llegar San Pedro a Roma? ¿No vuelve el perro a su vómito? De la misma manera volvió “el santo padre” a la ciudad de la que huyera, y apenas regresado sus crímenes contra el Cielo comenzaron a llenar la Tierra. Como un monstruo que crece y le salen cabezas por alguna operación alucinante, así “al santo

padre” de regreso a Roma le salieron dos cabezas. Obviamente para albergar tanto cuerno divino como ya le salía, y no le cabía en una sola cabeza. A este acto criminal contra la gloria y la belleza del rostro de Cristo lo llamaron Cisma. Y no había hecho más que empezar.

Al poco Urbano VI y Clemente II se murieron. Eran dioses, o como los dioses, pero se morían como cualquiera de las ratas del cuento. En este caso no se sabe si murieron de ciática o por capricho de los dioses romanos. El Diablo, que manejaba a su antojo los hilos de la Curia, debía saberlo. De hecho fue él quien, ocultando los hilos que movían las manos, coronó a otros dos “santos padres”, a cual mejor. Uno se llamaba Bonifacio IX y el otro Benedicto XIII. Dos “santos varones”, como la mayoría de los obispos romanos, todos santos o beatos en su gran mayoría. Naturalmente aquéllos dos nuevos “santos padres” no les duraron mucho a los romanos. El oficio de dios no compensaba, y sin embargo todos se morían por sentarse en el trono del Vicario de Cristo. (El origen de este título “Vicario de Cristo” procede de la adaptación de la estructura imperial establecida por Diocleciano al Edificio de la Iglesia. Este emperador anticristiano hasta la médula dividió el Imperio en cuatro prefecturas. Cada prefectura quedó dividida a su vez en distintas diócesis. Los jefes de estas diócesis eran los “vicarios” del prefecto. Cuando el obispo de Roma intentó reducir todo el reino de los cielos a una única prefectura, a las órdenes del Prefecto, Cristo, no cometió ningún delito; lo cometió al monopolizar el título de Vicario Universal, reduciendo todas las diócesis a una sola y única sujeta a su mano. Y lo cometió por muchas razones. Primero porque según el último libro bíblico el Señor administra su Iglesia a través de siete estrellas, que son sus ministros; de donde se ve que no hay un solo y único Vicario. Es más, como a Moisés se le mostró el modelo acorde al que tenía que construir el Tabernáculo y sus cosas, así el Señor le descubrió a sus Iglesias el modelo acorde al que tenía que alzarse la Administración Pastoral).

La Historia de la Iglesia demuestra que en esa dirección iban todas cuando los Vicarios comenzaron a pelearse entre ellos a ver quién era el más grande, resultando de aquella pelea la enemistad que los condujo a la División. La Historia de las Iglesias es, en razón de esto, la crónica de una pelea de un Discípulo contra todos los demás por alzarse como el único Vicario de Cristo. Lo demás, las series de crímenes y locuras por santificar lo que contra el Señor Jesús se hizo, esto venía como efecto de la rebelión del obispo romano contra sus hermanos en el Apostolado, usando al emperador para ponerlos de rodillas, y a los romanos para matar a cualquiera que les llevase la contraria.

Bajo esta camarilla criminal cayeron los papas y los antipapas protagonistas del Cisma de Occidente que estamos trayendo a la memoria. Eliminados Urbano VI y Clemente II, sus sucesores Bonifacio IX y Benedicto XIII saborearon las mieles de quien es “como dios” el tiempo que los romanos les concedieron. El caso es que al Bonifacio lo mataron o se murió antes que lo mataran y le eligieron por sucesor a un tal Inocencio VIII, otro inocente que a los dos años cogió el camino de su predecesor y nadie sabe si se fue para el Cielo o el Infierno. Según el decreto del famoso Gregorio VII ningún poder para juzgar a su Vicario tenía Dios, así que concedámosle el beneficio de la Duda y dejémoslo en el Purgatorio.

En la Roma de los electores del Vicario de Cristo fue elegido como dios por un día Gregorio XII. ¿No es curioso que el Vicario, siendo al Prefecto a quien le corresponde elegirlo, y siendo el Prefecto: Cristo, no es curioso que éste no tenga ningún poder sobre su Siervo? Pero ni sobre éste ni sobre ninguno. Porque si el vicario romano era nombrado por las familias romanas, y en su defecto por el emperador, eran éstos quienes tenían el poder del Espíritu Santo. Y lo mismo luego cuando el Vicario Romano suplió al Prefecto y se dio a elegir por su cuenta a todos los Siervos de Dios. La cuestión es: ¿Edificaron los Apóstoles la Iglesia según el modelo que les dio

su Maestro para que una vez el Edificio alzado se sentara en el Trono de Gloria del Señor el Vicario Romano?

Así las cosas, dos viviendo como los dioses que estaban, vino un nuevo aspirante al título de obispo dios a saltar al ring, éste con el rimbombante título de Juan XXIII. Ya no eran dos cabezas para un cuerpo, ya eran tres. Si por su poder no podía ser visto quién movía los hilos de este escándalo, por los efectos sí podía verse cuál era el nombre del Dragón que estaba arrojando contra el rostro de Cristo todo el horror de que era capaz su corazón infernal. Y es que el escándalo empezó a adquirir tales proporciones que acabaron viéndose los cuernos al Diablo y por fin todos los buenos se decidieron juntos a frustrar su trabajo. El 11 de Noviembre del 1417 la elección de Martín V hizo que las aguas volvieran a su cauce.

A aquel periodo de miseria y escándalo contra el Cielo y la Tierra protagonizado por el “santo padre” lo llamaron, perdonándose a sí misma la iglesia romana: Cisma de Occidente. Es verdad que el Señor les dio a sus siervos el poder de perdonar los pecados. Lo que no sabemos es si les dio el poder de auto perdonarse hasta, como dijo Lutero, la violación de la Madre de Dios. Por si la duda cupiera la Historia del “santo padre” o Papado es una continua e interminable sucesión de perdones a sí mismo y de condenas al prójimo. Porque yo me pregunto: ¿Se merecía Savonarola ser quemado en la hoguera mientras aquéllos a los que proféticamente denunciaba le escupían con sus obras a su Señor en el rostro? ¿Quiere decir la iglesia romana que lo que ella puede hacer, y he aquí el misterio de su omnipotencia, manchar con sus obras la gloria de su Señor, a nadie más le está excusado? Es más, ¿quiere decir que su Señor, como a los reyes hebreos les diera poder de matar a sus profetas, a la iglesia romana les dio su Señor poder para matar a todo el que denunciara sus crímenes?

Volvamos ahora al Diablo y su plan de destrucción de la Humanidad. Ya hemos visto cómo movió los hilos de la iglesia romana usando las manos de los romanos y de los emperadores. El objetivo de aquel Cisma era romper la Unidad entre las dos partes de la Europa de entonces. Una vez rota la Unidad Oriente-Occidente, avanzaba hacia el Tronco mismo. Afortunadamente todas las fuerzas de la Creación y del Cielo se unieron a las de la Tierra y combatieron aquella Batalla. La combatieron y la ganaron. ¿Quiere decir esto que el Diablo no volvería al ataque?

Una batalla perdida no decide la guerra.

¿Cuándo y cómo volvería al ataque el Diablo? ¿Cuál sería su próxima batalla? Oportunidades para levantar escándalos y dirigir sus consecuencias hacia una guerra santa no habría de faltarle. El obispado romano en breve caminaría hacia la Segunda Pornocracia, cuando los Borgia sentaron su culo en el trono del papa y los hijos de sus amantes gobernaron la iglesia.

Pero no sería por ese frente por donde abriría brecha el Diablo. No. La próxima vez sorprendería a sus enemigos con una obra digna de su maléfica astucia. Imitaría a Dios. Este había demostrado que el mejor material a su servicio se hallaba entre los jóvenes ambiciosos y valientes que vivían su vida a pleno pulmón. Caso san Francisco de Asís, Ignacio de Loyola y tantos otros. El truco estaba en conducir a esas almas a una crisis profunda que las llevase al encuentro con su Creador. Por regla general solían ser jóvenes apasionados. Como el joven Martín Lutero, en sus 21, 22 años, ambicioso, viviendo en la casa de una viuda, muy piadosa de puertas para afuera, ya se sabe, la imagen, las malas lenguas, pero a cuya cama corría el joven solicitado por los amores de su amante secreta. ¿No iba estar el Diablo al corriente de las aventuras del joven Lutero? Muy buena gente por otra parte. ¿Con 22 años a quién se le puede reprochar gozar de los placeres de la carne? Además que el joven Lutero se había ganado la vida de tuno universitario. Muy buena gente, tan alegre y jovial como el más

pintado, pero siempre cerca de donde está la fiesta y dispuesto a compartirla sin más preámbulos. Es decir, algo calavera. Cervezas, amigos, mujeres, y un secreto, su viuda alegre, de cuya cama seguramente volvía a casa cuando lo atrapó el Diablo en medio de la tormenta.

CAPÍTULO UNO

PRIMERA NEGACION DE CRISTO

I

León III (795-816) Anales de un Hechicero

En el año 800 un crimen contra el Cielo fue cometido en la Tierra. Acortando el resumen lo más breve: el obispo romano le dio al mundo occidental cristiano un rey distinto al Rey que le diera Dios.

Es casi imposible entender la ejecución de un acontecimiento del todo tan innecesario para la existencia de la Iglesia como la Coronación de Carlomagno sin acudir a factores tanto humanos como no humanos. Por el lado humano comprender que quien debe glorificar a su Señor sobre todas las cosas, antes y después de todas las cosas, ayer, hoy y siempre, fuera ése precisamente quien, despreciando la Corona Universal de Jesucristo, por obra y gracia de Dios devenido el Mesías, es decir, Rey Universal y Único de la Creación entera, ése mismo, siendo obispo romano, despreciara la Elección de Dios, en virtud de la cual fuimos todos los seres liberados de la Obediencia a cualquier criatura, sea quien sea, llámese como se llame, provenga de donde provenga, y sujetos exclusivamente y particularmente al Señor y Rey de todos los Pueblos de la Creación de Dios ante nadie, ni ayer, ni hoy ni nunca, los hijos de Dios doblemos nuestras rodillas, excepto ante el Trono de Dios, y precisamente porque fuera ése quien utilizando la espada de Carlomagno, en lo material, y las Llaves del reino de los cielos, en lo espiritual, bendijera la rebelión contra la Corona del Mesías sempiterno, bajo pena de muerte, de un sitio, por la espada material, y de condenación al infierno, en lo espiritual, del otro sitio, obligase al pueblo cristiano a doblar sus rodillas ante una criatura de barro, polvo que se desvanece al sol del Tiempo, y porque ése que se rebeló contra la Corona Universal de su Señor reclamaba para sí los Títulos de "santo padre", "divinidad", etcétera, títulos por los que el Diablo se lanzara en rebelión abierta contra Dios Padre, y porque fue el obispo de Roma quien cometió tal ofensa contra el Cielo y la Tierra: la Coronación de Carlomagno supuso un escándalo de tal magnitud que se hace imposible pasar de largo volviendo la cara para otro sitio.

Se nos objetará que esa Rebelión fue el pan de cada día desde que Constantino hizo las paces con el cristianismo, y que esta rebelión de los sucesores de los apóstoles contra el Mesías Universal era por aquel entonces un hecho consumado en la iglesia bizantina, y nadie se escandalizaba por el invento bizantino de "servir a dos señores" sin causar en la Sabiduría de Dios un agujero negro. Le responderemos a estos objetores que por el fin se descubre la naturaleza de los hechos, y habiendo predeterminado Dios la Caída del Imperio Romano, en su totalidad, cuando su Juicio entró en escena la ejecución aplastó entre sus escombros a esa misma iglesia bizantina, demostrando Dios que el pecador triunfa por el tiempo que dura su paciencia, pero una vez que se colma el vaso y se derrama, la Sabiduría sigue su camino y, como la Naturaleza embravecida no conoce más ley que la propia, y sería de locos llevar a los tribunales a la atmósfera, acusada de delito contra la humanidad, por enterrar bajo sus aguas poblaciones enteras, siguiendo esta verdad omnipotente la Sabiduría borró del mapa a los inventores del servicio a dos señores.

Observamos que la Iglesia Europea Occidental se mantuvo firme en el Designio Apocalíptico Divino contra el Imperio Romano, y, si estudiamos detenidamente el movimiento desde Nerón a Constantino y desde Constantino al último emperador de Occidente, observamos cómo, aún andando con el Emperador, la Iglesia Católica se mantuvo al margen del Imperio y se dedicaba a lo único que procedía: poner las bases sobre las que “el día después” comenzaría el Reino de Dios su andadura hasta alzarse a los dos lados de las aguas de la Tierra, entendiendo el Pacífico por estas aguas, como actualmente vemos y así consta en los anales de la Historia Universal desde el mismo día que naciera la Edad Moderna.

¡Cómo pudo perder la Fe en el Todopoder del Rey del Universo aquel obispo romano ante el peligro del Islam batiendo costas italianas!, y, ¡en qué se basaba su confianza para babear de aquella manera ante la idea de devenir el Amo y Señor de Italia!, y, ¡cómo pudo el obispo romano consumar un acontecimiento que le significaba nada a la existencia de la Iglesia en tanto que Esposa del Señor y rey del Cielo, excepto haber encontrado la forma de hacer pasar el elefante por el ojo de la aguja!

Recordemos los hechos.

En el año 33 de la misma Era el Dios de la Eternidad le dio a todas las naciones cristianas del futuro un Rey, su Hijo Jesucristo, de manera que nadie en el Cielo o en la Tierra, nadie, tuviera nunca que llamar rey y señor mío a un semejante. Pero en el 800 de la Primera Era de Cristo, tentado por la Muerte con el fruto dorado del poder teocrático, el obispo de Roma liberó a todas las naciones cristianas de la obediencia al Rey de la Eternidad y puso a la Cristiandad a los pies de su nuevo señor y amo, el rey de los Francos, Carlo Magno, un bárbaro, un animal sin el menor conocimiento de las cosas divinas, pues de haberlas tenido jamás hubiera aceptado la rebelión contra la voluntad de Dios que le ofrecía el obispo romano. Este era el milagro: La Resurrección del Imperio Romano de Occidente por obra y gracia del obispo romano.

Y éste su Pecado, pues contra la Ley de Dios : “Nadie puede servir a dos señores, a dos reyes”, la Iglesia Romana puso a los cristianos bajo el reinado de Carlo Magno, despreciando así la Ley de Dios, el Único Señor y Rey de toda la Cristiandad. Se me dirá, sí, pero los Cristianos habían estado sujeto a coronas desde el principio. Desde Constantino el Grande hasta Clodoveo, sin dejar atrás la corona de los Visigodos Españoles ni de los Ostrogodos Italianos, todos, sin excepción, los mismo Españoles que Franceses, Alemanes, Ingleses e Italianos, todos habían estado bajo la ley de una monarquía u otra. ¿Qué tenía de anticristiano la Coronación de Carlomagno?

La respuesta no puede ser más directa. Por supuesto que el cristianismo nació bajo condiciones imperiales y la destrucción del Imperio Romano de Occidente trajo en sustitución del cetro romano distintas coronas bárbaras. pero impuesta a la fuerzas en Obediencia al Mandato Divino, que ordenada la Separación de la Iglesia del Estado, y la sujetaba a su Señor con el Vínculo de la Cabeza al Cuerpo, siendo Jesucristo el Rey de las iglesias la Iglesia se abstuvo en la participación de la permanencia o cambio de aristocracia durante los siglos que fueron desde Constantino a Carlo Magno, dejando en las manos de Dios el Futuro de la Libertad de las Naciones Cristianas y su Obediencia a la Corona del Rey Universal Sempiterno, Dios Hijo Unigénito. En Obediencia a su Rey y Señor la Iglesia Católica Cristiana, en unión con el Jefe del Magisterio de los Obispos, se abstuvo de implicarse en la sucesión de las coronas, dejando en las manos de Dios la abolición de todas ellas y la sujeción de todas las Naciones a la Corona del rey Divino.

Regresando a la Escritura, Dios había dado a conocer su sentencia de muerte contra el Imperio de los Césares en el célebre pasaje del Apocalipsis que habla de la Gran Ramera, la Gran Babilonia, etcétera. Y es que, que un padre deje de pedir justicia

sobre los cadáveres de sus hijos, tomando esta relación padre-hijos como la existente entre Dios y los Primeros Cristianos, es, de todas todas una perversión, primero, del Derecho y, segundo, de la concepción de la Ley. Y acorde a la Veracidad de dicha Paternidad, Dios juró por su cabeza, dejando escrita su Palabra en su Libro, que la Gran Ramera, la Roma de los Césares, se hundiría sin salvación posible. De manera que a las iglesias lo que les tocaba era poner los ojos en el "día después".

Conociendo "la Parusía", es decir, el apertura de la Edad de las Persecuciones contra el Cristianismo, los hijos de Dios de nuestra Raza levantaron sobre el fundamento puesto por el propio Jesucristo en vistas "al día después de la parusía". La Parusía consumada, y en el dolor inmenso de ver la sangre de sus hijos regando las arenas de los circos, Dios juró por su gloria y nombre que ese Asesino, ésa Gran Ramera, Roma Imperial, se hundiría hasta el mismo infierno. Y, mirando a ésa ejecución irrevocable escribió a sus iglesias pidiéndoles que se apartaran de "la Gran Ramera" no sea que, siendo el designio de Dios irrevocable, hallándose aún bajo su techo perecieran entre las ruinas del Imperio.

Pero como la locura no es una patente exclusiva del Diablo la iglesia de Oriente creyó haber encontrado la piedra filosofal con la que hacer desistir a Dios de su Designio, y haciendo del emperador de Bizancio su amo y señor, burlando de camino la Palabra de su Hijo, la que dice que nadie puede servir a dos señores, creyeron los Ortodoxos poder borrar del Libro de las Profecías la Sentencia contra el Imperio Romano.

Y locura la de la iglesia Ortodoxa Bizantina, por muchas razones. Primero porque pedirle a un padre que no pida justicia sobre el asesino de sus hijos es, la verdad, ser cómplice del crimen. Y segundo, porque siendo Dios quien había hablado, era locura total, no ya permanecer bajo el mismo techo del emperador de oriente sino, meterse en su propia cama. El Juicio de Dios contra la iglesia Ortodoxa Bizantina demostró con su severidad lo que reflejan estas palabras.

Pero la Iglesia Católica se mantuvo al margen del Imperio, aún habiendo sido seducida por Teodosio el Grande con la Idea de una Teocracia compartida, y mantuvo la Fidelidad al Juicio Divino, que le pedía no inmiscuirse entre la Justicia Divina y el Imperio. Y observamos que Dios cumplió su Palabra, el Imperio de los Romanos fue demolido, y el Día Después se hizo. Y habiendo vivido para enfrentarse a este "día después" la Civilización le debe su Resurrección única y exclusivamente a la Iglesia Católica, y de aquí que la Civilización sea Cristiana, y el día que deje de serlo dejará de ser Civilización. Lo cual nos lleva, evidentemente, a la Idea de lo que sea la Civilización, si un prostíbulo en el que el Dinero es Dios y regula la paz y la guerra, o un Reino en el que la Verdad es el Fundamento y la Raíz de la Ley. Algunos abogan por el revival de la civilización como un prostíbulo donde todos se acuestan con todos y el dios de todos es el Dinero, y lo llaman Alianza de las Civilizaciones. Otros abogamos por una Alianza Cristiana regulada por la Verdad como Fundamento de la Justicia. Esta tensión, sin embargo, existe desde que los Bárbaros quisieron, contra Dios, y porque fuimos bestias, resucitar la Idea de la Civilización acorde al Imperio que ellos mismos echaron abajo.

Esta presión, yendo en aumento, fue la que determinó la naturaleza del juego de fuerzas que arrastró al obispado romano a aceptar como buena la idea que sus predecesores despreciaron por contraria a la Sabiduría de su Señor, no otra que la Idea de la Teocracia Compartida que le pusiera en las manos a la Iglesia de Occidente aquel Teodosio el Grande.

El hecho es que la Roma de los Césares se había hundido bajo el peso de sus crímenes contra los Primeros Cristianos, según lo anunciara el Señor Jesús en el Libro

de sus Profecías. Y de repente, cuando nadie se lo esperaba, porque nadie podía creer que aquel que a sí mismo se llamaba Sucesor de San Pedro se atreviera a hacerlo: icoger las llaves que abren las puertas del Cielo y convertirlas en espada del Infierno!, el santísimo León León León -porque no uno sino hasta tres leones llevaba dentro- desenterró lo que Dios enterró, ¡el Imperio!, demostrando contra Dios que el Sucesor de San Pedro era más que Dios. Dios resucitó a un hombre, pero el Papa, ¡el Papa resucitó un Imperio!

Bajo la protección de su nuevo rey y señor aquel Santo Padre vivió otros dieciséis años. Y pues que todo el mundo conoce la letanía de crímenes que expió aquel siervo de la Muerte, al quitarle a Jesucristo lo que le diera su Padre, no voy a elevar del Infierno la memoria que en el infierno duerme. Su nombre era León, su número el 3 de su especie. He aquí una biografía romana sobre tan santo varón.

San León III

Notas de C.R.: Según avancemos hasta donde el estómago nos permita el aguante de las náuseas iremos notando cómo la ignorancia de los historiadores oficiales de la iglesia romana brilla desde el principio, de manera que a sus santos criminales no les asigna a ninguno de ellos fecha de nacimiento. Es más, para encubrir los divinos delitos de sus amos esta ignorancia se hace más manifiesta en correspondencia al número y la gravedad de sus crímenes, como si dijéramos que existe una ley de correspondencia entre la necesidad de silencio y el imperio de la ignorancia, cuya igualdad hubiera de dar lugar a la lobotomización de las masas católicas, justificando de esta manera odiosa el obispo romano lo que Dios no excusó en el propio Diablo.

También, y todo es bueno decirlo, sujeto el mundo cristiano entero a la ignorancia, el hecho de salir a luz la historia de los crímenes de aquellos que debieron ser imagen viva de Cristo entre nosotros no implica más que el efecto debido al conocimiento, sin el cual es imposible que pueda haber un criterio justo y preciso sobre la naturaleza de las fuerzas puestas en marcha contra la Unidad de las Iglesias. Basta abrir la Enciclopedia Católica para contemplar con los ojos de la cara cómo el delito fundamental en la base de la transformación del obispado romano en rebelión abierta contra el Rey del Cielo -aunque en la ignorancia del delito cometido- es el punto de arranque de la justificación de unos hechos delictivos que, si en cualquier persona humana bastaran para mil cadenas perpetuas, en el obispo romano son perdonados, absueltos y, por consiguiente, expuestos como modelo de conducta para sus sucesores, algo que se demostrará en los siguientes capítulos sin necesidad de recorrer todo el espectro.

Aquéllos que debieran conocer más que nadie estas cosas, abren la bía de este rebelde contra la Elección del Rey Universal, diciendo:

“Fecha de nacimiento desconocida. Muerte: el 816”.

Es decir, conscientes de estar comulgando con una rueda de molino pasan lo más rápidamente posible por el tema buscando no contagiarse con las memorias de alguien sobre el que pesara delito de hechicería y asesinato en serie de todos sus rivales, cuya muerte, sin embargo, justifican, demostrando con esta justificación que la justicia no es ... pero entremos en detalles.

El 26 de diciembre del 795, el mismo día en que fue sepultado Adriano I, elegía Roma por unanimidad a su sucesor. León III fue coronado a la mañana siguiente; e

inmediatamente el nuevo Papa envió a Carlomagno, junto con la noticia de su elección, las llaves de la tumba de San Pedro y la enseña de Roma, dando a entender así, inequívocamente, que reconocía su título de Patricio de los Romanos y su supremacía real. (En cristiano, para entendernos, que se bajó los pantalones y puso su culito al servicio de su majestad. ¿Temió el Papa que ciertos rumores malévolos hubieran indispuerto al rey de los francos contra su elección llena de gracia?) Supuestos sobreentendidos desde la respuesta del monarca podrían hacerlo pensar: «Mantened con firmeza los santos cánones de los concilios -les recomendaba el rey a los mismísimos cardenales y obispos,- es decir, ¡a Cristo!- y poned todo vuestro empeño en permanecer fiel a las reglas de Vuestros Padres, a fin de que brille vuestra luz entre los hombres». (¡Qué sabio el bárbaro, ni el propio Salomón!). Aquella prisa que se dio León por asegurarle al rey su deferencia le indispuso gravemente con los amigos de su predecesor, que tan susceptible se había mostrado en lo tocante a las prerrogativas sobre los Estados de la Iglesia. Interpretaron dicho gesto como una provocación, justificando así una hostilidad cada vez más enconada. Hasta el extremo de que, en el año 799, durante una procesión, se arrojaron sobre el Papa, intentaron arrancarle los ojos y cerca estuvieron de asesinarle. Aunque seriamente maltrecho, consiguió León escapar y refugiarse en Paderborn, poniéndose allí bajo la protección de Carlomagno. Éste le facilitó su regreso a Roma con una gran escolta, y no tardó en seguirle en noviembre del año 800 para restablecer el orden y castigar a los culpables. (Cómo no. París bien merece una misa, dijo uno. Y Roma la violación de la madre de Dios, dijo otro. ¡Ay ay cuando el Hijo de esa Señora venga y comience a juzgar por las palabras, los pensamientos y las obras a cada uno de sus siervos! Mejor no verlo. Por nada del universo me quisiera ver ese día bajo la sotana del obispo de Roma).

Y bueno: Comenzaba el invierno. Carlitos estaba en Roma disfrutando de la bondad relativa de su clima, cuando a León tercero le llegaron rumores, procedentes de Bizancio, que él entendió en el sentido de que el trono imperial había quedado vacante. Persuadido de que volvía a corresponderle al Papa la facultad de disponer de la corona -y quizá contento en su fuero interno por poder engallarse frente a Bizancio- León III preparó con toda resolución un gesto espectacular. El día de Navidad, cuando Carlomagno y todo el pueblo se hallaban en la catedral, el Papa -inesperadamente- puso una corona sobre la cabeza del monarca, se prosternó ante él e invitó a la multitud a que aclamara al nuevo emperador. (Lo de inesperadamente viene tan inesperadamente como el fraude de la Donación de Constantino. ¿Pero quién es el demonio que se escandaliza de las diabluras del diablo?). El Santo Imperio Romano acababa de nacer como una resurrección -en el ánimo del Papa- de aquel Imperio desaparecido en el 476. Sin embargo, el gesto del pontífice era ambiguo. León se atribuía el derecho de consagrar al emperador, lo que le situaba por encima de él. Carlomagno no se dejó confundir y, aunque en aquellos momentos no lo exteriorizara, no le gustó lo que hizo el papa. (¡Pobrecito, un pañuelo para el Salomón de los Francos! ¿No habéis leído jamás la historia de los Carlitos Ripuarios? Eran unos angelitos. Un día que me encuentre a gustito en mi sofá sin respaldo os voy a traducir las gestas de los Carolingios. Aunque si se mira para atrás y se saca billete para la película de los Merovingios la de los Carolingios ya no resulta tan divertida. Es una pena que en un mundo regido por editores a cual más piiiiniiiii... los Césares se lleven los gritos y los Bárbaros el silencio). Pasado el tiempo Carlos diría que de haber podido prever lo que iba a pasar no hubiera puesto aquel día sus pies en la Iglesia. (¡A otro circo con ese chiste, payasos!). Muchos historiadores afirman, por el contrario, que la coronación estaba perfectamente convenida y que lo único anómalo, fue que el Papa precipitó el momento de realizarla... (¿Tenía prisa por evitar que Carlitos se echara atrás si comprendía que al investirse rey de los cristianos destronaba a Jesucristo? Además, a un bárbaro lo que le convenía era matar, matar, matar, no pensar. Pensando llegaría al "Pienso, luego existo" y se armaría la guerra mundial).

El Papa había ido demasiado rápido. (Así dice el historiador mercenario lamiéndole el culito a su “divinidad el santo padre”. Leed:) Si se hubiera informado mejor habría sabido que Bizancio seguía teniendo su emperador. Carlomagno tendría que darse por satisfecho con ser solamente emperador de Occidente. (¿Quién es el tonto?).

Todo el episodio viene a demostrar que el Papado no se resignaba a renunciar a la vieja idea de una Iglesia imperial. Quiso León recrearla en el instante en que sus relaciones con Bizancio eran más débiles que nunca y lo que hizo fue provocar un problema dramático: el establecimiento de unos lazos funestos que contenían el riesgo de atar a la misma Iglesia. Y una vez trabada tardaría siglos en soltarse. (¿Un problema dramático? Puaf, una rebelión contra Dios y su Rey un problemilla entre cagada y meada. Esos cronistas vaticanos...).

León III vivió dieciséis años más desde la Navidad del 800. (Así cualquiera). En el año 804 León III franqueó de nuevo los Alpes para entrevistarse con Carlomagno en Francia, en Aix-la-Chapelle. (Je t’aime Charles, je t’aime, mon amour, ne me quitte pas, je suis á toi, ne me quitte pas... Qué malo que soy. Os dejo con los amigos más fieles -¡quién dijo que el perro es el amigo más fiel del hombre!- de aquel Papa). También reforzó las relaciones con los cristianísimos reyes de Inglaterra. Y... blablabla... no hubo templo que no se beneficiara de su inclinación por las restauraciones... blablabla... León falleció en la Ciudad Eterna - moritumum te salutam... el 12 de junio del 816, y la Iglesia dedicó este día para honrarle como santo.

No habéis caído en una trampa. Sólo que esto, llamarse “el primero de los cristianos, el único que por derecho es verdaderamente católico y arrodillarse ante un hombre de carne y hueso”, la verdad, me revuelve las entrañas. Tal vez el padre y la madre de un monstruo no vean a la criatura con los mismos ojos que los familiares a los que ese monstruo les devora sus hijos. Tal vez desde el punto de vista de los familiares de esos padres se deba disculpar al monstruo en razón de sus padres. Queda muy bonita la misericordia para el diablo. Pero Dios, y aunque el mismísimo Satán era hijo suyo, ante la enormidad de su crimen no dudó en firmar contra la Serpiente que Satán llevaba dentro sentencia de destierro eterno de su Reino. Así que no enfrentemos el amor a Dios con la Verdad.

En la brevísima bío del santo padre León III que acabáis de leer sus crímenes y matanzas no han sido tocados. Cuando lleguen no penséis que las víctimas fueron todos unos malvados que se merecían que los masacraran. Fue la Iglesia Católica Italiana la que se levantó en rebelión para deshacer lo que el duetto León-Carlos fabricara. En breve tocaremos este asunto. ¿O no os rebelareis vosotros contra la Unción de un rey sobre vosotros una vez que Dios os ha dado a todos su Hijo por Rey Universal y Sempiterno? Si tenéis agallas para conocer la verdad, seguidme. Si preferís lo malo conocido a lo bueno por conocer, el infierno os pertenece, no seré yo quien os lo arrebate.

Nuestra querida E.C., modelo de deontología profesional para la Historia, nos dice que:

“Empujados por los celos, por la ambición o por sentimientos de odio y venganza, un cierto número de parientes del Papa Adriano I urdieron un plan para hacer a León indigno de ejercer su sagrado oficio”.

Dignos criados de su amo romano, estos cronistas al por mayor y a sueldo del Vaticano pasan por alto el detalle básico, primordial, trascendente alrededor del cual girarían los crímenes de este Papa y de sus inmediatos sucesores contra sus propios hermanos en Cristo, los Obispos, o se supone que debían serlo.

La iglesia romana, espina dorsal de la Iglesia Católica, Cuerpo de Cristo, había sido liberada de cualquier sumisión a un poder imperial humano gracias a la Caída del Imperio de los Césares. La sumisión de este Papa, elegido por los propios Francos para sacralizar su Imperio, no podía sino causar entre los obispos católicos italianos un escándalo de inmensas proporciones. La historia de la sucesión leonina pone de relieve la guerra civil entre el obispo latino-romano contra una iglesia católica italiana que, obedeciendo a su Cabeza, Cristo, no podía permitir que donde Dios puso Rey el obispo romano quitara y pusiera emperador.

Sobre este detalle básico ningún historiador oficial entra ni a saco ni sin saco, siendo empero esta contienda obispo latino-romano versus iglesia católica italiana la clave de todo el proceso. Comulgando con el diablo, pues, los historiadores vaticanistas justifican la masacre ordenada por el “Santo Pontífice” tras la muerte de su rey y Amo, diciendo: “Una nueva conspiración se formó contra él, pero en esta ocasión el Papa fue informado de ella antes de que llegara a un punto crítico. Ordenó que los cabecillas de la conspiración fueran detenidos y ejecutados”.

La primera conspiración acabó con el exilio de todos los conspiradores gracias al freno que el emperador puso a la cólera de su todopoderoso siervo. Muerto el señor su criado se encontró con las manos libres para despachar al infierno tantos cuantos obispos, cardenales y demás simiente maldita -según su manual de entendimiento divino le impuso a su conducta- quiso. Matanza que no acabó con la ejecución de tan divinas cabezas. La conspiración era italiana en su conjunto. Y porque la Independencia robada por el obispo romano en unión a que los ejecutados eran sus familiares, la nobleza se alzó en guerra. Que perdió bajo los cascos del Defensor y Protector del Rebelde a la Corona de Jesucristo, cuya Universalidad había sido perdida en favor de la de su Siervo Rebelde: el Obispo de Roma.

Dicen los jueces misericordiosos de semejante “papa” homicida, hechicero también según cuentan otros, que la generosidad de la que hizo gala León antes de morir, se debió a los tesoros que Carlomagno puso en sus manos como recompensa a la legitimación de su delito contra el Cielo. Muy generosos son los historiadores oficiales del obispado romano. Hacen de la memoria olvido y ocultan bajo su misericordioso juicio que el exilio, a que condenara el “Santo Padre León III” a cardenales y obispos italianos rebeldes a la Coronación del Franco, fue seguida de la lógica privatización a su favor de todos sus bienes y riquezas, que no debían ser pocas dada la indisoluble unidad entre la nobleza y la iglesia italiana. Expropiación contra los obispos y nobles de esta segunda revuelta que, aunque tuviera por beneficiario al vencedor directo, en ningún caso podía dejar fuera del despojo y repartición al “santo padre”. Un santo en toda la regla, como se ve. Razón por la que fuera canonizado en el 1673 por un admirador, el Papa Clemente X.

Este Clemente, según su bío, fue un viejo medio chocho que, más santo que el Juez Todopoderoso, se limitó a bendecir y santificar a diestro y siniestro, de esta manera cerrando cualquier crítica contra sus predecesores. Una vez santificado aquel Hechicero al servicio del rey de los Francos, y el delito de crítica puesto bajo pena de Infierno, a ver quién era el gracioso que se atrevería en el futuro a denunciar el Complot criminal por el que el obispo de Roma se alzó sobre toda la Iglesia Católica, después de acabar con la iglesia italiana, deviniendo de esta forma Cabeza Espiritual del Mundo Cristiano, ejercicio que sólo le corresponde al Unigénito Hijo de Dios. Ya veremos en el futuro inmediato cómo excusa este Delito su sucesor vivo. Será interesante ver al obispo romano justificar ante el Tribunal de los hijos de Dios el haberle sustraído a Jesucristo la Obediencia sempiterna de todos los cristianos, para ponerla a los pies de un humano. Esta Sustracción y ninguna otra causa fue el origen de la guerra civil entre la iglesia romana y la iglesia italiana, que acabara ganando la primera mediante la conversión de su jefatura sacerdotal en un arma asesina de la

mejor escuela pagana. Sus sucesores, sin embargo debieron seguir aplastando obispos y cardenales rebeldes a la legalización de la Sustracción Romana.

Y es que, negándose a sí mismos los Cronistas del Papado, si al principio dijeron que León III fue elegido por unanimidad, enseguida ante el escándalo de sus crímenes, quedando sus culos al descubierto, la verdadera puerta por la que se entraba en la Escuela de Historiadores del Vaticano, y no sabiendo cómo ocultar la muchedumbre de sus crímenes y la guerra civil por la Independencia de Italia y la Corona de Jesucristo, por parte de nobles y obispos italianos, los perros vaticanistas pasaron, y siguen pasando, de largo lo más rápido posible por un acontecimiento cuya naturaleza se les escapa y cuyas consecuencias no eran su asunto.

Ahora bien, nadie interprete este juicio por sentencia. Que el crimen le cause náuseas a quien, a pesar de sus defectos, ama al Espíritu de la Verdad sobre todas las cosas, tal cual al Cristiano Verdadero la Obra del Diablo le causa, sin necesidad de Deber, mediando únicamente la Naturaleza de la Fe, por sí solo sufriendo ante la Obra del Diablo, una repugnancia indescriptible, es sólo natural. Lo que no es natural es que el criminal pida para sus crímenes complacencia, porque fueron hechos en nombre de la Iglesia, lo cual es decir que Jesucristo impuso por obra de su Doctrina la pena de Muerte contra todo el que se alzara contra las obras de sus Discípulos, fueran éstas o no fueran hechas acorde al espíritu de Dios y sí o no a imagen de las obras del Diablo.

Existen distintos modos, pues, de entrar en el tema de la Historia de la iglesia romana. Una es, como ya he dicho, con el culo al aire y dispuesto a todo con tal de vivir como perro comiendo la miseria que se le cae de la mesa de la gloria de su amo, los Cardenales y Papas romanos, y la otra es la de quien amando la Verdad sobre todas las cosas y sabiendo que Dios es Verdad, en ejercicio del Espíritu de la Inteligencia de quien es engendrado en la Fe para la Gloria de su Creador, se atiene exclusivamente a la Sabiduría en desprecio, tota y absoluto, de toda Teología de Justificación del Crimen.

Es desde esta perspectiva que, con el Libro de la Historia en una Mano, y con el Libro de Dios, en la otra, se sobreentiende, sin espacio a la Duda ni a la Discusión, que el Argumento en la Base de la Bío Criminal de León III tuvo como Tema la Independencia de Italia, de un sitio, por parte de la Nobleza Italiana, que se perdía con la Coronación del Francés, y de la Libertad de la Iglesia al Servicio de su Rey y Señor, Jesucristo, puesta a venta por el Papa al rey de los Francos, con la cual el Obispo Romano cometía un Delito contra la Ley De dios expuesta, a saber : “Nadie puede servir a dos señores”, es decir, a dos reyes.

Sin darle orejas a este Argumento, en orden a lo cual la estructura vaticana le cortó las orejas a todos los católicos, es imposible entender la perversión en la que cayera el obispado romano, hasta entonces recorriendo la línea entre el bien y el mal como el que hace equilibrio en la cuerda floja pero siempre manteniendo la Obediencia a la Ley de Dios de un Único Señor, un Único Rey, como norte de su conducta.

Italia era soberana desde el nacimiento de Roma. La Caída del Imperio de los Césares sucedida, en cumplimiento a la profecía Apocalíptica, no había cambiado en absoluto el status quo de soberanía del Italia sobre su propia tierra, si bien ésta había quedado a merced de las hordas invasoras que de cuando en cuando asolaban su territorio. A la postre los Ostrogodos se quedaron, y más tarde los Lombardos y los Bizantinos se repartieron la Península, si bien en estado de Invasión y jamás en estado de Integración como sucediera en Francia con los Francos y en España con los Visigodos. Los Italianos se mantuvieron en estado de Guerra de Reconquista desde que cayera el último de los Césares, el Obispado Romano, quien no lo diga no es justo con la Verdad, a la cabeza del movimiento de la Libertad de Italia. La Italianidad del

Papado desde León I hasta Gregorio I es harto famosa y lo dice todo sobre la relación entre los poderes italianos y el obispado romano.

Frente a Ostrogodos, Bizantinos y Lombardos el Papado fue el garante de la identidad Italiana. Tanto es así que la identificación es nacional, deviniendo el Obispado Romano propiedad de la Nueva Nación de los Romanos. Una Nación que buscaba su Nuevo Status Quo en el Futuro después de la caída y mirada su Futuro desde la Posición Central que le daba la Condición Espiritual del Obispado Romano en el seno de un Obispado Católico Internacional en continuo Crecimiento. La relación Pueblo Italiano-Obispado Romano se había reflejado en la Lucha por la Independencia Romano-Italiana desde las Invasiones hasta los días de los Merovingios. Con la Caída de los Bizantinos y el Declive de los Lombardos el pueblo italiano y la iglesia romana veía delante de sí grandes días de libertad y progreso. Aunque el obispado romano había bendecido el traspaso de la Corona de los Francos de los merovingios a los Carolingios, esta bendición no había atentado jamás contra la Independencia italiana, al contrario, le había buscado un protector, por así decirlo. De todos modos la nobleza secular y laica ítalo-romana se mantenía a la guardia ante la potencia en aumento del reino de los Francos. La lucha de los Francos contra los Lombardos había sido realizada bajo la bandera de la libertad eclesiástica. Los Francos entraban en Italia, reestablecían el orden en defensa del Papado contra los Lombardos, y regresaban a sus cuarteles. El peligro de una Invasión permanente estaba en el aire, y ahí se podía quedar siempre mientras el Papado y la Nobleza Italiana actuasen como un sólo hombre. Pero ¿qué pasaría si una facción italiana buscara su apoyo en la corona de los Francos con el objeto de alzarse absoluta sobre los poderes de Italia? ¿Y si el que lo hiciese fuese un poder eclesiástico?

Estamos hablando de Guerra Civil. Italia no se sometió jamás a los pueblos que asentaron sus ejércitos en su territorio. No se casó con el Ostrogodo, no se casó con el Bizantino, y se mantenía en reconquista contra el Lombardo. El único apoyo de Italia había sido el Papado, con el que Italia se había hecho una sola cosa. La influencia material y espiritual del Papado había hecho del Obispado Romano un Poder entre los poderes de Italia, pero un Poder tan íntimamente ligado al Interés Nacional Ítalo-Romano que ni en el más malo de los sueños se le ocurrió a la Nobleza, secular y laica, que el Papa pudiese vender la recién estrenada Libertad Italiana, una vez los Lombardos vencidos, a cambio de un Poder Absoluto.

En el orden de la política carolingia, la sujeción de la Península Itálica a la Corona Franco-Germana, vista la naturaleza republicana de las Ciudades-Estados Italianas, enemigas todas de la Monarquía y amantes apasionadas del Estado Republicano, representado en el Papado Romano, que a sí mismo se consideraba “una República”, la Adhesión de Italia a la Corona Carolingia únicamente se le presentaba posible a Carlo Magno bajo la ley de una Teocracia Pontificia cuyo brazo armado sería el Emperador. Lo cual implicaba, por necesidad, la Coronación Imperial. Y como efecto colateral, la masacre de la Nobleza Italiana, secular y laica, que habría de levantarse contra la Adhesión de Italia al Imperio.

Lo que Carlo Magno concebía era un golpe de Estado. Su realización exigía la elevación al obispado romano, cabeza material y espiritual de la Nobleza Italiana, de un Papa títere dispuesto a venderse al Diablo por el Poder Teocrático Absoluto que recibiría como Treinta Monedas de Plata en pago. La elección, ciertamente, tenía que recaer en un sujeto sin escrúpulos, un “italiano” que no le temiese para nada a los actos criminales que en defensa de su Corona Pontificia habría de ejecutar contra Obispos y Nobles de Italia. Tal había de ser el hombre elegido por el Carlos de los Francos para suceder al último de los Obispos Ítalo-Italianos “republicanos”. Ahora bien ¿encontraría Carlo Magno entre la Nobleza Romana un italiano vero dispuesto a hacer de Judas?

El nombre del padre de su elegido, Atyuppius, de un sitio, y del otro el silencio del Libro de los Papas sobre la raíz italiana del futuro Papa, dejan en claro que conociendo Carlo Magno que ningún italiano vero se aprestaría a vender Italia a los Francos a cambio de una Teocracia Imperial Títere buscó entre la miseria al gusano que habría de transformarse en la Mariposa del Siglo, el tal Atyuppius, un santurrón beato, sacerdote, a sueldo del Obispado Romano, sin futuro en la Curia, y en consecuencia, libre del peso de la historia, se dedicaba al oficio espiritual cristiano, repartir limosnas, curar almas, etcétera etcétera. Un santo, el títere perfecto al que apoyar desde el anonimato, vestirlo de popularidad con los tesoros reales, todo bajo la mesa, hasta hacer posible lo imposible, que un inmigrante, un don nadie, se alzara como Papa.

Cuando, pues, el Italiano vero, secular y laico, descubre la traición del Nuevo Papa, es ya demasiado tarde. La Coronación del rey de los Francos como Emperador significaba la Adhesión de Italia al Imperio de los Carolingios. La Independencia durante siglos mantenida a sangre y fuego contra todo tipo de invasores y conquistadores del momento, es en un segundo volada por los aires. El pago del Emperador al Papa era la “corona material de Italia”. No es extraño, en consecuencia, que antes de que el Pacto de este Judas se firmase con la Coronación Imperial, la Nobleza, secular y laica, se alzase contra el Papa Títere del Franco y alzándose contra él le sacasen los ojos, la lengua y hasta el corazón. El Delito era de Traición contra la Independencia de Italia y Rebelión contra la Corona de Jesucristo. El Papado pasaba a servir a dos señores.

Que León III era un Judas se ve de la absurda historia de su milagrosa recuperación de sus ojos y su lengua tras el asesinato frustrado del que fuera objeto. Que un hombre de Dios hiciera correr semejante absurdo da cuenta de la opinión que se merecía a sus ojos el Cristiano y la Fe. Ni el cristiano ni la fe eran nada para León III; para León III sólo una cosa tenía valor : El Poder y las Riquezas que le vendrían de la Teocracia Imperial que compraría vendiéndole Italia a Francia. No ya sólo porque gracias al Brazo Armado del papado, el Imperio, los Estados Pontificios quedarían firmemente defendidos e incrementados incluso con donaciones imperiales, sino que además mediante la masacre de la nobleza, secular y laica, el tesoro del Papado se subiría por las nubes. ¿A quién le extraña que descubriendo la identidad del Padrino del Nuevo Papa la nobleza italiana se alzara para deshacer la Venta de su Independencia ya firmada?

¿Su Coronación Imperial le cogía por sorpresa a Carlo Magno? Hay que ser un verdadero bobo en las cosas de la Historia y la política, es decir, un Católico, para no ver que la elevación de un inmigrante plebeyo desde la base sacerdotal al Papado, directamente, implicaba la consumación de un trabajo arduo durante años promovido con un sólo fin : La Resurrección del Imperio Romano de Occidente.

Y, en fin, sobre este tema podríamos estar soltando tinta hasta el día del Juicio Final. Nada justifica el Crimen, es la conclusión. La Vida de Carlo Magno, de un sitio, y la del Papa León III sirven de referencia al tema; pero todo hijo de la verdad debe guiarse por la Inteligencia del Espíritu y jamás por las crónicas de los historiadores, ya oficiales como rivales; los unos y los otros sirven a sus años y si unos buscan ocultar sus delitos, crímenes y defectos, los otros buscan enterrar sus virtudes y sus talentos. Hay que sopesar ambos extremos y desde la posición del que observa sumergirse en el origen de los hechos, a la búsqueda de la causa de la que esos hechos son su efecto. En este orden, olvidar la parte que en León III y en el Obispado Romano posterior tuvo la Lucha contra el Naciente Imperio del Islam, que ya por las fechas amenazaba con sustituir el poder de los Lombardos, frente a cuya suerte la elección entre los Carolingios Cristianos y los Musulmanes Africanos se decidió por los primeros, este olvido sería un acto incongruente con el espíritu de la verdad.

Repitamos:

- 611. Mahoma comienza su prédica.
- 635. Los árabes ocupan Damasco.
- 637. Ocupan Jerusalén
- 647. Expulsan a los bizantinos del norte de África. Y conquistan Tripolitania y Cirenaica.
- 649. Ocupan Chipre.
- 654. Conquistan Rodas.
- 655. Derrotan a la poderosa escuadra bizantina en la batalla naval de Licia.
- 669. Invaden Sicilia
- 697. Toman Cartago.
- 711. Invaden la península ibérica.
- 712. Conquistan Sevilla y asedian Mérida.
- 724. Llegan al sur de Francia.
- 732. Carlos Martel vence en Poitiers a un ejército musulmán.
- 734. Ocupan Pamplona. 737. Carlos Martel los derrota en Arlés y Narbona.
- 739. León III el Isáurico los vence en Akroinón.
- 794. Alfonso II de España los vence en Lutos.
- 795. Carlomagno conquista Gerona.

Entre los años básicos dibujados las flotas musulmanes ya han invadido las costas italianas y han visitado la misma Roma a fuego y hierro. ¿La propia naturaleza republicana de la nacionalidad italiana no exponía a la Península Itálica, de no proceder a su defensa un Poder Superior, a la suerte de la Península Ibérica? ¿Qué otro Poder podía ser ése sino el Poder de la estrella del Momento?

2

Esteban IV (816-817) El Año del Homicida

El reinado de este hombre fue muy breve. Al servicio de su amo, los amigos del Romano siendo al Papa más fieles que a la verdad de Dios, le dan al Esteban cuatro veces más meses de los que en realidad estuvo entre la vida y la muerte. Su bío varía según quien la cuente. Todos tienden a seguir la norma divina: Tendré misericordia de quien tenga misericordia. Y fieles a la verdad pontificia, glorifican al siervo y aborrecen al Señor, porque ¿en qué se parece, siendo el sacerdote imagen de la bondad de su Maestro, este Esteban a nuestro rey Jesucristo? Ludovico Pío, su rey, se arrodilló tres veces ante este dios, que contra la Escritura: Toda rodilla se doblará ante Mí, quitó a Dios de en medio y se puso en su lugar.

Los historiadores vaticanos -empezaremos diferenciando entre cristianismo, catolicismo y vaticanismo- epitafian la vida y muerte de este santo así:

-Nació en Roma en el seno de una noble familia. No se apresuró para notificar su propia elección al nuevo emperador Ludovico Pío, hijo de Carlomagno, pero en cambio, fue personalmente a Francia, y en Reims coronó al emperador y a su esposa Irmingarda. Con esto él quería dejar sentado que el jefe espiritual era él, mientras que al emperador le correspondía la función política. (Dicen ellos. El hecho es que no lo coronó en Roma porque, aunque León III eliminó a todos los obispos y cardenales que se enfrentaron y se opusieron al Imperio, la resistencia de la Iglesia a aceptar el milagro de la resurrección del Imperio Romano seguía viva. Para no remover el odio que entre las brasas ardía Esteban IV se quitó de en medio y perpetuó el delito de rebelión contra el Rey de los Cielos lejos del fuego. Que esto es así se verá por lo poco que tardaron los romanos en mandarlo al infierno en cuanto le pusieron las manos encima).

-Ludovico Pío (era un pájaro más santo) dio muestras de aceptar el planteamiento dictado por el Papa y, durante la ceremonia, se postró tres veces ante él, manifestando así su sumisión espiritual. Confirmó además todos los anteriores privilegios a la Iglesia, concediéndole su protección. Por su parte Esteban, consciente de que para gobernar bien era necesaria la paz social, intentó quitar hierro a los contrastes entre las partes adversas en Roma, perdonando por ejemplo a los Conjurados que se habían opuesto a la elección de León III y reintegrándolos en sus puestos. No vio los frutos de este gesto apaciguador porque murió al poco tiempo.

Empezamos abriendo fronteras envueltas en oscuridad espesa durante muchos siglos. Guardaba esta puerta el hombre que en la Tierra dice tener las llaves del Infierno, puesto que allí manda a quien él la sale de los piii... cuando le conviene. Jesucristo les dio a Pedro y a sus hermanos en el Nuevo Sacerdocio las Llaves del Reino de los cielos. Quién descubrió que esa Llave abría las puertas del Infierno es un misterio. Pero tampoco hay que escandalizarse demasiado; desde la Caída todo lo que el ser humano hace le sale al revés. Ya lo dijo Pablo: “No hago el bien que quiero sino el mal que no quiero”. Esta ley es la ley por excelencia del mundo. Y decía yo que rompemos los muros de silencio que han rodeado al Vaticano porque si en la bío del anterior León de leones se dijo que el rebelde al reino de Dios fue elegido por unanimidad “¡y en el día!”, hablando de su sucesor, se nos descubre ahora que la unanimidad no fue tanta ni tan grande ni tan sólida ni tan espesa. Acostumbrados a tratarnos como a simples bárbaros, aunque por la Fe somos hijos de Dios, los

historiadores vaticanistas no pudieron liberarse del tic y siguen tratando de imbéciles de nacimiento al resto de los cristianos. Recuerdo la anterior cita:

-El 26 de diciembre del 795, el mismo día en que fue sepultado Adriano I, elegía Roma, por unanimidad, a su sucesor.

Ahora parece que no hubo tanta unanimidad:

-Por su parte Esteban, consciente de que para gobernar bien era necesaria la paz social, intentó quitar hierro a los contrastes entre las partes adversas en Roma, perdonando por ejemplo a los Conjurados que se habían opuesto a la elección de León III.

En realidad hubo tan poca unanimidad, el golpe de estado contra la Iglesia Católica cometido por el duetto Carlo Magno-Obispo de Roma fue tan bestial que al regreso de la Coronación de su rey y señor el santísimo padre Esteban Esteban Esteban desapareció de la Tierra. En cristiano llano, murió. Si murió o lo mataron es el misterio. Los historiadores vaticanistas encubren el crimen diciendo que un carro de caballos de colores se lo llevó al cielo, como al Elías de las Escrituras. Pero ya sabemos que ser tonto es lo que le conviene al católico en particular y al cristiano en general, así que a nadie debe extrañarle que pretendieran tomar por tonto del piiiirriiii..... a tanta alma.

-Seis meses después de su elección moría Esteban en Roma. Era el 24 de enero del 817.

¿Murió o lo mataron? Si murió no se entiende de qué. Dada la afición a la pornocracia de los obispos romanos de aquéllos días la pregunta es válida: ¿De un ataque al corazón mientras chingaba?

Es muy curioso, pero ninguna de las fuentes que manejo me da su fecha de nacimiento. Mi primera fuente dice que el Papa Esteban IV tuvo que haber nacido, pues fue Papa. Aunque claro, siendo el Papado una obra divina bien podría ser que algunos de ellos ni siquiera hubieran tenido que nacer para reinar, simplemente ser.

Mi segunda fuente se limita a confesar que Esteban IV nació de noble cuna. O sea, que si hubiera nacido en un pesebre no hubiera sido Papa. Abro Internet y veo si alguna otra fuente da la fecha de nacimiento del angelito Esteban IV. ¡Más bueno que era! ¿Por qué se le rebelaron los obispos católicos italianos? Pienso que al no dar la fecha de nacimiento se deja en el aire la cuestión y confiando en la estupidez católica se pide por caridad cristiana que creamos que murió de abuelito. ¡A manipulación gorda, mutilación gigante!

Así que me dirijo a la famosa y celeberrima Enciclopedia Católica. Y me encuentro con el mutis absoluto. Nada anormal. Al menos en Español. Veamos en Inglés. Marco "Stevie" y me sale Catholic.net. Otros guardianes del silencio, enemigos de la verdad de la Historia, en los que figura el nombre del Papa pero de bío nada de nada. Eso sí, sobre el camino que va al cielo entienden mucho, y por eso nos quitan de en medio las piedras que puedan estorbarnos, conscientes de que esas piedras tienen nombres de "santos padres". Dejémosles limpiándonos el camino.

Entro en la Answer.com. Su bío es escueta como la memoria de un muerto desconocido. Copio:

-Esteban IV, Papa desde Junio del 816 a Enero del 817, sucesor de Leo III, continuador de su política. Nada más ser elegido ordenó jurarle fidelidad al rey de los Francos. Tras coronar en Reims a Luis el Pío en Octubre del 816 regresó a Roma, donde murió a principios del siguiente. (Vemos que no dice mucho pero sí nos aclara por qué salió corriendo de Roma. No contento con hacer que los obispos y cardenales

rebeldes al Imperio comulgaran con una piedra de molino encima quiso hacerle jurar a la Iglesia que seguiría masticando esa bola, o todos al infierno. Lo mataron a la vuelta, pero de haberse quedado un poco más en Roma y no haber huído no hubiera debido esperar más para ser elevado a los altares. Los historiadores vaticanistas dicen que se murió; no dicen que lo mataron. Esto lo digo yo. Veamos quién tiene razón).

Curiosamente observaréis que la fecha de nacimiento del Papa perjuró tampoco está. Y es que, *dear bros and sis*, mis queridos maniacos, este papa bajó del Cielo para consagrar al hijo de Carlitos y obligar bajo excomunión a todos los romanos a jurarle fidelidad al Pío Luisito.

Se me viene a la memoria ese otro pasaje que el Carpintero aquél soltó un día que tuvo un Eureka. Creo que dijo algo así: “No juréis ni por...” me callo. Pero esto no lo dijo el Carpintero para el obispo romano, ni para su cuerpo vaticano. Que va. El dijo que su Palabra no pasaría y el obispo romano dijo que su palabra ya pasó, era la hora de la suya: “Todo el mundo a jurar”.

Lo que no dijo porque no podía, ya que no tuvo madre, como se ve de las fuentes, es por qué madre debía hacerse el juramento. El caso es que los romanos se pusieron malos y cuando regresó de re-bendecir la Sustracción Romana contra el Reino de Dios, adjurando del Elegido de Dios en beneficio del elegido del Vaticano, los romanos lo mataron. ¿O no? Veamos si encontramos su fecha de nacimiento por algún sitio.

Es importante saber cuándo nace una persona porque según a la edad a que se muere se puede decir, aún sin conocer al individuo, si murió de viejo, de soltero o de claustrofobia. Un elegido de la fortuna, caso Papa Esteban IV, en la plenitud de sus facultades físicas, capaz de enfrentarse a la Iglesia con la ayuda de su señor el rey de los Francos, no va y se muere a la vuelta de la fiesta de la coronación así porque sí. Algo tuvo que haberle pasado. Tampoco es que aquel “Piensa mal y acertarás” sea mi lema. El hecho es que si yo quisiera borrar las huellas de alguien, borrar su fecha de nacimiento y la edad a la que se murió sería el método perfecto para ocultar la causa de su muerte.

Por regla general la gente rica, caso de los Papas, se mueren de vieja. Algunos por enfermedad. Una desgracia, no una vergüenza. Ocultar la edad del difunto y borrar su fecha de nacimiento sí que es una vergüenza. Sobre todo si el difunto es “...de noble cuna...”. Ya veremos la importancia que para el Papado tenía eso de ser rico y ser Vicario de Cristo. Como la mayoría yo tampoco sé lo que es eso, ser rico, pero según vayamos avanzando hallaremos esta piedra en nuestro camino al principio de cada bío pontificia: Papa tal y cual, hijo de fulanito y menganito, de noble cuna....

Me imagino que una cuna noble se debe diferenciar de una vasta al estilo que una guitarra se diferencia de otra por la calidad de la madera. Entre los árboles genealógicos humanos la diferencia entre noble y vasto la diferencia debe ser de la misma naturaleza, lo que se traduce en que la cuna noble sabe el día exacto en el que nace su dueño; y al dueño de la cuna vasta con los años ni sabe ni le importa si nació en un domingo de feria o en uno de ceniza. Lo demás, que Jesucristo le diera el reino de los cielos a los pobres y dijera que no se puede servir a dos señores, a Dios y a las riquezas al mismo tiempo, esto -se entiende- lo dijo el Señor en un día que se bebió una copa de más. Al menos así lo ha entendido toda la vida el obispado romano.

Cosa curiosa donde las haya, nacido de noble cuna, a la hora de su muerte este Esteban pasó a pertenecer al vulgo. ¿Por qué borrar su fecha de nacimiento? ¿Por qué ignorar la edad a la que se fue al Cielo? ¿O se fue al infierno? Lo mismo que su predecesor tuvo que matar para sobrevivir. Nada especial, es lo que hacen todas las fieras. Sigamos, pues, caminando por la selva.

La próxima puerta net me da la lista de los papas católicos ... no iban a ser de los mormones, y luego el silencio. Parece que el miedo al Infierno tiene a la Verdad tendida en el suelo.

Pego en Buscabiografías.com y me dice "coincidencia cero". O sea, que ni existió este Estebita. Entro en Everything2 y me salen con el libro entero del Principito y ochenta mil cosas más, pero ni palabra sobre nuestro misterioso Papa. Pero...pero...pero... sobre el León tres veces van y dicen:

-Se dice que la velocidad que se dieron sus eminencias a la hora de elegirle se debió al temor a que el rey de los Francos interviniera en la elección.

Es decir, que los Ripuarios ya se habían marcado la meta del imperio. Desafiando su voluntad la Iglesia Católica creyó encontrar en León III quien se opusiese a una rebelión abierta contra Jesucristo, Único Rey Sempiterno de todos los cristianos de la Tierra y del Cielo. El problema es que el tiro les salió desviado a los señores cardenales y el elegido se alió con el Carlitos para dar el golpe de Estado que habría de encerrar a la Iglesia Católica en las mazmorras del Vaticano so pena de ser enviada al Infierno.

Pasito a pasito vamos reuniendo las piezas. Poquito a poquito seguro que damos en qué lugar de las mazmorras del Vaticano tuvieron encerrada a la Iglesia el obispo romano y el emperador germánico. Y siguiendo con mi curiosidad encuentro sobre el santísimo padre León León León lo siguiente en el mismo portal Everything2:

-Todo le fue de maravilla hasta la muerte del emperador. Una nueva conspiración contra León III se formó enseguida, pero... esta vez León III fue más rápido y los obispos y cardenales cogidos con las manos en la masa fueron inmediatamente ejecutados. La reacción de los nobles emparentados con los ejecutados fue la de levantarse en armas y saquear las posesiones del Vaticano a medida que avanzaban hacia Roma. En ese momento el Duque de Spoleto socorrió al Papa y venció a los amotinados.

Pero esto ya lo hemos visto. Después de quitarle a Jesucristo su Reino era natural que se defendiese matando a cuantos se atrevieran a rebelarse contra su autoridad, es decir, a mantener la obediencia a Dios antes que a los hombres del Vaticano. Pero sigamos con su sucesor, Papa número 2 a los ojos de esta Rebelión abierta del obispado romano contra la Corona Universal de Jesucristo.

La fecha de nacimiento y la edad a la que murió el discípulo del rebelde León III permanece siendo un misterio. Lo que nos sigue diciendo que su muerte no fue natural ni mucho menos. Silencio cuya causa únicamente se puede encontrar en la necesidad del Vaticano de borrar las huellas en dirección al golpe de Estado contra el reino de Dios en la Tierra consumado por el obispo de Roma y el rey de los Francos Ripuarios. Pero no me creáis todavía. Puede que en alguna parte encontremos la fecha de nacimiento o al menos la edad a la que se murió Estebita. Otra solución sería abrir el ataúd y dejar que los forenses nos informen sobre si murió despatarrado todo pancho o lo mató la resistencia católica. Sigo mi odisea.

Salgo del Espejo de los Mártires, una isla protestante, o por el estilo. Tienen una página dedicada a las irregularidades vaticanas. OF THE ELECTION OF THE POPE; AND OF SUCH AS HAVE USURPED THE CHAIR. El nombre ya lo dice todo, pero de Estebita nada. A continuación viene un portugués con su "Conão o Papa" que en Españolito suena al coño de los papas. ¡Cosas del idioma!

Wikipedia-Sanctorum es el siguiente portal. Tampoco hay nada. Estebita tampoco figuró entre los santos. Lo cual a mí no me extraña. El concepto de santidad

del Papado y el concepto de santidad del Dios que dijo: “Sed santos porque yo soy santo”, son dos mundos opuestos, como se verá y se está viendo.

Menteabierta.ar informa ... pero no dicen nada de nada. ¡Cómo se las arreglarán para estar donde no se les busca! El robot del Google debe andar por cuerda. Si se le da funciona, si se para hay que darle. ¡Money, is a crime!, *Pink Floyd*.

A pair of blue eyes, es la prima página. ¿Tendría Estebita los ojos azules? En fin, salto al universo de la Catholic Encyclopedia.

-Papa Esteban (IV) V(816-17). Fecha de nacimiento desconocida -empezamos bien- que murió un 24 de Enero del 817, hijo de un tal Marinus, cuya noble familia le había ya dado al Vaticano dos Papas. (Ohhhhhhhh. Fecha de nacimiento desconocida pero en su cuna habían nacido ya dos Papas (ahhhhhh) Adriano I y León III. (Una forma muy rara de nacer y crecer en el anonimato, de *incognitus* sin ninguna duda). Sus virtudes fueron muchas (se ignoran cuáles, pero las fueron) y por ellas fue consagrado Papa apenas dejó de respirar León III, un 22 de Junio del 816 (la fecha de nacimiento no se sabe pero el color de sus cataplines parece que con la misma escrupulosidad que la becaria los piiiis.... del Clinton). Nada más ser coronado impuso el juramento al emperador a los nobles romanos y le envió al rey de los Francos constancia (la oposición a la obediencia al emperador había cesado generosamente tras la masacre de los correspondientes cardenales y obispos católicos por el León de leones). Hecho, él mismo fue a Francia a recibir del rey de los Francos el pago a su servicio, en forma de multitud de presentes, renovando de esta manera el Pacto entre el Imperio y el Vaticano. -(Treinta monedas de plata pagó Judas, los anales no nos dicen cuántas pagó el rey de los Francos, pero nos imaginamos el número). Mientras estuvo en Francia consagró a Teodolfo de Orleans, uno de los consejeros del emperador. A su regreso se detuvo en Rávena a adorar las sandalias de Cristo, expuestas por aquel entonces a la veneración de los creyentes ("fuera hechiceros" dijo Jesús antes de irse definitivamente al Cielo, y así fue por un tiempo, pero a la vuelta del tiempo la hechicería se puso la sotana y se las arregló para proclamarse “Cabeza de la Iglesia...” y para demostrarlo puso sobre la mesa las mismas Sandalias del Carpintero).

Y digo yo, si la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, del cual es Cabeza el mismo Jesús, y el obispo romano se declara cabeza de la Iglesia, ¿mediante este subterfugio no se declara Cabeza del Cuerpo de Cristo, quitando a Jesucristo para ponerse el Papa en su lugar? El Día del Juicio va a ser de escándalo, los papas desfilando los primeros al infierno al que mandaron a tantos, un espectáculo único. Y seguimos:

-Por el camino, de regreso a Roma, Esteban IV fue recogiendo a la muchedumbre de obispos exiliados por León III (pero no dijo el biógrafo del Vaticano que al poco de concederle la amnistía a los que se salvaron de las matanzas contra los cardenales y obispos católicos el Esteban IV los mató a todos; esta nueva matanza de santos inocentes tendremos que descubrirla por nosotros mismos. Lo enterraron en la Catedral de San Pedro.

Más claro imposible. El sentido de la manipulación de la Historia por parte de los hombres del Vaticano no tiene igual. Hijo de una familia que le dio a la Iglesia hasta dos papas ... su fecha de nacimiento nos es desconocida. ¿De qué murió a los seis meses de empezar a vivir como dios?

Toda huella que llevara a desenterrar la rebelión mediante golpe de Estado contra la Iglesia Católica por el duetto obispo romano-rey de los Francos perpetrado en el 800, debía ser borrada de la conciencia cristiana.

¡Qué tonto he sido al creer que entre los católicos habría alguno honesto cuyo amor a la Verdad fuera más grande que su miedo al infierno! La cuestión es: ¿Puede mandar al Infierno el obispo romano? ¿No es ése el Poder del Juez Eterno y el sentido por el que debe haber un Juicio Final, porque nadie ni en el Cielo ni en la Tierra tiene el poder de enviar al Infierno excepto Dios? ¿Quién es ese rebelde a la Justicia y a la Gloria del reino de Dios que contra Dios sostiene que Dios le dio el poder de enviar al Infierno? Jesús le dio las Llaves del reino de los Cielos a Pedro pero las llaves del Infierno ¿de qué, cómo y cuándo? Pero si ellos tienen la Llave del Infierno será porque ... ¿el Infierno se las diera...?

CAPÍTULO DOS
SEGUNDA NEGACION DE CRISTO
Siglo X –
Primera Pornocracia Vaticana

Benedicto IV 900-903//León V 903//Sergio III 904-911//Anastasio III 911-913//Landón 913-914//Juan X 914-928// León VI 928-929 //Esteban VII 929-931//Juan XI 931-935//León VII 936-939//Esteban VIII 939-942//Marino II 942-946

El siglo IX empezó con un delito contra el Cielo cometido por el obispo de los romanos. El día que el obispo romano liberó al mundo occidental cristiano de la obediencia al Rey de los Cielos y puso a todos los católicos de Europa bajo los pies del rey de los Francos, ese día fue un día de mucha tristeza en el Cielo. El Rey del Universo llamó a la guerra a sus ejércitos y les ordenó combatir la corona de los Francos. Destronada la dinastía carolingia, su fundador un mito para la leyenda, el mundo occidental cristiano fue liberado y puesto de nuevo bajo la obediencia de su legítimo Rey y Señor, Nuestro Amado Jesucristo. Pero al alba del nuevo siglo, en el año 900 de la Primera Era de Cristo, declarándole la guerra a la Sabiduría del Dios de la Eternidad el obispado romano volvió una vez más a rebelarse contra la Corona del Señor de las iglesias. No quiso Dios que este nuevo rey durase mucho, liberó a Italia de su obediencia y la castigó por su crimen llamando de todas las partes del mundo fuerzas que la invadieran y mediante el castigo aprendieran juicio. Los húngaros por el norte, los sarracenos por el sur, la anarquía en el interior. Pero el sucesor del papa rebelde no se arrepintió de su delito. Benedicto Benedicto Benedicto Benedicto se alzó la sotana y le mostró el trasero a todos los reyes del mundo vendiéndoles su culo a cambio de ayuda. Asqueados todos del comportamiento de aquella escuela de criminales nadie movió un dedo y los italianos murieron por miles sacrificados a la locura de sus obispos. Así comenzó el nuevo siglo.

Sobre el próximo santo padre está escrito:

-León V (903-903) Aquel fue un periodo de decadencia moral y corrupción total. El pobre León no supo estar a la altura de los tiempos, se arrojó al barro con todos y participó con todos de la libertad que procede de los más bajos instintos.

En realidad los italianos tapan la ofensa al Cielo diciendo que fue un hombre débil y sin voluntad firme, que es una manera de no atraer sobre ellos la cólera del omnipotente obispo romano. Como los hechos cantan y acaban destapando la cloaca de los acontecimientos, los olores fétidos no mienten cuando dicen que el cardenal Cristóbal asqueado de la moral basura del papa regente lo cogió del cuello y lo encerró en un monasterio, donde murió, no se sabe si porque entró muerto o porque el monasterio del que se habla es una cajita de pino con las insignias pontificales. Ni tampoco se dice si lo quitó de en medio para ser él el próximo rey. El caso es que la maldición del papado era ya un hecho. El nuevo rey de las cloacas romanas no duró ni

un año. Así que no sería el celo por Dios el que le arrastró a rebelarse contra el papa su señor.

Ni tampoco el celo por el Señor fue la fuerza que animó a su sucesor a coger al asesino del pobre León V por el cuello y enviarlo a las mazmorras. Sergio III, el primero de los papas putos, había sido papa anteriormente pero fue depuesto porque, al parecer, su maravillosa vida corrupta y miserable había puesto el listín un poco demasiado alto incluso para el gusto de los reyes de la corrupción. La cosa es que aprovechando la confusión que en las corrientes de la basura vaticana existía Sergio Sergio, el amante de la Gran Sacerdotisa Marozia, logró entrar en Roma y acabar con sus enemigos, fundando de esta manera su trono divino, infalible y todopoderoso, sobre la corrupción y el crimen, tirando el honor y la gloria de Jesucristo entre las piernas de la Gran Puta Marozia, su amante y madre de sus hijos. Un gran Santo Padre, ejemplo de virtudes y fe para todos los cristianos de la Tierra y del Cielo. Amén.

Sergio tres veces Sergio fue uno de los criminales que celebraron la misa negra durante la que el papa Formoso fue juzgado en cadáver. Era lógico que el satanismo fuera su lema y la prostitución sagrada su religión. Su primer decreto eterno fue volver a mandar al infierno a todos los que rehabilitaron la memoria de Formoso, acto que nos da cuenta del espíritu del papado de la época. Para rematar la leyenda, digamos que la Gran Puta Marozia, su Sacerdotisa Pontificia, fue la Gran Zorra de su harén, pero no la única ni mucho menos, al Puto todas las putas de Roma.

Fuera de escena nuestro buen y santo Padre Sergio Sergio Sergio por la voracidad de la Viuda Negra Romana, el próximo Papa Puto fue un tal Anastasio al cubo. Este Puto Sagrado le duró en la cama a la Zorra apenas unos polvos mal echados. La reina Porno de Roma lo mandó al infierno a recibir cursos sobre cómo se folla a una sierva de la Muerte.

Despedido, tomó el relevo un tipejo oscuro sobre el que la Ramera Romana había oído decir que tenía una gran polla. Lando se portó como un Puto Sagrado, pero el hambre de su Señora era insaciable y al final de los dos años y algo los ángeles del infierno le pasaron la factura.

Juan diez veces Juan cogió el relevo en el trono del Santo Padre Romano. Se decía que era el padre putativo de la Ramera Romana. El caso es que a los diez años la Gran Sacerdotisa Romana se cansó del Juan diez veces Juan, fuera su padre o no, y mandó que se lo cepillaran. Cosa que hicieron sin tardar, demostrándose así que en el infierno el fuego que devora a sus habitantes no tiene parentesco ni respeta cuestiones de sangre.

Y a un Papa Puto le sucedió un Papa Putón. Lo llamaban León seis veces León, un macho como dios manda para la reina de las zorras. A la hora de la verdad la reina Papisa se comió al León en unos meses cortos. Marozia, la Divina Puta, Ama y Señora del Papado tenía un coño insondable en su profundidad y vasto en su insaciabilidad. En alguna cueva oscura del laberinto entre sus piernas fue hallado ahogado el León seis veces León, un gatito a la hora de la jodienda.

El próximo candidato a dios entre las piernas de la Puta Divina del Vaticano se llamó a sí mismo Esteban siete veces Esteban. Un nombre que prometía mucho. Y no parece que le fuera mal, porque logró tener contenta a la Gran Ramera Romana durante tres años. ¡Un Hurra para el campeón de los Cardenales romanos, cuya cabeza, transformada en falo, supo mantener a la vista de todos el tipo!

El fin de la Primera Pornocracia del Vaticano, porque no sería la última película porno pontificia, vino de la forma más inesperada, como en esas películas del

Tarantino en la que el epílogo es el prólogo y la trama es un rompecabezas compuesto de sueños explícitos. Lo cuento:

La Gran Puta Marozia, la Diosa Romana, parió un hijo de puta. Normal. Lo que no era normal a los ojos de Dios era que un hijo de puta se declarase sucesor de San Pedro con el nombre de Juan once veces la puta que lo parió. Obviamente los hombres del Vaticano dirán que toda esta historia es mentira, que jamás existieron estos papados. No hay que ser muy listos para comprender que usan el mismo argumento que aquél que para llevarse al infierno a mientras más mejor dice que el Diablo no existe. El caso es que el Papa, de nombre desgraciado Juan once veces hijo de puta, tenía un hermano. Este hermano se llamaba Alberico y era hijo del primer marido de la Divina Zorra, madre del papa. Porque si Virgen Divina fue la Madre de Cristo el papa Juan para compararse al Rey del Cielo quiso nacer de una Divina Puta. Tan Divina era la Zorra que mató a su primer marido. Cosas de la precocidad. En Roma todo el mundo sabía que la Divina Puta se acostaba con su divino hijo el papa Juan once veces hijo de puta. Aprovechando esta tormenta de asco que sacudió por fin las entrañas de una ciudad en la que comer mierda era lo natural, el joven Alberico se levantó contra la Puta de su Madre y el cabrón de su hermano el Papa y al uno lo mató y a la otra le mandó que se muriera cuanto antes. Treinta añitos tenía el pobrecito Juan cuando lo mataron. ¡Qué culpa tenía él de haber sido su madre una Puta!

Ahora bien, Alberico no quería ser papa. Así que puso papa. Lo llamó León siete veces León. Y quedaron en repartirse la gloria, para uno el gobierno civil de Roma y para el otro el gobierno de las almas romanas. Pero el papado era una enfermedad mental que en cuanto se cogía volvía loco y la palabra dada antes de ser coronado valía menos que los cuernos del diablo en una subasta del paraíso. A la vuelta de los dos o tres años Alberico tuvo que mandar a su *jhermanito* al infierno. Quitó papa y puso papa. Era Alberico el hijo de una Puta, y sin embargo ese hijo de puta le elegía sucesor a San Pedro. Pero seguían siendo bienaventurados los pontífices romanos de acuerdo a *Dictatus Papae* (ver la tesis 23). Entonces, con la gracia y bienaventuranza de su dios, el Conde Alberico, señor de Roma, hizo Papa al próximo infortunado, un tal Esteban a quien Esteban simplemente le parecía muy corto y se dio a sí mismo el título de Esteban Esteban Esteban Esteban Esteban...ocho veces Esteban. Otro santo padre que le salió rana al dios Alberico y al tercer canto del gallo lo despidió del oficio.

Le sucedió un tal Marino. La lección aprendida de memoria Marino hizo la voluntad de su dios a rajatabla y en recompensa el dios de los romanos le concedió un año de vida más que a sus predecesores santísimos. Y la historia acaba, como dije antes, inesperadamente, cuando el dios romano coronó papa a su propio hijo. En el año 895 el nieto de la misma Puta que sentara a su hijo en la Sucesión de San Pedro, se sentó en el mismo sillón con el nombre de Juan muchas veces Juan. Papa del que siendo su abuela una Puta no se podía esperar que fuese un santo. Lo cual no quiere decir que no fuera un santo padre, al menos así figura en la lista de los padres santos.

CAPÍTULO TRES

Tercera negación de Cristo

Alejandro VI - La Forja de un Anticristo

Eugenio IV (1431-1447)

Eugenio IV, de nombre de pila Gabriel Condulmero, nació en Venecia en el 1383. Hijo de una familia de comerciantes entró en la orden monástica de los Celestinos, si por iniciativa vocacional o por imposición del sistema de castas occidental, un hijo para el Estado, otro para las armas y otro para la iglesia, no se sabe. El hecho es que los Celestinos fue una orden sui géneris dentro del universo de las órdenes eclesiásticas medievales italianas. Celestino, fundador de la orden, fue papa durante un año, el 1294. Su historia es tan singular como su orden y su vida tan curiosa como su muerte. Su nombre verdadero era Pedro Morón. Nació en el 1215, y fue el hijo de un tal Angelario, campesino de la comunidad napolitana, provincia de Molina. A los 17 años Celestino se metió en el convento benedictino de los Faifolis de Benevento, y enseguida se convirtió en un portento por su carácter superascético. En el 1239, con tan sólo 24 primaveras se retiró en plan San Antonio a una caverna del monte Morón, donde se pasó los siguientes cinco años luchando con sus demonios. Purificado por la victoria regresó a este mundo de pecadores. Pero lo mismo que la cabra tira al monte Pedro Morón regresó a su vida de cavernícola, esta vez con dos de sus colegas, con quienes compartió cueva en las Montañas del Sur. Y desde allí fundó la Orden de los Celestinos en el 1244.

Aunque parezca increíble, al morirse Nicolás V los cardenales le eligieron papa a él, Pedro Morón. Cuando le dieron la noticia Pedro el Ermitaño se negó en rotundo a abandonar su cueva. Fue necesaria la intervención de los reyes de Nápoles y Hungría para sentarlo en el trono de Roma y coronarlo papa un 29 de Agosto del 1294. Pedro Morón tomó el nombre pontificio Celestino V. El 13 de diciembre del mismo año Celestino V renunció a la corona de Roma. Pero antes firmó dos decretos, en el primero confirmaba el encierro de los cardenales durante la elección del papa, en el siguiente y último decreto los obligaba a encerrarse a raíz de su dimisión irrevocable. ¿Las razones? “El deseo de una vida sencilla más pura, de una conciencia sin mancha, deficiencia de fuerzas para el cargo, su ignorancia, la perversidad de...”, dijo, y como lo dijo lo hizo. Una actitud increíble en un papa. Tan increíble que su inmediato sucesor lo atrapó, lo mandó encarcelar y dejó que se muriera de peste por cobarde y traidor a la causa.

Este Bonifacio VIII sí llevaba en su frente la marca de los papas. Eso era un papa. Y todo papa que se precie de serlo primero debía demostrar que valía para el crimen. En los prolegómenos de la Primera Pornocracia esta propiedad quedó establecida condición sine qua non indispensable para alcanzar la jefatura de la iglesia romana. Lo demás, ser perros, fornicarios, hechiceros, homicidas, venía de por sí.

Total, esta es la orden de los Celestinos a la que confiaron el alma de su hijo los padres de Gabriel Condulmero, futuro Eugenio IV. La carrera pontificia de Gabriel entró en vía de alta velocidad durante el pontificado de su tito Gregorio XII. Este

Gregorio XII y el difunto Celestino V fueron las dos caras de la moneda que Pedro, por orden de Jesús, sacó de la barriga de aquel pez legendario. Gregorio XII fue elegido papa por un cónclave compuesto por sólo quince cardenales. Fue elegido con una condición -como si a Dios se le pudiera imponer tesis- que su rival de Aviñón, Benedicto XIII, renunciase a la corona pontificia, y abriese un concilio contra el Gran Cisma de Occidente. De hecho los dos papas entraron en conversaciones y quedaron en Savona para llegar a un acuerdo. Buena voluntad no faltaba. Lo que sí brillaba por su ausencia eran los hechos. Ese concilio nunca tuvo lugar. Ni que decir tiene que mosqueados por esta traición a la palabra dada los quince cardenales empezaron a pronunciar otro nombre. Astuto como un papa, Gregorio XII, como si fuera Dios y la Iglesia su reino, contraatacó creando cuatro nuevos cardenales. Corría un 4 de Mayo del 1408. Pero si el delito era grave el delincuente agravó su crimen delante del mundo al conocerse que los cuatro cardenales eran sobrinos del jefe de la iglesia romana, revelándose así por espíritu infuso otra de las cualidades pontificias, ser un Judas, traidor a su palabra y a la confianza depositada por la Iglesia Católica en su persona.

Lo llamaban santo padre. Eso era un santo padre. En una palabra: el Papa.

Traicionados por sus respectivos elegidos, tanto los cardenales del papa de Aviñón como los del papa de Roma decidieron elegir uno nuevo y cerrar la historia del Gran Cisma. Convinieron en quedar en Pisa e invitaron al Concilio a ambos enemigos de la doctrina divina, la que dice que la palabra es Dios y el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios.

Obviamente ni el papa ni su antipapa se presentaron en Pisa. Peor aún, Gregorio XII se armó de la espada de San Pedro y amenazó a los cardenales con la pena de excomunión y muerte: ¡por herejes!, sentencia inefable e infalible a cumplir por su verdugo a sueldo para la ocasión, un príncipe llamado Malatesta -el nombre le convenía al caso, cosas del destino-. El 5 de Junio del 1409, temiendo más a Dios que a un traidor a su palabra, los cardenales depusieron a los dos santos padres y eligieron a Alejandro V como nuevo obispo metropolitano romano. Más grande que el Señor de la Iglesia Católica y Rey del Cielo, el tal Gregorio XII, bajo cuya bandera comenzara su meteorítica carrera hacia la curia Gabriel Condulmero, futuro Eugenio IV, creó diez nuevos cardenales y declaró herejes y perjuros, enemigos públicos de la iglesia romana, a los dos papas contrincantes.

Dado este caos Segismundo, emperador del sacro imperio romano, intervino para apoyar el Concilio que puso fin al Gran Cisma y declaró delante de Dios y de los hombres que el Concilio Ecuménico tiene autoridad sobre toda la Iglesia, incluido en el lote el obispo metropolitano romano.

Obviamente esta verdad no tardaría en ser combatida y crucificada por los próximos jefes de la iglesia romana. El hecho es que el Concilio de Constanza fue un triunfo para Gregorio XII, padrino del futuro Eugenio IV, porque, aunque hubo de retirarse, impuso sus nombramientos cardenalicios al Concilio. Gracias a cuya imposición y aunque solo tenía 32 años de edad conservó su categoría de cardenal obispo su Gregorio Condulmero.

Sin razón, por lo que se ha visto, concibió Gabriel Condulmero contra la familia del nuevo papa Martín V un odio que si no le conviene a ningún cristiano menos al sucesor de San Pedro en la Cátedra de la infalibilidad *ex-cathedra*. La familia de la que provenía el papa Martín V Colonna y la iglesia romana estaban unidas por lazos que se remontaban al 1192, cuando uno de sus miembros alcanzó el cardenalato. Descendientes de los condes de Túsculum los Colonnas cultivaban contra los Orsinis una enemistad tradicional entre cuyas madejas los Condulmeros no tenían porqué meter las manos. Dos papas Orsinis, Celestino III y Nicolás III, hacían bueno el perdón

para el papa Benedicto XIII Orsini, el enemigo jurado del Gregorio XII al que en nada le iba la vieja y querida enemistad Orsini-Colonna. De hecho Martín V Colonna no sólo no molestó al futuro Eugenio IV sino que además confirmó el valor de todo lo que su tío el papa Gregorio XII hizo. Pocas razones tenía por consiguiente el futuro papa Condulmero para ganarse la enemistad de una de las familias más poderosas de Italia y envolver al papado en el corazón de sus intrigas odiosas.

A la muerte del tercer papa Orsini fue elegido el sobrino de Gregorio XII con el nombre de Eugenio IV. Como era de esperar en alguien capaz de mezclar odio a los hombres y amor a Dios en el mismo cáliz, bajo la política del nuevo papa las fuerzas del Obispo romano se concentraron en una dirección. ¿Qué otra podía ser sino perseguir y crucificar el decreto por el cual el Concilio Ecuménico de las Iglesias, de acuerdo a la palabra de Dios: “Donde estéis dos en mi nombre estaré yo”, por ser Apostólico, eleva sus decisiones sobre las decisiones del jefe de la iglesia romana? Aboliendo la divinidad de la palabra del Hijo de Dios quedaba sólo glorificado él, el único, el incomparable, el sólo infalible y todopoderoso obispo de Roma, su divina santidad, el santo padre, el Papa.

Consecuente con su política de autoglorificación el papa Condulmero disolvió el Concilio de Basilea que ordenara el papa Colonna, y ordenó que se celebrara uno nuevo en Bolonia. Lógicamente los reunidos en el nombre de Jesús en Basilea se negaron a renunciar a Cristo y confesaron ante Dios y los hombres que el Concilio Ecuménico tiene valor universal y no puede ser derogado ni contradicho por un obispo particular, sea el metropolitano de Roma o el de Moscú, el de New York o el de Madrid. No es Cristo quien tiene que obedecer a Pedro, sino Pedro quien tiene que seguir a Cristo. En este caso Jesús estaba en Basilea.

Estúpido decir que su divina santidad Eugenio IV se negó a ir, y no sólo se negó a doblar sus rodillas delante de su Señor sino que además, en Ferrara, el 8 de Junio del 1438, declaró a Cristo, que estaba entre sus obispos, hereje. La respuesta de Cristo fue fulminante y 17 días más tarde el anticristo Condulmero fue expulsado de la Iglesia. En su lugar fue elegido Félix V.

Días malos eran aquéllos. Al frente de su cuerpo cardenalicio el jefe de la iglesia metropolitana romana, como ya antes lo hiciera con la iglesia ortodoxa arrojando sobre ella el anatema, el Iscariote Condulmero, cabeza visible de aquel cuerpo que no era el de Cristo sino el de la iglesia romana, ad maiorem inferno gloriam desafió a Cristo a quitarle al Sucesor de Pedro la jefatura que ni Dios le quitara a San Pedro. Quitándosela, el Hijo se rebelaría contra el Padre y todo el Poder sería para el Papa. ¿No era astuto el Diablo?

El mundo vivió alucinado aquella lucha del papa Condulmero por poner de rodillas a Cristo. Francia y Alemania no dudaron en poner en práctica la doctrina de Cristo establecida en el Concilio de Constanza, cuyos decretos porque Cristo es sempiterno, tienen valor eterno. Sin embargo el obispo romano legítimo, Félix V, demostró pronto no saber pronunciar el vade retro Satán con la energía necesaria. Mientras la acción de Félix V apenas si dejaba huellas los pasos del hombre que valía para ser papa a la usanza romana, criminal sin ser un monstruo, ladrón sin ser expoliador, traicionero sin ser diabólico, condujeron a Eugenio IV de regreso a la Roma de la que fuera expulsado. Poco a poco los intereses políticos de los reyes de Francia, Alemania y España volvieron a coincidir con los del papa Condulmero, y sin prisas pero sin pausa bajo el peso de las coronas europeas la Iglesia Católica fue de nuevo puesta de rodillas al servicio de la ambición de un sólo hombre. A su muerte se sentó en el trono de dios en la Tierra el que sería llamado Nicolás V.

Nicolás V (1447-1455)

Nicolás V, de nombre de pila Tomás Parentucheli, nació el 1398 en Sarzana, Italia. Su padre fue un médico. Estaba estudiando en Bolonia cuando un obispo descubrió su talento y le dio la oportunidad de seguir sus estudios en Alemania, Francia e Inglaterra. Su don de palabra y su inteligencia le ganaron la fama en el Concilio de Florencia-Ferrara. Elevado al obispado por el papa Condulmero fue elegido por su sucesor para tratar con Alemania la cuestión de la desobediencia al Concilio de Constanza. Su éxito fue recompensado con el cardenalato, desde donde saltó al trono pontificio vacante tras la muerte de su padrino romano.

Perro sin más amo que su voluntad, desde el primer momento hizo de la glorificación del obispado romano el norte de su política. Como su predecesor, dirigió todas sus fuerzas a la anulación de la Doctrina del Concilio de Constanza y la recuperación para Roma de su posición clásica de capital del universo. Félix V, en efecto, dobló sus rodillas ante el nuevo rey de la ciudad eterna. Federico III el Alemán renunció a la Confesión de Constanza. Y desde todo el mundo los peregrinos acudieron como locos a Roma aprovechando el Jubileo del 1450.

En la cúspide de su divina megalomanía y negándose a obedecer el decreto de Dios sobre la abolición del imperio, el papa Parentucheli coronó emperador a Federico III el Alemán. Era el 1452. En el 1453, a un año pasado de la restauración del imperio romano de occidente, el imperio romano de oriente caía bajo los efectos del decreto contra el Imperio Romano que Dios pronunciara al final del siglo primero de la primera era de Cristo.

Los cronistas de este obispo, hereje él mismo y juez de herejes, dicen que la rebelión de sus enemigos fraguó una conspiración catilina que, denunciada, fue atajada con los poderes naturales de un César romano. Sobre las causas de la impotente rebelión y los efectos de la dulce venganza los cronistas a sueldo del papado no dicen ni jota. Nosotros, acostumbrados a las glorias y miserias del Poder, creemos que la creación de la Roma Vaticana a costa de las espaldas de los ciudadanos de la República Cristiana fue el caldo de cultivo donde el descontento se transformó en virus. En cuanto a las muertes y torturas que el papa omnisciente -como lo llamaron- firmó y ejecutó personalmente mejor ni calcular el número. Podemos correr el riesgo de perder la cuenta y encontrarnos de repente en la cuneta 666, carretera del Diablo.

Su divina santidad murió un 24 de Marzo del 1455 llevándose al Cielo las manos llenas de sangre, dejando en la Tierra el nombre de Dios un poco más bajo delante de los gentiles y el rostro de Cristo un poco más sucio.

Calisto III (1455-1458)

Calisto III, de nombre de pila Alfonso Borjia, nació en Játiva, Valencia, y era por tanto español. Profesor de Derecho en Lérida fue contratado al servicio del rey de Aragón para servirle como diplomático en el concilio de Basilea. Posteriormente por sus servicios de reconciliación entre su rey Alfonso V de Aragón y el papa Eugenio IV Condulmero recibió la púrpura cardenalicia. Desde aquí saltó al trono de la República

cristiana romana, donde se murió de rabia por no poder suscitar el interés general por una cruzada de reconquista de Constantinopla, la ciudad rebelde. Siguiendo la política del papado: “todo papa que se precie de ser papa tiene que repartir los tesoros de la Iglesia entre sus parientes”, el primer papa Borja convirtió a sus sobrinos de la noche a la mañana en cardenales. Entre ellos estaba el segundo y último de los papas Borjas, el Alejandro VI del cual estamos siguiendo los pasos de su forja.

Pío II (1458-1464).

Pío II, de nombre de pila Eneas Silvio Piccolomini, Eneas Silvio su seudónimo literario, nació un 18 de Octubre del 1405.

Como todos los que le precedieron y le sucederían, exceptuando algún paria de circo, Pío II era de noble cuna, mucha sangre azul y todo eso. Jesucristo dijo: “es más difícil ver entrar un rico en el reino de los cielos que un mosquito tragándose un elefante” - o algo así. No dijo que fuera imposible, porque para Dios todo es posible, pero sí que sería difícilillo. Sin embargo, por una operación misteriosa de los dioses romanos en cuanto los nombres de San Pedro y San Pablo se convirtieron en oro, por alguna transmutación alquímica con toda seguridad pues de qué forma entender que los que un día fueron tratados de bastardos al siguiente fueron adorados como dioses; en cuanto el milagro se produjo la dificultad se volatizó, al menos en Roma. Y con el paso de los siglos la iglesia romana le impuso a la Iglesia Católica, so pena de anatema, el dogma del mosquito tragándose al elefante.

En efecto, para llegar a ser papa no había que ser rico, había que ser riquísimo. Y así fue cómo la iglesia romana se rió de Jesucristo. Los romanos no sólo se tragaban un elefante, también engullían mamuts, y hasta dinosaurios de los gigantes.

Lógicamente nadie esperaba de los obispos romanos otra cosa que ser lo que eran, déspotas, nepotes, tiranos, asesinos, fornicarios, hechiceros, ladrones, borrachos, en suma, encarnación de todos los vicios y males del género humano contra los que Jesucristo se alzara de la tumba diciendo: “Fuera perros, hechiceros, fornicarios, homicidas”.

En este terreno el papa Piccolomini no defraudaría la esperanza de los romanos. Los romanos no elegían a un papa para que fuera santo, sino para excusar sus propias bajezas en las miserias del papado. Y la Iglesia Católica, como Eva en su inocencia, cayó en la trampa del Diablo, porque si se levantaba contra el sucesor de Pedro cometía contra Dios un pecado terrible al tocar a su elegido. Y los romanos, sabiéndolo, se rieron de la Esposa de Cristo haciéndole tragar por jefe de los pastores de su Esposo al peor y más miserable de todos los cristianos.

El joven Eneas Piccolomini, italiano vero, descendiente de los legendarios romanos imperators, sabía lo que había y miró para otra parte. La carrera eclesiástica no era lo suyo.

Así que al término de su carrera universitaria Eneas Piccolomini se buscó la vida dando clases. Pero la tentación de las riquezas fue más fuerte que la vida del hombre de la calle y en el 1431 aceptó entrar al servicio del obispo Domingo Capranica. Este, furioso por la injusticia que contra él había cometido el pérfido y malvado Eugenio IV negándole el cardenalato que antes de morir se le otorgara Martín V, acompañado de

su secretario Piccolomini, el obispo Capranica llegó al concilio de Basilea echando humos por las narices y loco por echarle leña al fuego del infierno encendido por el propio papa Condulmero.

Desde su posición de observador interino del concilio el escritor Eneas Silvio tuvo la oportunidad de ver la basura que se esconde debajo de la alfombra con los ojos de quien ve el teatro chino desde el lado de los creadores de las sombras. Fuese porque sabía más de la cuenta y su presencia de ojo que todo lo ve y todo lo calla empezaba a molestar en la corte de Roma, fuese porque su competencia le mereció la elección, el hecho es que el futuro papa Pío II fue desterrado de Roma a las antípodas británicas. Apareció en Escocia con una cierta misión secreta, de la que ni él mismo supo jamás el secreto, y fue el principio del mar de aventuras que, al ser tomado por espía papista, le sirvió de barco pirata con el que dar a conocer su talento de cronista y pintor de aquellos tiempos turbulentos a los reinos cristianos de la época.

Su duda sobre la naturaleza de su misión secreta, por la que fuera enviado en misión divina a las antípodas extragalácticas de la república cristiana, nos es descubierta por el odio que arrasó su buena fe contra el papa Condulmero. A su regreso a la república cristiana se sumó a los cardenales apostólicos defensores de la doctrina universal de Constanza poniendo su afilada imaginación a sus pies. Excitado por la fiebre general firmó la elección legítima de Félix V, su torpedo contra el maléfico papa Condulmero. Pero cuando vio que su torpedo perdía fuerza y dirección y el barco del odiado Eugenio IV seguía a toda vela, el futuro papa Piccolomini se retiró del escenario y dejó las aguas correr. Después de todo la vida de los papas era tan corta como la de una ramera noche y día al pie del cañón. Si Eneas Piccolomini un día se buscó la vida dando clases ahora podía buscársela de juglar en la corte del emperador Federico III.

Y así fue. Con tan buena fortuna que Eneas Silvio se convirtió de pronto en una especie de afortunado Petrarca en la corte del rey Arturo. Hombre de su tiempo, ni más bueno ni más malo que nadie, ahí es donde hubiera debido quedarse, cantando los amores de los cortesanos y ganándose corazones de reinas de la noche. Pero el tiempo que lo cura todo borró las cicatrices que le causaran su relación con el papado. Y poco a poco, como la cabra tira al monte, el bardo Piccolomini hizo las paces con Roma, que es decir con su rey y señor Eugenio IV Condulmero. Circunstancias obligan.

El caso es que el emperador lo envió a Roma con la misión especial de aconsejar al papa la apertura de un nuevo concilio. Eugenio IV, haciendo gala de su santa paternidad en Cristo de todos los cristianos del universo, buenos y malos, le perdonó todas sus piccolomínidas a cambio de aceptar otra misión especial, ni más ni menos que regresar a Alemania y romper el hielo entre el emperador y el papa a causa del Credo de Constanza.

Olvidadas sus piccolomínidas y reconciliado con Dios en el papa y gracias al papa, el legado imperial pontificio ejecutó a la perfección su misión, en recompensa por cuya victoria, la reconciliación imperio-papado, recibió de Nicolás V, a la muerte de Eugenio IV, el título de Obispo. El bardo y juglar de la corte del emperador, el follarín Piccolomini fue ungido sacerdote en un plis plas y hecho obispo en un santiamén por obra y gracia del Papa.

Obispo de Trieste, al servicio del nuevo papa Martín V, su primer trabajo de importancia fue hacer de celestina para el emperador. El siguiente encargo papal fue de más categoría, hacerle una visita al rey de Bohemia, de fe supersticiosa, y tratar de reconvertirlo en una ovejita al servicio del rey de Roma. Jorge de Podebray mandó al “perro papista” de vuelta a la casa de su amo, a hacer de celestina para su emperador, que se le daba mejor.

Para celebrar la boda el emperador fue declarado Rey de los Romanos por el sumo pontífice de los Romanos en la ciudad eterna de los Romanos. Y después el papa se murió.

El nuevo papa, Calisto III, rechazó de plano la sugerencia del rey de los Romanos de hacer cardenal al obispo Piccolomini. La propuesta no era mala, pero el elegido del César tenía que ponerse a la cola y esperar su turno, el papa de los Romanos tenía una legión de sobrinos, hijos secretos y nietos ocultos entre los que repartir los tesoros de la iglesia. De todos modos para no perder la amistad del César lo haría arzobispo.

Y así fue. De bardo a obispo, de obispo a arzobispo. El siguiente asalto, la conquista del trono de San Pedro, elemental, watson!

Calisto III se murió, los cardenales se reunieron, la feria subasta de la compra-venta a tiempo parcial del trono de San Pedro abrió su cónclave. Los apostantes se dejaron ganar al mejor postor y al final le fue adjudicada la gloria del Sucesor de San Pedro al bardo Eneas Silvio Piccolomini, que adoptó el glorioso nombre de Pío-Pío, en lenguaje romano Pío II.

Su primer acto como papa fue vender Nápoles al rey Fernando de Aragón. El siguiente gastarse las treinta monedas de plata en una macro fiesta a beneficio de una cruzada contra los turcos, a celebrar en Mantua. Como era de esperar a la fiesta se apuntó todo el mundo. Pero ni uno de los príncipes se tomó en serio la cruzada. La macro fiesta era una excusa del papa bardo para seguir viviendo la vida a lo loco. De hecho el regreso a Roma fue épico y la pernocta interminable del papa en Siena de leyenda bucólica.

Desgraciadamente en este mundo miserable hay siempre idiotas que no viven sino para amargarle la fiesta a los que han nacido para vivir en eterno carnaval. El idiota de turno se llamaba Tiburcio. El desgraciado se atrevió a echarle en cara al papa gastarse el dinero de todos los romanos en lo que le diera la gana. El papa le puso la mano encima, le dijo una palabra y, como aquellos esposos de los Hechos, Tiburcio cayó fulminado al suelo. En protesta por esta muerte o porque ya estaban protestando la cosa es que los Romanos se entregaron a una orgía de violencia sin freno. Molesto, pero dispuesto a acabar con el caos en su reino, con la ayuda de su aliado aragonés, Pío-Pío no dudó en hacer lo que tuvo que hacer, segar cabezas, cortar *güevos*.

Famoso antes de ser papa por su capacidad y paciencia negociadora, en cuanto fue papa perdió las virtudes que le hicieron famoso y se dedicó a lanzar anatemas y maldiciones contra todos los reyes y personajes adversos a sus proposiciones. Prusianos y polacos conocieron su cólera.

Hábil político manipuló la figura de santa Catalina de Siena, a la que elevó a los altares para borrar de la memoria la expresión de cólera que a todos se le había grabado a raíz de sus maldiciones contra los Teutones. Luis XI, rey de Francia, se dejó ganar por gesto tan hábil y capituló a favor del papa en contra de la Santa Doctrina Apostólica de Constanza.

En realidad Luis XI no capituló. Simplemente hizo una transacción comercial. Yo te doy lo que tú quieres, el control de la iglesia galicana, y tú me das lo que yo quiero, el reino de Nápoles. El astuto Pío-Pío firmó la Capitulación a cambio de la Venta de Nápoles. Entonces el rey aragonés puso el grito en el cielo. Asustado, Pío-Pío traicionó su palabra, dejó en ridículo al rey francés y éste regresó a la obediencia de Constanza, uno de los pilares de la doctrina que llamaban Galicanismo.

Volviendo su rostro sagrado hacia la cuestión bohemia, ahora como Pío-Pío, Piccolomini excomulgó a Jorge de Podebrady. Y de nuevo, después de haberle

mostrado sus cuernos a todo el mundo, quiso hacer gala de su brillante aura invitando por carta al sultán de los turcos a convertirse al cristianismo. Y cuando el sultán lo mandó a freír espárragos él mismo, sacando la espada de Pedro -contra el Divino Decreto: “Vuelve la espada a su sitio, quien a espada mata a espada muere”- se lanzó a la cruzada seguido de un ejército que a su muerte, a los pocos días de viaje, se desvaneció en la nada

Pablo II (1464-71)

Pablo II, de nombre de pila Pedro Barbo, veneciano, fue uno de los sobrinos suyos que el papa Eugenio IV Condulmero hizo cardenales porque era omnipotente, todopoderoso y ni Dios puede llamar a juicio al sacrosanto y santísimo pontífice romano. Engendrado en la cueva de un basilisco no se podía esperar de este digno hijo del nepotismo otra cosa que se apuntase a burlarse del juicio de Dios: “Por vuestra culpa es calumniado mi nombre entre los gentiles”. Burla que no tardó en oírse alto y fuerte apenas se sentó en su trono este nuevo sumo pontífice romano. Reinó este todopoderoso pontífice seudocristiano durante siete calamitosos y tristes años, del 64 al 71 del siglo XV.

Dicen las crónicas vaticanas que este hijo del nepotismo fue elegido unánimemente. Nosotros, observadores del Pasado, conocedores de las memorias del Papado, al leer esta nota nos imaginamos por la raza del elegido a sus electores, y nos preguntamos si entre todos aquellos hubo siquiera uno elegido por el Espíritu Santo y no impuesto al Espíritu Santo por la fuerza del dinero y las armas. El caso es que un triste 30 de Agosto del 1464 Pedro Barbo, sobrino de un papa de triste memoria para la cristiandad, fue elegido santísimo padre de la cristiandad. Otro padre más impuesto contra el Mandato Divino: “Vosotros no llaméis Padre a nadie, más que a vuestro Padre que está en los cielos”. El concepto de *padres* legado por el imperio romano era demasiado hermoso para ser abandonado por el obispado romano.

Durante la toma de posesión del trono divino de los obispos romanos declaró Pablo II algo así como que ... iba a proscribir el Nepotismo ... iba a reformar la estructura interna de la Iglesia ... iba a continuar la cruzada contra los turcos. ... iba a llamar a concilio ecuménico en un plazo mínimo de ya y uno máximo de treinta y seis Lunas. Por prometer le prometió el Sol y las estrellas a los que le vendieron la Mitra. Obviamente en cuanto sentó su trasero en el Santo Sillón de los Santos Padres su palabra de Judas y la basura se fueron a comer juntas a los prostíbulos del Tíber. La rebelión que su traición anunció suscitó entre sus antiguos admiradores llevó a la cárcel a más de uno bajo la acusación de alta traición contra su divinidad el Papa. Las torturas, las expropiaciones, todo tipo de delito que se podía esperar de un ferviente discípulo del diablo se rifaron al alimón, y les tocó el premio a todos los que el omnisciente y santísimo Pablo II les reservó la papeleta, entre ellos un eminente poeta filósofo, que una vez escapado de la muerte retrató al odioso Pedro Barbo con todos los colores clásicos naturales al Judas Iscariote, en su gloria lo tenga Dios.

Pero sería diabólico por mi parte decir que aquel no fue un buen papa. Diré que fue un papa buenísimo. Superó a sus predecesores en orgías y gastos para fiestas populares a cargo de las espaldas de los fieles de todo el mundo. Su cara oculta, su lado oscuro fue su aversión patética e irracional contra las primeras flores del Humanismo. Según su santidad Pablo II lo que le convenía a los fieles era la ignorancia y el

analfabetismo. Mientras más estúpido es el pueblo cristiano menos tiene que depositar sus pies sobre el suelo el sumo pontífice. Pues superando a Cristo, que no se tiró del monte a incitación del diablo, el obispado romano sí lo hizo, demostrándole así al Cielo y a la Tierra que hasta los ángeles se ponen al servicio del Papa para que sus pies no tropiecen contra las piedras.

El juicio condescendiente y misericordioso de los historiadores de las cosas del Papado hacia aquel obispo sin honor se centra en la lucha que emprendió contra la corrupción municipal romana. Y nosotros, para no quitarles el gusto de sentirse buenos y misericordiosos como dios, les concederemos el éxtasis del alucinamiento que a la inteligencia de un hijo de Dios le causa la absolución humana contra quien Dios condenó al decir: “Por vuestra causa es aborrecido mi nombre delante de los gentiles”.

El único terreno donde hubiera podido demostrar ser un digno sucesor de San Pedro, la cuestión del rey de Bohemia, la pisó de plano mediante el recurso a la excomunión. O lo que es igual, por imposición doctrinal ante el papado en este mundo sólo hay dos posturas, doblar las rodillas o poner el trasero.

Como muy bien nos enseñó Jesucristo y sus Apóstoles nos lo mostraron en sus carnes, en este mundo y en el otro, ahora y en la eternidad, un hijo de Dios sólo dobla sus rodillas ante Dios, su Padre, y no le pone el trasero ni al Diablo. La pregunta es: ¿Al elevarse sobre todas las criaturas y actuar como quien tiene el señorío sobre todas las cosas, empleando para glorificarse a sí mismo el Poder que Cristo le concediera a Pedro mirando a la Unidad espiritual de las iglesias: el obispado romano no cometió un delito contra el Cielo y la Tierra?

Pablo II se murió como se murieron todos aquéllos papas, dejando el nombre de Dios un poco más deshonrado delante de los ateos.

Sixto IV (1471-84)

Sixto IV, de nombre de pila Francisco de la Rovere, italiano por supuesto, romano imperator de la cuna hasta la tumba, pasó por la orden de los franciscanos antes de alcanzar la gloria del que es como los dioses, conocedor del bien y del mal. A los 50 años de edad fue elegido General de los Franciscanos. Tres años más tarde Pablo II lo hizo cardenal. Y sucedió a su padrino en el 71.

Esperanza vana era la del cristiano que creía en el Papado. A uno malo le sucedía otro peor. Los nortes de este General Franciscano fueron su familia y la gloria del Papa. Pensando en la primera a sus sobrinos los nombró obispos, cardenales y lo que quiso, con todo lo que ello implicaba, poder, dinero, propiedades. En cuanto a la segunda causa Sixto IV no dudó en dirigir la nave del Vaticano contra la corona de Francia, que le debía la obediencia de la iglesia galicana a la doctrina de la superioridad suprema del obispado romano sobre todas las metrópolis cristianas del Reino de Dios.

Luis XI se negó en rotundo a apartarse de la Doctrina Sacrosanta de Constanza en nombre de la gloria de una república cristiana fundada según el modelo del sumo pontificado legado por los romanos imperators a los sucesores de San Pedro. Doctrina de dudosa divinidad. Tanto más dudosa cuanto más profundo era el delito de los papas contra el Honor a Dios debido por sus siervos.

Si a una pena se le suma otra pena se forma una pena muy grande. Sixto Sixto Sixto Sixto, Sixto IV para sus adoradores, vivió una pena más grande todavía. Si a dos penas se le suma otra y a las tres una cuarta la pena del que tiene dos penas se dobla. Y es que la pena de aquel dios romano es imposible de calibrar. Todos sus sobrinos cardenales le salieron rana. Y tenía tantos... A pena por cabeza el pobrecito papa sufrió una pena más grande...

Es verdad, al papa Sixto IV sus sobrinos cardenales le salieron todos rana. No les bastaba a semejantes sapos vestir la púrpura y haber sido creados a la imagen y semejanza de Dios por un dios humano, además tenían que demostrar que eran como dios, para lo cual debían escupirle sus actitudes fornicarias, adúlteras, sodomitas y hechiceras en la cara a Dios.

Entonces, si a una pena se le suma otra y se hace una pena muy grande, por la misma ley si a una osadía se le suman dos el valiente deviene un héroe. Por esta sencilla ley para parvulitos todos los sobrinos cardenales del divino papa fueron héroes.

Y es que matar para probar el dulce sabor de la sangre humana es de Novela. La sangre humana: ¿depende de en qué materia y lugar se beba es más o menos dulce? ¿El sitio ideal para beber la sangre humana es la iglesia? ¿Entre sus muros la sangre sabe mejor?

No sé quién le daría semejante consejo satánico a los cardenales romanos, posiblemente su tito el papa. El hecho es que querían saberlo por experiencia.

Basiliscos, hijos de un dragón que paseaba su gloria maligna por toda la Tierra buscando donde plantar su Cizaña infernal, los hijos del Infierno encontraron en los sobrinos del jefe de la iglesia romana tierra buena; fruto de cuya siembra sería el episodio conocido con el título: La Conspiración de los Pazzi. Eran cardenales y obispos pero se atrevían a planear crímenes y se conjuraban para ejecutarlos entre los muros de las iglesias. Así y todo seguían siendo cardenales de la iglesia romana, aunque ante Dios y su Hijo jamás fueran miembros de la Iglesia Católica. Sobre todos ellos y su cabeza, el papa, pesa el juicio del Hijo del Hombre: "Apartaos de mí, malditos, obradores de iniquidad".

Como todo el mundo sabe la causa tras la bendición de la iglesia romana al asesinato de los Médicis se descubre en la negación de Lorenzo el Magnífico a concederle otro crédito al Papa. Negarle algo al todopoderoso pontífice romano, sin el cual no había salvación, era una ofensa a la Santísima Trinidad, y en consecuencia el papa y sus sobrinos se plantearon la caída de Lorenzo y su familia empleando como brazo armado la familia Pazzi. La idea del papa era aprovechar la coyuntura para dar un golpe de estado contra la república de Florencia y ponerla bajo el control del cardenal Rafael Riario, su sobrino del alma. El complot falló. De los dos hermanos Medicis sólo cayó uno y el que quedó se llamaba Lorenzo el Magnífico.

Dulce es la sangre, pero más dulce es la venganza. Conocedor del cerebro detrás del brazo, Lorenzo mandó ejecutar al arzobispo de Pisa, devolviendo el golpe a rajatabla: ojo por ojo, diente por diente. La respuesta del verdadero cerebro criminal tras la Conspiración de los Pazzi, el mismísimo papa, fue a encerrar bajo el anatema a Florencia y luego declararle la guerra durante dos largos años. No contento con este delito contra el Decreto Divino: "Baja la espada, Pedro", el belicoso Sixto IV bendijo la guerra entre Venecia y Florencia a condición de serle entregada Ferrara a otro de sus sobrinos cardenales del alma.

Desgraciadamente los príncipes italianos acabaron por abrir los ojos, le vieron los cuernos al demonio que se sentaba en la Silla de San Pedro y firmaron las paces. Sixto IV estuvo a punto de excomulgarlos a todos por herejes y no creer que la

Voluntad del papa es el Verbo de Dios. A su tiempo sin embargo, cuando los tiempos estuviesen maduros, la doctrina de la igualdad entre el Verbo de Dios y la Palabra Infalible de los papas, se haría. Y así, por igualdad matemática, el papa sería Dios entre nosotros.

No todo iba a ser negativo en aquel demonio de papa. El hombre contrató a Miguel Ángel para que le decorara la Choza Sixtina y embelleció la Ciudad Eterna donde mora Dios Infalible en la Tierra con otros monumentos épicos por los que pedimos la absolución para sus crímenes. Amén.

Y se murió.

Inocencio VIII (1484-92)

Inocencio VIII, de nombre de pila Juan Bautista Cibo, genovés, descendiente azul de una rancia estirpe de senadores imperatores, puso su nombre en la lista de los papas tras la muerte del anterior. La carrera eclesiástica de este príncipe de la vieja escuela en el seno de las tinieblas romanas se puede dibujar en el papel de los siglos sin preocuparnos demasiado de los renglones torcidos sobre los que su estela se movió de palacio en palacio.

Pablo II lo hizo arzobispo de Savona, por cuánto dinero no viene a cuento. Sixto IV lo hizo cardenal por la suma a la que se compraba y se vendía la púrpura. El precio variaba en función de la renta y los beneficios. Hombre de su tiempo se movía en la corrupción como gusano en agua fétida. El genovés Juan Bautista Cibo fue elegido papa un 29 de Agosto del 1489, con el nombre de Inocencio-Inocencio-Inocencio-Inocencio ... ocho veces, o si se prefiere Inocencio VIII. Contra lo que se pudiera esperar de su nombre, Inocencio I ... de inocente el hombre no tenía un pelo.

Siguiendo la moda al uso nada más ser coronado habló del turco. Los cristianos ya estaban curados de sorpresa y sin embargo se vieron sorprendidos cuando el mismo Inocencio VIII que echaba pestes del turco aceptó conservar bajo su custodia al hermano rebelde del sultán de Constantinopla. Se dice que contra 40.000 ducados de oro al año. Este era el nuevo santo padre de los romanos. Esto era un papa de verdad, lo peor de la condición humana elevado a lo más alto de la conciencia cristiana, el Diablo huyendo de Dios que había encontrado refugio entre las misericordiosas fibras del corazón de la iglesia romana.

Entre sus otras gestas figuran su bendición a la coronación de Enrique VII, padre de Enrique VIII, su decreto contra los magos y las brujas, elegir a Tomás de Torquemada como Gran Inquisidor, llamar a cruzada contra los Valdenses exhortando a la masacre sin perdón. Y otras gestas similares o más grandes, entre las que una legión de hijos de las más diferentes mujeres le valieron el chiste de, si no por sus actos, al menos sí por sus bastardos ser llamado padre de Roma. Teniendo en cuenta la broma nos podemos imaginar la vastedad que alcanzó el nepotismo y la corrupción en los medios pontificios. Sin esta imaginación sobre la mesa es imposible comprender que el próximo papa se hubiera atrevido a escupirle a Dios en pleno rostro. Lo llamaban Alejandro VI Borja.

Alejandro VI (1492-1503)

Alejandro VI, de nombre de pila Rodrigo Borgia, nació en Valencia. Por ser español no se le perdonó lo que hemos visto fue tomado a chirigota en su predecesor por ser un italiano vero. De hecho la acusación contra Alejandro VI de ser el más corrupto de los papas medievales, es un truco retórico de la iglesia romana para centrar el odio y la repugnancia en un sólo punto y así quitar del cuadro el lodazal en el que este gusano nadó a sus anchas. Creer que de la noche a la mañana un personaje como el papa Borja se sentó en el trono de San Pedro, supuestamente custodiado por una guardia pretoriana de santos e incorruptos cardenales italianos, creer esta fábula es cosa de católicos barbarizados, analfabetos lobotomizados por el miedo, que olvidan que el Diablo no puede excomulgar a Dios.

El origen de la carrera eclesiástica de Alejandro VI tuvo su línea de salida en el nepotismo de su padrino y tío carnal el papa Calixto III. Es decir, como el que más, no fue menos. Y tan devoto del Honor de Dios como el que menos, no le impidió, siendo cardenal, vivir en un palacio y celebrar orgías a lo Nerón, como el que más.

La leyenda del Banquete de las Avellanas de Oro ha cruzado los siglos. La inmensa pureza de la conducta anticristiana exigida por la iglesia romana para alcanzar la santidad pontificia jamás quedó más de manifiesto, sin por ello jurar que fuera la anécdota más infernal desde la óptica del espíritu de Dios que nos sirvieron los romanos, cabeza y cuerpo. Sin ser la anécdota más sangrienta, ni igualar la masacre de miles como condición previa para sentarse en el trono del dios de Roma, que otros tuvieron que pagar, el banquete de las Avellanas de Oro nos recuerda con su impactante fuerza lo que es odioso a Dios y a sus hijos.

Tal vez mi talento no sea el mejor retratista para un Banquete como el de las Avellanas de Oro. Los que leen estas líneas comprendan mi falta total de genio para retratar cosas de un universo que se me escapa y sólo en pesadillas me atrevería a visionar. Grosso modo:

un 30 de Noviembre del 1501, para celebrar un aniversario y con ocasión de ese aniversario, Alejandro VI invitó a la Curia a un banquete en su palacio. Su fama de anfitrión hizo que el palacio apostólico se pusiera de bote en bote. Las prostitutas romanas y no se sabe cuántos rameros fueron empleados como criados. De la profesión de los criados se puede imaginar qué parte llevaban cubiertas y qué partes al aire ellos y ellas. De lo que pasó una vez que se comieron las alitas de las gallinas de los *güevos* de oro y se bebieron las leches de burras se puede deducir los platos que se sirvieron y los vinos que se bebieron.

Hartos de carne y vino estaban el santo padre y su sacro cortejo de ángeles púrpuras cuando sin previo aviso el Borja comenzó a desparramar avellanas de oro por los suelos. El número de las pepitas doradas no viene a cuento, los cabalistas serios de todas las épocas siempre tuvieron la imaginación corta y los sesos calientes, de aquí que sus cuentas siempre acabaran en el seis triple. Allá ellos. El hecho es que los suelos del salón pontificio quedaron en un amén amén amén santo santo santo gloria gloria aleluya sembrado de estrellas de oro del tamaño de una avellana brasileña. Las putas y los rameros se arrojaron a recoger con sus cuernos todas las que pudieron. Los cardenales, super obispos y demás santos, Dios nos libre de su reino, reían a carcajadas la gracia de su señor y dios el papa de Roma. La gracia del juego estaba en que las putas y putos habían de recogerlas a cuatro patas, y para hacer la gracia más descojonante

tenían que agarrarlas con los dientes, sin manos, lamiendo el suelo donde pisaba el santo padre y su santa familia de hijos de Roma Eterna. Pero ahí no acabó el show.

No. La imaginación para la miseria y el crimen crece a medida que la experiencia se acumula. Bueno, es como en todo. Mientras más corre uno más fuerte se hacen las piernas; mientras más estudia uno más fuerte se pone el cerebro; mientras más mata uno más experto se hace en la materia. Lo mismo en el campo de la miseria, campo en el que los papas y su cuerpo romano eran consumados expertos, como se ve del banquete por excelencia, el de las Avellanas de Oro, sobre cuyo acontecimiento posiblemente ni una millonésima de los católicos presentes han oído alguna vez palabra alguna. Posiblemente se estén creyendo que me estoy inventando el cuento antipapista. En fin, el show sólo acababa de empezar.

Las putas y los rameros estaban allí por los suelos y se partían los piños intentando agarrar con los cuernos mientras más avellanas de oro, mejor. El delirio vino con la última condición del papa Borjia, sólo se quedarían con las avellanas si habían sido cogidas con un super obispo auestas. Ellos y ellos aceptaron encantados hacer de burros y burros para sus santidades romanas. Los super obispos, se comprende, muertos de risa montaron a pelo, cometiendo contra la decencia cristiana toda clase de delitos, sobre los que mejor pasar de largo no sea que el asco por semejante ejemplo sea tomado por otra cosa y el celo por la verdad acabe por ser investido de la calidad de las llamas del infierno, que hay tonto para todo en este mundo. El caso es que acabado el Banquete los super obispos salieron por las calles de Roma cantando aquel ‘Hosanna al que viene en nombre del Señor’.

Cosas del Papado, cosas de Alejandro VI Borjia, cosas de la iglesia romana.

Pero se equivoca quien crea que su elección cogió por sorpresa a nadie, o piense que sus orgías fueron una visión inesperada del anticristo que por fin gobernaba a su antojo los destinos del Rebaño de Cristo. Para nada. Pío Pío, aún siendo quien fue, en su tiempo le dio un tirón de oreja al futuro papa Borjia. Enterado este, de tonto no tenía un pelo, el futuro Alejandro Alejandro Alejandro Alejandro Alejandro, Alejandro seis veces -mayor razón para que los cabalistas viesen en él la encarnación del número de la Bestia- adoptó el modus operandi de los cardenales y obispos de su época, tener una querida oficial, muy mona y decente, y tantas putas como el cuerpo lo pidiera. La elección de Alejandro cayó en la célebre Vanozza, tres veces viuda, una mujer con experiencia en la cama, curtida en toda clase de batallas con machos cabríos en celo. La verdad, nadie se lo esperaba, habiendo tantas vírgenes locas por tirarse a un papable que el Español se fuera a hacerlo con aquella mula vieja, por muy guapa que fuera la madame ... en fin, cosas de papables. Con aquella viuda alegre tuvo Alejandro cuatro criaturas, entre ellas los célebres César y Lucrecia. Las criaturas medio reconocidas y las no reconocidas fueron sin número, como Salomón.

El 1492 fue importante para el mundo y para el cardenal Borjia por dos razones, primero fue elegido papa, y segundo le nació otra criatura de su segunda querida oficial.

Al igual que sus predecesores el cardenal compró su elección a base de mulas cargadas de oro. No es un bulo, es el espejo de la realidad. Ascanio Sforza se encargó de distribuir el oro a espuestas entre los cardenales electores. Había sido así de siempre y tardaría una eternidad en ser de otra forma. Era impensable que fuera de otro modo. El papado lo mismo que el imperio no se obtenía por la gracia de Dios, y el que se creía el cuento era porque no sabía donde tenía la cara. El papado había sido instituido por la iglesia romana para ejecutar la operación de remodelaje del Templo de Cristo a imagen y semejanza del Templo de Jerusalén contra el que se alzara el

propio Cristo. Un Estado teocrático recaudador del diezmo universal, esta vez en forma de beneficios, prebendas, rentas, herencias, ventas de indulgencias, servicios de misas, administración de sacramentos, esto era lo que entendía la iglesia romana por Iglesia Católica, y acorde a su entendimiento, empleando como vara de hierro contra sus críticos la excomunión, así lo había hecho.

Alejandro VI, perfecto conocedor de aquella estructura teocrática forjada por una iglesia romana que justificó la abolición del Consejo Apostólico de las Iglesias en la necesidad de la supervivencia frente a los enemigos del cristianismo, consciente de lo que se compraba y vendía, porque se había criado viéndolo y viviéndolo, podía decir: el Espíritu Santo ¿qué es eso?, ¿dónde hay que ir a comprarlo? ¿Es persona? Entonces seguro que vende su culo.

Al contrario que sus predecesores, la moda de declaración de odio al turco una farsa, el nuevo papa dejó en paz al sultán de Constantinopla y puso manos a la obra maravillando a todos con su capacidad para corregir los defectos de la estructura recaudadora de la iglesia romana y consumir la operación de postración de la Iglesia Católica al servicio de una pirámide cardenalicia encumbrada por un sumo pontífice y su familia, administradora del Tesoro del Nuevo Templo ad maiorem motu proprio gloriam. Así de sencillo, así de letal. Esta estructura convirtió la sangre de Jesucristo en fuego y dio lugar al famoso episodio de la Expulsión de los Vendedores. La cuestión devino quién se atrevería a protagonizar la Expulsión Segunda Parte teniendo delante y en contra a la iglesia romana. Lutero dio el paso adelante y dejó ir su respuesta: Yo.

Lutero se lo jugó al todo por el todo. Pero antes que él ya lo había intentado Savonarola. Sin querer ofender al fundador de la Reforma, su predecesor, Gerónimo Savonarola fue un cristiano carismático y profético en unos tiempos malos gobernados por hombres de la talla moral del Alejandro VI, o lo que es lo mismo, sin ninguna. Recuerdo que de chaval la única parte del conflicto que se mostraba en la escuela era la del hereje ardiendo en la hoguera, que por supuesto se merecía. Sobre la parte que lo mandaba al infierno se nos ocultaba absolutamente todo. Gracias a Dios sus hijos crecemos y, alimentados por su omnisciencia, se nos forja para hablar de pecado, verdad y juicio. Ahora sabemos que otra historia se hubiera escrito si en lugar de haber ocupado la dirección de la Iglesia Católica aquella serie ininterrumpida de dementes criminales la hubieran ocupado obispos a la imagen y semejanza de Cristo, como al principio. Savonarola tuvo la mala suerte de los buenos, Lutero la de los rebeldes con causa, Alejandro VI la buena suerte de los malos, prosperan y llenan las páginas de la historia del mundo con sus crímenes. La sentencia a muerte contra el profeta florentino que la iglesia romana dictó pesa sobre la Iglesia Católica como una sombra fatal. Pero para no parecer que me dejo llevar por mi pensamiento incluyo aquí una breve biografía del hombre cuya muerte pesa sobre el obispo de Roma, firmada por Eduardo Tiscornia, dirección homo delirans

-En la época de Lorenzo el Magnífico, Florencia había llegado al más alto nivel cultural del Renacimiento, con todo lo que ello significaba en lujo, refinamiento intelectual y cortesía de modales, signos de distinción material y espiritual que estaban concentrados en la clase más alta de la ciudad, aquella que disponiendo del poder se había preocupado por la educación humanista y tenía el tiempo y la disposición de gozar del “otium, cum dignitate” ciceroniano.

Pero no era a este nivel social sino al más bajo de la ciudad al que dedicaba su atención un fraile dominicano nacido en Ferrara y llamado Girolamo Savonarola. Savonarola había tenido la misma educación superior, hablaba un latín tan puro como su contemporáneo el famoso Erasmo de Rotterdam y merecería más adelante la compañía y admiración de personajes de cultura tan refinada como Juan Pico de la Mirandola.

Cuando Girolamo estudiaba en Ferrara, “Florenia estaba en guerra con Pisa, Génova con Milán, Bologna con Mantua mientras Ferrara misma era severamente dañada por una fuerza expedicionaria veneciana”. Dos guerras civiles en Ferrara llegaron a tales excesos de salvajismo y crueldad que se comparaban con las épocas de Nerón y Calígula. Girolamo se refería a ellas como “la sangrienta saturnalia”.

Fray Savonarola alcanzó gran prestigio como predicador y fue elegido Prior del monasterio de San Marco, sostenido por los Medici, cuando decidió renunciar a ese beneficio y ajustar el orden interno a las reglas dominicanas más estrictas. Por otra parte, organizó al margen de cursos de teología y moral otros de lenguas, como el griego, el hebreo, el caldeo, el asirio y el arameo.

El Prior era un hombre muy singular. Una de sus características era visionaria. Había predicho tres muertes, una de las cuales era la de Lorenzo de Medici mismo, y habían ocurrido tal cual. Esta particularidad se agregaba a sus demás cualidades señalándole como un ser excepcional. En un mismo año, se produjo una invasión de los franceses que a la muerte de Ferrante, Rey de Nápoles -otro de los señalados por Fray Gerónimo- pretendían la sucesión del reino.

Piero de Medici, indigno hijo de Lorenzo había heredado el poder en Florenia. Ante la llegada de las fuerzas francesas prácticamente había abandonado la ciudad a su suerte. La actitud de Fray Gerónimo fue la de intentar disuadir al rey francés del pillaje de la ciudad. Su estatura religiosa y la fuerza de sus palabras lograron su propósito y el 28 de noviembre de 1494 Charles VIII finalmente dejó la ciudad y se retiró con sus tropas.

Todos estos acontecimientos dieron a Fray Gerónimo un prestigio político que ciertamente no deseaba. No obstante aceptó sin título alguno conducir la ciudad a un nuevo orden constitucional que fue muy alabado por Macchiavelli.

El celo religioso de Savonarola en la perspectiva de este ensayo era un delirio desbordado. Había conseguido un aquietamiento del ritmo profano en una ciudad que seguía sus sermones con una unción conmovida por sus palabras. Habían grupos opositores poderosos, como el de los ‘Compagnacci’, cínicos practicantes de las peores costumbres, inspirados en la antigüedad griega y latina en los que Savonarola veía el regreso del paganismo más crudo y la más completa corrupción de hábitos sexuales.

En su persecución, Savonarola no tenía límites, y pedía para ellos el garrote y la muerte. Los blasfemos deberían tener su lengua atravesada por espinas. Los incestuosos y los jugadores debían ser ejecutados. El celo había seguido el curso normal de autoalimentación apasionada. El fanatismo más encendido le guiaba e inspiraba sus anatemas, el *delirans*, colindaba con el *demens* y su lenguaje había subido el tono. La energía interior exaltada y la austeridad más extrema se marcaban en su aspecto y su debilitamiento físico.

En esos extraños días de Florenia, el ambiente había cambiado curiosamente. Una forma nueva de convivencia ciudadana seguía a diferentes iniciativas espontáneas que organizaron milicias juveniles, entusiastas, tal como las que la historia ha registrado en tiempos y espacios distintos, en los que surgen vínculos novedosos en formas de solidaridad -latentes acaso en muchos seres, pero lamentablemente precarios-, generando una forma de cohabitación significativa. No se trataba de disfraces ni de hipocresías. Eran estados contagiosos espontáneos.

“En el curso de la primavera de 1495, el aspecto de la ciudad, estaba completamente cambiado - cuenta Pierre Van Paasen, uno de los biógrafos de Savonarola. Historiadores nacionales y extranjeros, embajadores, prelados Romanos, miembros y oficiales de órdenes religiosas que visitaron Florenia, no reconocían el

lugar. Florencia se había convertido en una ciudad de amor fraternal, de paz y concordia.”

Fray Savonarola había logrado un tono uniforme de conciencia que puede experimentarse como reacción de la fatiga a tiempos turbulentos de ira y brutalidad. Manera emocional de coincidencia afectiva, podía mantenerse algún tiempo mientras acontecimientos conmovedores se sucedían unos a los otros. Los franceses repitieron su invasión y esta vez una llamada Liga Santa que se había organizado para enfrentar amenazas de esta clase los derrotó en la batalla de Asti.

En 1496 cayeron lluvias terribles y el Arno desbordó inundando la ciudad. Se desató una plaga de peste bubónica que provocó miles de muertos a tal punto que al atardecer de cada día se recogían los cadáveres. La Liga mandó un ultimatum a Florencia. La pestilencia y el hambre causaban incontables víctimas. Como si esta situación no fuera suficiente, tropas del Emperador Maximiliano del Sacro Imperio se dirigían a la ciudad. Savonarola organizó una inmensa procesión, encabezada por el Tabernáculo que contenía la imagen milagrosa de Nuestra Señora de Impruneta. Cuando ésta estaba cerca de la Catedral llegaron buenas nuevas. Las fuerzas atacantes volvían a sus bases, los barcos de Francia, atracaron en Livorno y se aprestaban a descargar granos, hombres y armas. Ese fue un día triunfal para el fraile.

Savonarola obedeció una orden de no predicar con la que se le procuraba neutralizar pero siguió dictando el texto a otro fraile, Domenico Buonvicini. Desde el púlpito Fray Doménico conjuró a los florentinos a dar una prueba definitiva de su cristianidad. Les pidió que sacaran de sus casas todo lo que ofendiera a Dios es decir todas las muestras de frivolidad y desvío.

En la Piazza de la Catedral, se levantó una gigantesca pirámide de dos metros de alto y ocho metros de circunferencia, a la que se llamó la ‘pirámide de las vanidades’. A ella, la gente de la ciudad, llevó pinturas, esculturas, adornos de todas clases, joyas, máscaras, pelucas, disfraces, colonias y perfumes, polvos y talcos, mazos de cartas e instrumentos musicales. Además libros ilustrados de Boccaccio y Petrarca, amuletos y pendientes.

Todo esto estaba destinado a ser consumido en llamas. El martes 7 de febrero de 1497, las puertas de la Catedral se abrieron muy temprano y Fray Gerónimo celebró la misa en presencia de miles de personas. Una procesión se dirigió hacia la pirámide, y todos los presentes se ubicaron a su alrededor. Después de una señal convenida, los guardas con antorchas avanzaron hacia ella para encenderla, las trompetas sonaron, y las campanas de la Torre de la Signoria se echaron al vuelo. Las llamas estallaron al cielo y se oyeron pequeñas explosiones simultáneas de pólvora, que se había esparcido sobre los objetos acumulados. Un enorme grito colectivo saludó el comienzo de la gran fogata purificadora y de un día de gozoso sacrificio. Ese climax del delirio colectivo fue también el punto de inflexión de la suerte del Prior Savonarola.

Cuando poco después de terminada esta ceremonia, Fray Gerónimo propuso abolir las carreras de caballos y toda clase de apuestas, se colmó la paciencia de sus enemigos. Lo denunciaron como una amenaza al orden social. No obstante, el Prior siguió en sus prédicas y sus agravios contra los que consideraba que eran los verdaderos destructores del orden de Dios, clamando: “Oh tú, Iglesia prostituida, que has desplegado tu vil desnudez al mundo entero”.

En esos días, el cadáver del Duque de Gandía, el hijo más querido del Pontífice fue encontrado en el Tíber. El autor sindicado por todos los indicios y opiniones fue su medio hermano César Borgia. Savonarola escribió al Papa una carta de condolencia. Este, que al recibirla se había sentido conmovido por su texto, al leer con cuidado su alusión a los ‘pecados’ lo llevó a declararla “una pieza de despreciable insolencia”. Las

demás comunidades de Florencia, Agustinos, Franciscanos y Benedictinos, rehusaron celebrar la procesión de San Juan el Bautista si los monjes de San Marco concurrían. El principio del fin se marcó para el Prior.

Savonarola describió al Papa como un hombre “que había hecho desgraciada su posición como cabeza de la Iglesia por la desvergonzada inmoralidad en su vida” e invocó la necesidad de un Concilio desafiando frontalmente a la Santa Sede. En una carta dirigida “a los Príncipes”, testificó “Dios es mi testigo, que “este Alejandro, no es Papa y no puede ser tenido por tal...” Esta carta la distribuyó a todos los soberanos y a todos sus amigos, pidiendo le ayudaran a echar al Supremo Pontífice de la Iglesia Universal, y la envió como misiva personal a Carlos VIII de Francia. Este ejemplar fue interceptado, no llegó al rey sino al mismo Alejandro VI.

En Abril 7 de 1458, Savonarola era aún la figura dominante del estado florentino. Veinticuatro horas después vencido por sus enemigos, en trance de ser juzgado por un tribunal especial, yacía en espera de la tortura que le obligaría a confesar que sus afirmaciones eran falsas. El día 10, comenzaron oficialmente los tormentos.

El 23 de Mayo de 1458, Gerónimo Savonarola y sus compañeros fueron colgados y después quemados.

(Naturalmente desde el punto de vista de la iglesia romana esta es una versión biográfica herética sobre Savonarola. En las versiones oficiales el hombre era un loco, Alejandro VI un sabio y la iglesia romana Pilatos limpiándose las manos a la salud de la Iglesia Católica, en cuyo nombre hizo lo que se hizo).

La historia del papa Alejandro VI Borjia y las guerras que por sus hijos desencadenó contra los otros cardenales y contra el resto del mundo están escritas en los anales... No quiero alargar demasiado este relato metiendo la marcha en dirección a las profundidades del trono de Satán. La memoria del Banquete de las Avellanas de Oro es testigo de la perversión de una iglesia, la romana, que renunció a servir a Dios y se juró en obediencia al obispo de Roma, juzgándose a sí misma al desafiar al Cristo que dijo: “No podéis servir a dos señores, no podéis servir a Dios y a las riquezas”. Tomando el episodio del Banquete de las Avellanas como núcleo central de la conducta de la iglesia romana contra la que se levantara la Reforma lo demás es inercia. Guerra civil vaticana, guerra del papa contra las ciudades italianas, guerra civil ciudades italianas versus papado otra vez.

Miseria y horror. La Iglesia Católica gobernada por una iglesia romana que mediante un estratégico golpe circunstancial de estado había desbancado la Autoridad Apostólica y se había erigido cabeza de un cuerpo creado por ella misma para suplantar al Cuerpo de Cristo. Pedro fue elegido Jefe, jamás Cabeza, de un Cuerpo Apostólico que en Fraternidad e Igualdad dirige el Magisterio de las iglesias. Sus sucesores abolieron el Cuerpo Apostólico y se declararon cabeza de un cuerpo para la ocasión creado, un híbrido del Templo Antiguo y el sistema religioso pagano de la roma imperial.

El Cuerpo Apostólico se alzó en Constanza para defender su existencia, pero la estructura autocrática y la personalidad teocrática de la iglesia romana se negó a doblar sus rodillas delante de Dios y aceptar la Colegialidad Apostólica fundada por su Hijo cuando le dijo a todos los Apóstoles. “Yo os daré las Llaves del Reino de los cielos”. El sucesor de la Sede Romana, negándose a aceptar el Hecho, se alzó contra Cristo, única Cabeza Visible de la Iglesia, procediendo de este delito como río de la fuente el resto de los crímenes cometidos por los jefes de la iglesia romana. Entre cuyo mar los de este Alejandro VI sólo representan una turbia corriente.

Las aventuras del papa Alejandro VI Borjia y sus hijos no forman parte de esta *JHistoria*. La publicidad contra la Iglesia Católica que por culpa de la iglesia romana los gentiles escupieron contra el Honor y la Gloria de Dios, sí lo son. Los tesoros de la Iglesia Católica, en su origen destinados a socorrer a los hermanos más pobres, fueron expropiados por la iglesia romana y destinados, como en este caso, a pagar las bodas de los hijos de la cabeza cardenalicia del cuerpo de la iglesia romana.

Dicen que mientras Lucrecia Borjia era casada como una diosa, el pueblo romano se arrastraba por la miseria comiendo los desperdicios que no querían ni los perros del vaticano. Dicen que mientras los príncipes de la iglesia romana vivían como dioses en la Tierra, el pueblo italiano se arrastraba por el infierno de las guerras entre sus ciudades estados. Se dicen tantas cosas que no se puede creerlas todas sin analizarlas dentro de su verdadero contexto. Una de las cosas que se dicen es que el papa anuló el matrimonio de su hija para casarla con un partido mejor. Unos decenios más adelante otro papa se negaría a anular otro matrimonio en base a sus intereses específicos, hablando del caso Enrique VIII de Inglaterra. Es decir, ¿el poder de atar y desatar que Cristo le confirió a sus Apóstoles y fue monopolizado por el obispo romano es un poder para hacer y deshacer lo que le venga en gana? ¿Hoy digo Sí y mañana digo No y la doctrina del Maestro me la paso por entre las patas porque yo soy el Papa? ¿Entonces Jesucristo está muerto: Viva el Papa?

No sé si en este recordatorio de las proezas del papado contra el que la Reforma se alzara, cometiendo el error fatal de no distinguir entre iglesia romana e Iglesia Católica, pero movida por una justa causa, debiera incluir las dos olas de terror que el monstruo pontificio, hijo de la iglesia romana, desencadenó contra los cardenales y los obispos italianos. Las crónicas están ahí para ser leídas. Los anales del Vaticano han mantenido oculto los crímenes de sus inquilinos, pero ya ha llegado el tiempo de salir a luz todo lo que estaba oculto. Las memorias de los criminales que se llamaron santos padres, cuya serie ininterrumpida, se dice, ha llegado hasta el asesinato por envenenamiento de Juan Pablo I, están a disposición de todos. Por esto digo que no sé si merece la pena traer a estrado las dos olas de terror que el santísimo padre Alejandro VI, Dios lo tenga donde se merece, desató contra los enemigos de sus hijos.

Como los que le precedieron, Alejandro VI tuvo hijos para crear un ejército, y elevó al poder y a las riquezas a todos los que pudo y quiso. Uno de sus hijos, hecho Duque de Gandía y Benevento, fue hallado flotando en las aguas del río. Loco, desesperado, el monstruo que llevaba la iglesia romana dentro se revolvió en su trono maldiciendo a todos sus asesinos y a todos los que sabiendo lo que se tramaba no hicieron nada por impedir el crimen. La lista de los que fueron torturados y asesinados, entre cardenales, obispos y príncipes imperatores es uno de esos enigmas que el Vaticano ha mantenido oculto bajo sus alfombras. Yo, lejos de sentir pena o misericordia por los que le dieron la teta al monstruo y luego fueron devorados por el mismo dios al que adoraron, prefiero pasar de largo y dejar la memoria de aquella ola de terror a escritores más atraídos por lo morboso. Sólo diré que al final al Papa le vino estupenda la muerte de su bastardo, porque aprovechando la ocasión expropió a todos los condenados, convirtiéndose por este medio en el hombre más rico del mundo.

Lo dicho, Jesús condenó el almacenamiento de riquezas y el Papa bendijo lo que Jesús condenó cuando este delito ante Dios es justificado *ad maiorem habemus papa gloriam*, que es reírse de todos los hijos de Dios, empezando por el Unigénito. Así las cosas, entre aquella larga serie de crímenes callados por el Vaticano la muerte en la hoguera de Savonarola ¿a quién le sorprende? Si en Roma eran ejecutados decenas de cardenales a diario acusados de haber criticado al Papa ¿cómo iba a escapar el profeta florentino a la cólera de aquel anticristo? De todos los pecados de Savonarola pedir la reunión de un Concilio Ecuménico Apostólico que depusiera a aquel monstruo fue su crimen imperdonable número uno.

Es obvio que Enrique VIII no defendió su causa de divorcio desde una posición de lógica pontificia. Si lo hubiera hecho ni el emperador ni el papa hubieran podido oponerse a su divorcio de la reina legítima de Inglaterra. Las anulaciones de matrimonio eran una de las principales fuentes de riqueza de los estados pontificios. Durante el papado del Borjia las anulaciones se firmaron un día sí y otro no. El problema era qué obtenía la iglesia romana y su jefe a cambio de escupirle en el rostro a Cristo. No se comete un delito de esta naturaleza por nada a cambio. Había que poner sobre la mesa un cheque. El error de Enrique VIII fue pedir la anulación en razón de su cara bonita.

En el 97 el Papa anuló el matrimonio de su hija Lucrecia, por ejemplo, para casarla con un hijo de Alfonso II. Aunque claro, Lucrecia no era Catalina, por muy reina de Inglaterra que esta fuera. Lucrecia era la reina porno de Roma. El Banquete de las Avellanas tuvo lugar en el mismo año de 1501 durante el que Lucrecia ejerció de reina de la iglesia romana y se escribió la Historia de la Segunda Pornocracia Pontificia en los anales ocultos del Vaticano. El santo padre con la puta de su hija, el hermano con la amante del santo padre, la hija con el hijo del santo padre, este era el ejemplo para toda la cristiandad. ¿No era lógico que un Gerónimo Savonarola alzara el grito al cielo y llamara a Concilio a todos los obispos de la Iglesia Católica?

El ejemplo servido en la cúpula nos podemos imaginar en qué convirtió la iglesia romana el Honor de Dios y de su Iglesia. ¿No habían razones para una Reforma? ¿No habían razones para entrar en el Templo y expulsar a todos los vendedores de indulgencias al servicio de la iglesia romana y su jefe de monopolio? ¿No habían razones para la rebelión de los cardenales a los que las proporciones de la inmoralidad y el anticristianismo que ellos mismos habían promocionado les sacaban arcadas con origen en los mismos hipogeos de sus repugnantes vientres?

Al horror le siguió el terror. La segunda ola de terror se desencadenó, al primer golpe los poderosos clanes de los Orsinis y los Colonnas, cunas de tantos Papas, cardenales, arzobispos, obispos y amén de siervos de Roma, cayeron en picado. Sus fortunas fueron confiscadas y entregadas a los hijos del Borjia. El número de los que cayeron bajo esta segunda ola de terror puede calcularse vagamente. Su sustitución por una legión de cardenales títeres hizo que no se les echara de menos. El dios romano simplemente quitaba y ponía. Nada nuevo bajo el sol. Uno malo pero conocido era sucedido por otro malo pero desconocido. La misma cara con distinta máscara. El mismo perro con diferente collar. Nada nuevo bajo el sol. Al Borjia le sucedería otro Papa hecho a su medida. Sus crímenes serían sucedidos por nuevos crímenes. La Iglesia Católica, sujeta a la locura de la iglesia romana en razón de los intereses monárquicos de la Europa Medieval, sólo podía rezar porque en su Caída el sucesor de Pedro no arrastrase a todas las iglesias al Infierno. A la muerte de Alejandro VI Borjia, como si los demonios celebrasen duelo, la violencia celebró su propio Banquete en las calles de Roma.

(Canon noveno del Primer Concilio de Nicea, el del Credo)

Si alguien ha sido hallado en pecado y contra los cánones es investido, el derecho canónico exige la deposición del tal, porque la Iglesia Católica es la Comunión de los Elegidos de Dios, según la Palabra de su Hijo: “Lo que mi Padre me ha dado es lo mejor.”

Pero Jesucristo estaba tonto en política y por eso lo crucificaron, ¿o no?

Que conteste el Papa.

EPÍLOGO UNIFICADOR

1

He dicho antes que la estructura de la Realidad Universal tal como nosotros la hemos heredado la hemos encontrado sujeta a un conflicto cósmico. Dos verdades, una nacida con vocación de infinito y eternidad y otra nacida con pretensiones de indestructibilidad, proyectaron sobre nuestro mundo su Guerra. La primera es la Verdad Natural, que se hizo cristiana; la segunda es una verdad artificial, maligna, que se transforma con los siglos para conducir a todos al mismo sitio. En palabras del Jesús del Apocalipsis: “Cuando se hubiere acabado los mil años, será Satanás soltado de su prisión y saldrá a extraviar a las naciones que moran en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, cuyo ejército será como las arenas del mar. Subirán sobre la anchura de la tierra y cercarán el campamento de los santos y la ciudad amada. Pero descenderá fuego del cielo y los devorará” (*La batalla y el juicio final*).

La interpretación natural de esta profecía se tradujo en carne en el cuerpo del Segundo Milenio de la Primera Era de Cristo, que nació con la División de las iglesias de Oriente y Occidente y acabó enfrentando a Oriente y Occidente en el campo de batalla de la Segunda Guerra Mundial, a cuya guerra dio fin la Edad Atómica (con el fuego que descenderá del cielo).

No todos en la actualidad -siglo XXI- parecen estar de acuerdo con esta interpretación de la última profecía de Jesús. Algunos herederos de la Reforma incluso creen y enseñan que ese Milenio Apocalíptico acaba de nacer.

Sin entrar en la polémica pero sin darle la espalda, el hecho es que el futuro que tales falsos profetas le dibujan a este Tercer Milenio no parece que vaya a diferenciarse en nada del Milenio que murió. Pues o bien la profecía es falsa y por tanto su Autor es un farsante, cosa que a nadie le cabe en la cabeza, que el Hijo de Dios sea un farsante, y el Milenio de la profecía no ha hecho sino empezar; o bien Jesús es Veraz, Verídico, y el Milenio de la Profecía acaba de terminar.

Independientemente de la opinión de cada cual sobre este particular, hay cosas que son universales y su negación sólo puede hacerse al precio de renunciar a la salud de la inteligencia. Una de esas cosas innegables es que Jesucristo nos descubrió que no sólo el género humano sino la creación entera, incluido nuestro Creador, fuimos empujados a participar en ese Conflicto, por llamarlo de alguna forma: Cósmico. Y que, la suerte de este Conflicto Cósmico la tuvo Dios en sus labios, de cuya última palabra dependía el futuro de nuestro mundo en especial y el de su Reino en general.

Y Dios habló; y su última palabra al respecto fue un No a la pretensión de esa verdad artificial que quiso transformar su Reino en un Olimpo de dioses más allá de la ley, y un Sí a esa Verdad Natural que se expande y le comunica a todos los hijos de Dios su vocación de vida eterna. Y esto es lo que vino a decirnos Jesucristo.

Pero hablar por hablar no basta. Así que pensando en acabar con las causas de aquel conflicto histórico-cósmico Dios le dio una nueva forma a su Reino. Y configuró

la Unidad de todos los Pueblos a su Corona sobre la base de la Obediencia a su Palabra. Y no sobre la base de una obediencia cualquiera; no. La basó en la Obediencia que nace de la Fe.

Pero no de esa fe que es conocimiento de la existencia de Dios, que se funda en las pruebas y que el propio Universo y la Historia le ofrecen al hombre. Pues dos son las realidades objetivas que dan testimonio de la existencia de Dios: el Universo y la Historia. No, en este tipo de fe no fundó Dios la Obediencia sobre la que quiso levantar la Unidad de su Reino; Dios fundó esa Obediencia en la Fe que nace del espíritu.

Y el espíritu es Dios, y Dios es Amor. En fin, en boca de su Hijo su Palabra fue: “Todo Reino en Sí dividido será desolado, y toda Ciudad o Casa en Sí dividida no subsistirá”.

De donde se ve que siendo el Cristianismo el Reino, la Ciudad y la Casa de Dios en la Tierra no hay que ser muy listos para comprender el alcance de los devastadores efectos que la División de las iglesias había de provocar a lo largo y ancho de los siglos. Tanto más perniciosos los efectos cuanto al haber determinado Dios emplear el Cristianismo como plataforma civilizadora, al dividirse las iglesias le restaban a su Señor fuerzas para llevar su Reino hasta los confines del mundo.

Pero la Historia del Nacimiento y Crecimiento del Cristianismo no es objeto de este Debate. La necesidad de implicarla en el Debate surge a tenor de la transformación de una discusión teológica en doctrina de justificación para la guerra fratricida que el Protestantismo le declaró al Catolicismo, y de la cual surgió la división de Europa en Norte y Sur.

Hay que decir, tratando el asunto de toda guerra fratricida, que afirmar que Caín fuera justificado por su ignorancia sobre las fuerzas en las que se vio atrapado no es nada nuevo. Afinar el pensamiento y descubrir en qué punto estaba equivocado Caín sí es algo novedoso.

La culpa del padre de Caín en la tragedia que arrastró a su mundo al pecado es un hecho teológico ampliamente sabido. Por fuerza, pues, había el padre de asumir responsabilidad en el crimen de su hijo.

Más que de hecho por derecho, el propio Dios reconoció la culpa de Adán en el fratricidio de Caín al alzarse como defensor suyo contra quien se atreviera a vengar la muerte de Abel: “Si alguien matare a Caín, siete veces será vengado” le juró. Juicio del que -ajustando la doctrina protestante sobre la predestinación al caso Caín- se podría concluir afirmando que el mismo Dios que lloró la muerte de Abel y sentenció el delito diciendo: “Maldita será la tierra por haber abierto su boca para recibir de mano tuya la sangre de tu hermano. Cuando la labres, no te dará sus frutos, y andarás por ella fugitivo y errante”; este mismo Juez se alza al instante como si no hubiese pasado nada y jura que vengará la muerte del fratricida hasta siete veces. De lo cual podría decirse que para no condenarse a sí mismo Dios limitó la pena de muerte que se merecía el crimen a una condena sujeta a un factor desgravante.

Apariencia y nada más, por supuesto. Puede que desde la teología protestante esta causa desgravante tuviera por sentido borrar las huellas del Dios que predestinó a Abel a morir y a Caín a matarlo. Según Calvino y Lutero: semejante al Poncio Pilatos que se lavó las manos, Dios llevó a los actores al campo, condenó a muerte a Abel y a Caín a cumplir la sentencia. E inmediatamente sentenció a Caín a vagar fugitivo y errante, aminorando la pena de muerte con la que el delito estaba penado.

¿No se reconocía Dios como la causa motora del crimen -se preguntó y se respondió afirmativamente el protestantismo- al jurarle al asesino que El mismo vengaría su muerte, hasta siete veces incluso?

¡Como si el hombre fuera un guiñol y Dios un titiritero infernal!

Inútil, sin embargo, seguir por esta vía maléfica típica de un Calvino ignorante. La causa desgravante en la sentencia contra el crimen de Caín estaba en la ignorancia de Adán. Que nosotros podemos analizar con más cabeza. Tengamos en cuenta que para nosotros muchas cosas son obvias, como el que Dios hiciera la Promesa de la Venganza contra la Serpiente mirando al horizonte de los milenios. Aquellos a los que les competía el acontecimiento y eran los actores del mismo tenían que ver las cosas desde la cercanía de los hechos. De lo cual es precisamente prueba el fratricidio.

Caín, creyendo que la Promesa tenía que ver con él y su hermano, mató a Abel para quedarse solo en el campo de batalla y ser él el Elegido que se enfrentaría al Diablo y le arrancaría de la cabeza lo que le pertenecía por herencia, la corona. Una vez solo, y no teniendo su madre más hijos, obligaba a Dios a proclamarle el Elegido.

Ignorante de la verdadera naturaleza del Acontecimiento que provocó la Caída, para ocultar su ignorancia Lutero, Calvino y la Reforma en general culparon a Dios de ser el verdadero director del crimen de Caín contra Abel. Rescatando la doctrina del Maniqueísmo del baúl de los recuerdos.

Negar que hubiera ignorancia de Adán e incluso de Caín sería como reconocer que los judíos supieron lo que hacían cuando crucificaron a Cristo, o como creer que Lutero fue consciente de estar desobedeciendo al Dios que puso su Palabra como piedra angular de la Unidad de su Reino.

Que Lutero en su ignorancia pero contra la voluntad de Dios dividió la Cristiandad es un hecho histórico que no admite dudas. Afortunadamente, previendo el futuro de su Reino en la Tierra, como se ve en la Parábola de la Cizaña, Dios le dio a la plataforma civilizadora cristiana una estructura interna, la Iglesia.

Conociendo de antemano su futuro Dios unió la Iglesia a su propio Hijo de la forma que siendo Adán y Eva dos personas por el Amor se hicieron una sola cosa. Era natural. Consciente de las circunstancias por las que en los dos próximos milenios el futuro de la Humanidad había de atravesar, Dios quiso unir nuestro Futuro al suyo mediante el Matrimonio de su Hijo con la Iglesia. De cuya Unión Mística habría de venir a luz aquella generación de hijos de Dios que la creación entera expectante se dispuso a aguardar desde los días de los Apóstoles. Sobre lo cual, saludando este Día, Pablo escribió:

“Tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros; porque la expectación ansiosa de la creación está esperando la manifestación de los hijos de Dios” (Romanos-Los padecimientos presentes comparados con la gloria futura).

Al decir “nosotros” se entiende que habla del Cristianismo y mira al Futuro, ¿o acaso no eran los Apóstoles hijos de Dios? Si lo eran, como lo fueron, ¿por qué iba a estar la creación entera esperando la manifestación de unos hijos de Dios que estaban vivos? Así que ¿de qué Manifestación estaban hablando los Apóstoles?

Creo a todas luces un contrasentido proclamarse hijos de Dios y a la vez hablar de una Manifestación que se pospone a un futuro desconocido. Si por un sitio hablando de sí mismo dice:

“Pablo, por la voluntad de Dios, nuestro Padre”, hablando sobre la Manifestación de los hijos de Dios, confiesa lo que antes dije, que la expectación ansiosa de la creación estaba esperando la Manifestación de los hijos de Dios. Y esto estando vivos los Apóstoles, todos ellos hijos de Dios.

Misterio al que le sienta como anillo de boda al dedo la otra confesión del mismo Pablo:

“Hablamos, sin embargo, entre los perfectos, una sabiduría que no es de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, abocados a la destrucción, sino que enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos, que no conoció ninguno de los príncipes de este siglo, pues si la hubieran conocido nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria”. (*Corintios 1-El modo y el fin de la evangelización de Pablo*).

Expectación curiosa de la creación entera que por necesidad de la propia profecía había de mantener lejos del conocimiento de aquel siglo a aquella “sabiduría divina” hablada entre los perfectos. Resultando de aquí la necesidad de preguntarse hasta cuándo seguiría “escondida”. Mas esto no es asunto que le concierna a este Debate.

El caso es que mil quinientos años después de la Celebración del Matrimonio entre Cristo Jesús y su Iglesia el río del tiempo había dejado atrás temblores de tierra, aguaceros, mitos y leyendas de un Nuevo Mundo que hizo su camino contra toda clase de pruebas y enemigos. La participación del obispo de Roma, del obispado italiano, del obispado bizantino y del obispado católico en general en aquella epopeya, yendo de victoria en victoria, a nadie se le oculta ni nadie puede de golpe barrer de las páginas de la Historia Universal los capítulos que con su sangre escribieron. Sería demencial creer que a la altura del siglo y época hacia la que hemos vuelto los ojos, siglo XVI, en la aurora de la Edad Moderna, las circunstancias y los acontecimientos no habían actuado sobre todos: italianos, españoles, ingleses, alemanes, franceses, suizos, rusos, polacos, checos, húngaros, griegos... operando en todos ellos, como cristianos y como actores de la Historia, los cambios de personalidad, costumbres e inteligencia debidos a una sociedad internacional en continuo estado de evolución.

¿Errores de todas y cada una de las partes de aquella Cristiandad?

Bueno, como dijo Aquél: “El que esté libre de pecado que tire la primera piedra”.

Lo que está fuera de toda duda es que el deseo de reforma del cuerpo eclesiástico como punto de arranque de la revolución social que había de traer a todos los beneficios del Reino de Dios, ese deseo estuvo latente y presente desde siglos antes del nacimiento de Lutero.

También que el obispado romano, por estar sometido a los intereses de la aristocracia italiana, y el obispado católico a los de las clases aristocráticas europeas, exceptuando lapsus de celo espiritual, todos se opusieron a su realización.

Como consecuencia el cristianismo llegó a la Edad Moderna aquejado de un profundo apego a los vicios desarrollados durante las edades medievales, vicios y males que los interesados se negaban a arrojar a la papelera de la basura por muy grande que fuera la necesidad.

Aquel apego inconsciente del cuerpo eclesiástico al mundo medieval lo hemos detectado incluso en el Lutero de la Primera Parte. Su consejo sobre la bondad santificadora de la mortificación carnal nos descubre en su alma al bárbaro de las edades oscuras para quien la Fe seguía siendo una cosa mágica.

En la vida quiso Jesucristo derribar un Templo y levantar uno Nuevo para que con el paso del tiempo éste cometiera el mismo error fatal que el Antiguo. Era justamente lo que el Nuevo se estaba ganando con sus hechos. Las circunstancias a la vista alguien tenía que coger el látigo y expulsar de la Iglesia a los vendedores de indulgencias.

Lo mismo que aquellos sacerdotes judíos traficando con los sacrificios por los pecados, cargando al pueblo cada siglo con nuevas y más sofisticadas ocasiones de pecado, de la misma manera los obispos de las indulgencias en lugar de curar la enfermedad se limitaron a comerciar con la debilidad humana. ¿No previó Dios, con su mirada que atravesaba la barrera de los siglos e incluso la de los milenios, las negaciones en las que con su conducta los obispos romanos envolverían al Cristianismo? Tres veces negó Pedro a su Maestro. Viendo la historia de los sucesores de Pedro uno se pregunta: ¿No fueron las negaciones del Jefe de los Apóstoles imagen de las futuras negaciones de sus sucesores?

Misterio donde los haya Jesucristo no le retiró la Jefatura que antes de la Pasión le otorgara Dios a Pedro. Cuando Él se fue tampoco sus Discípulos se volvieron contra Pedro y le retiraron la Jefatura en razón de haber sido el único que negó de palabra al Maestro. La cuestión pide paso por sí sola. Si no lo hizo el propio Señor en razón de quien le había elegido ¿quién se creía Lutero para hacer lo que el Hijo de Dios no se atrevió?

La pregunta contraria no se queda atrás ni mucho menos. Que ni el Señor ni sus Apóstoles les retirasen a Pedro lo que Dios le otorgara ¿era causa suficiente para justificar en el futuro que sus sucesores revolcaran la Gloria de Pedro en el fango del crimen y toda suerte de pasiones contra las que Cristo vino a luchar?

La Historia del Papado es ni más ni menos la doctrina de Lutero sobre el pecado y la sangre de Cristo llevada a su práctica más radical. Aquel “peca, es decir, adultera, mata, roba, envidia, levanta falsa testimonio, odia a tus enemigos, corrompe, destruye...Y sin miedo porque todos nuestros pecados los lava la Sangre de Cristo” era la doctrina que el obispado romano practicaba abiertamente y en base a la cual se negaba a renunciar al pecado. De manera que luchando contra el papado con las mismas armas del papado lo que Lutero hizo fue convertir a todo el mundo a la doctrina en virtud de la cual el papado cometía todos sus crímenes, cómo no, en nombre de la preciosa sangre de Cristo.

En este libro hemos tenido ocasión de tirar de la manta y de lo poco deducir lo mucho. El interrogante que ahora pide paso tiene que ver con la relación entre Jesucristo y esa filosofía romana de estar el obispado más allá del juicio humano y divino, teoría demencial en el origen de todos sus crímenes. Quiero decir, ¿debe ser denunciado Jesucristo por haber sido hallado aquél Perdón a Pedro en el origen de todos los crímenes contra el Cielo y la Tierra cometidos por los sucesores de Pedro en el ejercicio de su obispado?

Y lo que es aún más grave todavía, ¿se puede fundar la infalibilidad de los sucesores de Pedro en la infinita bondad del que en lugar de retirarle la Jefatura lo confirmó, y convertir ese Amor Divino en fuente de justificación de todos los crímenes que pueda cometer y cometió el obispado romano?

La Opción del Diablo -la transformación del universo en un campo de batalla donde jugar a la Guerra- no tenía ninguna vía de prosperar. Cuando Dios, el Infinito y la Eternidad se hicieron una sola cosa y provocaron la revolución cósmica que conocemos como Creación esa opción fue desterrada del Futuro de su Reino. Y puesto que no estaba dispuesto a renunciar a la Guerra el Diablo se puso a buscar mediante

una política de hechos consumado la forma de obligar a Dios a aceptar la coexistencia del Bien y del Mal -del pecado y de la fe. Pensando, el Diablo encontró en la Persona del Hijo el as que le daría la victoria. En líneas generales tal fue la estructura del pensamiento del Diablo. Por contra la decisión de Dios: “de todos los árboles del paraíso puedes comer, pero del Árbol de la Ciencia del bien y del mal no comas, porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”, era y es la expresión visible de una decisión irreversible. Desde aquel Día y para siempre Dios desterraba de su Creación el fruto del Árbol prohibido: la Guerra. Lo que Dios le decía a Adán se lo decía a todos sus hijos. La cuestión estaba en “qué tenía que decir el Hijo sobre esta decisión del Padre”. Pero antes de meternos en la respuesta resolvamos la asociación del fruto del árbol prohibido con el Sexo, cuando ese fruto era y es la Guerra.

La ignorancia judía sobre la naturaleza del fruto del Árbol de la Ciencia del bien y del mal, a la que se relacionó con el Sexo, se transmitió por inercia a las comunidades cristianas. Algo natural si se tiene en cuenta que el sustrato desde el que naciera el Cristianismo fue hebreo. Desde allí se transmitió a la Iglesia y bajo esa forma las iglesias han mantenido en su doctrina hasta nuestros días dicha asociación. Que esa conclusión era y es absurda se desprende del mismo relato de la Creación. Al Sexto Día bendijo Dios la unión sexual entre el macho y la hembra humana: “Procread y multiplicaos y henchid la tierra” -fueron sus palabras. El domingo descansó y el lunes volvió al trabajo. Fue entonces cuando antes de meter mano le dijo a Adán: “De todos los árboles del paraíso puedes comer, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”. La sucesión de acontecimientos marca el ritmo y aclara las cosas. Dios no podía irse a la cama bendiciendo la procreación de la especie humana y levantarse dispuesto a maldecir lo que bendijera ayer mismo.

Vamos a ver, poder lo que se dice poder, Dios lo puede todo, pero hay algo que Dios no puede, y es ser a la misma vez Cristo y el Diablo. Así que donde hoy dice gloria mañana no dice infierno. Si ayer le dijo a los hombres que se reprodujeran y se multiplicaran no se iba a levantar al siguiente por la mañana con la maldad del que ha hecho a todo el mundo caer en la trampa y ahora les va a dar el palo, porque sí, porque puede. Sobre este respecto, sobre la unión entre el Padre y el Espíritu Santo, el Hijo lo dejó claro con sus palabras, siempre tan breves, siempre tan intensas:

“También habéis oído que se dijo a los antiguos: No perjurarás, antes cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os digo que no juréis de ninguna manera; ni por el Cielo, pues es el Trono de Dios; ni por la Tierra, pues es el escabel de sus pies; ni por Jerusalén, pues es la Ciudad del Gran Rey. Ni por tu cabeza jures tampoco, porque no está en tí volver uno de tus cabellos blanco o negro. Sea vuestra palabra: Sí, sí. No, no; todo lo que pasa de esto, de mal procede”.

Habiendo creado Dios al Hombre a su Imagen y semejanza es natural que primero nos muestre las leyes sobre las que se rige su Espíritu. “Sí, sí. No, no”. O sea, lo que bendice un día no lo maldice el siguiente. Lo contrario, creer que primero bendijo la procreación y luego maldijo la unión sexual es negar la Veracidad de Dios. De hecho, que Dios no se había levantado al Octavo Día con la piel de la Serpiente lo prueba que antes de meterle mano a su trabajo le diera una compañera a su hijo Adán para que la soledad le fuese leve.

El argumento del Diablo -recogido luego por la Reforma en su versión calvinista- dice que precisamente para eso le dio Dios a Adán una compañera, para verlo donde lo quería ver, temblando muerto de miedo a la espera del juicio. La teología protestante-calvinista recogió este argumento del Diablo sobre la predestinación maniquea del mundo y lo hizo suyo. Cosa que parecerá bastante fuerte de leer, pero no tanto si cortamos tajo y analizamos sus presupuestos.

Claro que sí; si según Calvino y sus hermanos en el espíritu del protestantismo toda criatura está predestinada al infierno o a la gloria: Dios le dio Eva a Adán para ponerle la zancadilla. Pues que en su presciencia Dios sabía que Adán no podría resistir la tentación de aquella hembra desnuda como su madre la trajo al mundo...pues eso, que según la teología de la Reforma Dios juega hoy a Cristo y mañana al Diablo. De donde se ve que la Duda de Descartes no es más que la expresión científica del pensamiento calvinista más exacto. Y es que querer ser más listo que nadie fue lo que perdió a Calvino y a sus hermanos en la Reforma. Fue para no llegar a semejante conclusión diabólica que el Judaísmo y el Catolicismo prefirieron agarrarse a la postura dogmática del Sócrates que sólo sabía que no sabía nada. Dios dijo, Dios hizo, y lo demás escapaba a su comprensión. Mejor pecar de infantil que por genio. El porrazo que se da un niño es lágrima de cocodrilo, pero la altura desde la que caen los ídolos...

Llegando a algún sitio, que ya empiezo a marear la perdiz demasiado, el fruto del Árbol prohibido no eran los besos con los que Adán se comía a Eva. El fruto prohibido era la unión entre el puño de Caín y la quijada del asno muerto. Otros lo llaman la Guerra. ¿No fue esa la prohibición contra la que se estrelló el Diablo cuando suscitó la enemistad de todo el mundo contra Cristo? ¿Cómo iba a darle Satán a Jesús todos los reinos del mundo si no los conquistaba a fuego y espada? ¿O acaso alguien se cree que los romanos iban a poner su imperio a los pies del hijo de María por su cara bonita? Deduciendo y transfiriendo de Cristo a Adán, “que era el prototipo del que había de venir”, el Diablo tentó a Adán, rey electo del mundo, a conquistar la Tierra empleando la fuerza, la bandera de la Guerra por delante ordenándole a todos los pueblos someterse a su Imperio.

La Idea Original Divina era que el reino de Adán se abriera como un Árbol que a todos les ofrecería la Vida, por Bandera la Sabiduría. Al levantar entre la Guerra y su Reino su Palabra, es decir, el Verbo, Dios le mostraba a toda su Creación, del Cielo como de la Tierra, cuál era su elección y cuál su decisión si se le ocurría a alguien ponerle delante del Dilema.

Entonces, volviendo a poner los pies en el suelo, al darle un cuerpo a la Ciencia de la ciencia del bien y del mal y hacerlo en el de un árbol, cuya naturaleza es su regreso natural al polvo, Dios dio conocer mediante una metáfora su Voluntad, de un sitio, y del otro levantaba entre esa Ciencia, cuyo fruto era la Guerra, y sus hijos: su Ley. Nadie debe olvidar que todos sus hijos fueron testigos de la Creación de los Cielos y de la Tierra, según el testimonio del propio Dios:

“¿Quién es este que empaña mi providencia con insensatos discursos? Cíñete, pues, como varón los lomos, voy a preguntarte para que me instruyas. ¿Dónde estabas al fundar yo la Tierra? Indícamelo si tanto sabes. ¿Quién determinó, si lo sabes, sus dimensiones? ¿Quién tendió sobre ella la regla? ¿Sobre qué descansan sus cimientos o quién asentó su piedra angular entre las aclamaciones de los astros matutinos y los aplausos de los hijos de Dios?”(Job-Intervención de Yavé).

En suma, todos los hijos de Dios habían visto con sus ojos que el Verbo es Dios. Es decir, Dios decía y así se hacía; Dios volvía a decir y así volvía a hacerse. Con sus ojos vieron todos los hijos de Dios que el Verbo es Dios y que el Verbo estaba en el Padre y en el Hijo. Todos menos Adán, lógicamente. A no ser que quien es creado pueda asistir a su propia creación. Pero el punto hacia el que quería yo llamar la atención es otro. El siguiente: Muy bien, el Padre había tomado la decisión irrevocable de desterrar de su Reino la Guerra, ¿pero y el Hijo? ¿El Hijo no tenía nada que decir? A salvo de toda tentación entre los brazos de su Padre ¿por qué no le dejaba Dios que decidiera por sí mismo y se pronunciara libre y voluntariamente sobre esa Ciencia?

¿Y si el Hijo encontraba en la Guerra el placer que habían encontrado esos hijos contra los que se levantó la Ley: “El día que de él comieres, ciertamente morirás”? ¡Cómo podía decir nadie de qué parte se pondría el Hijo si el Padre no le daba la oportunidad de conocer esa Ciencia! Que decidiera por sí mismo sobre la necesidad de desterrarla de su Imperio o la conveniencia de abogar delante del Padre a favor de la coexistencia en su Paraíso de ambos árboles, el de la Vida y el de la Muerte- con estos argumentos del Diablo y otros parecidos se decidió la suerte de nuestro Mundo.

A estas alturas de la Historia la Creación entera está al corriente de la decisión del Hijo. A su forma, pocas palabras y un Hecho que habla mejor y más rotunda y contundentemente que un millón de libros, el Hijo dio su respuesta: “Apártate, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a Él solo darás culto”. En otras palabras, antes muerto que permitir semejante transformación del Paraíso en un Infierno gobernado por demonios adoradores de la Guerra. Y para demostrar que estaba hablando en serio subió a la Cruz. Su Respuesta -hacerse una cosa con el Padre al que adoraba- dio por finalizada la Guerra Civil entre los hijos de Dios, y abrió una Nueva Era, en el Cielo como en la Tierra.

Respecto al Cielo, de donde bajara, al volver todo había cambiado. Dios le había dado a su Reino una forma Nueva. Respecto a la Tierra, de donde se iba, dejaba en marcha una Revolución Teológica cuya Meta era y es la Salvación del Género Humano. Incapaces judíos y romanos para comprender lo que estaba pasando, la Guerra contra el Cristianismo se hizo. Para defenderse y triunfar de la Ignorancia de sus enemigos, Dios le dejó al pueblo cristiano sólo un arma: el Ejemplo de Cristo. ¿O acaso no creó al Principio Dios al Hombre a su imagen y semejanza?

En efecto, la Caída no borró de la Mente Creadora el Proyecto de Formación del Hombre a su imagen y semejanza. La Caída lo que hizo fue borrar las circunstancias ideales sobre las que ese Proyecto comenzó a realizarse. Otro de los argumentos originales de aquéllos que se conjuraron para abrir la Caja de Pandora y desatar todos los males sobre el Género Humano fue éste: ¿Bajo condiciones infernales podría demostrarse que el Verbo es Dios?

La maldad perversa en los argumentos del Diablo no acababa ahí. Una vez que la Guerra contra el Espíritu Santo se desatara los asesinos de Adán tenían que sopesar la posibilidad de la derrota a manos del hombre por cuya mano Dios les reclamaría su sangre. Cuando Dios decretó su Juicio contra Satanás, aún con el corazón desgarrado por nuestra suerte, le juró:

“Por haber hecho esto, maldito serás entre todos los ganados y entre todas las bestias del campo. Te arrastrarás sobre tu pecho y comerás el polvo todo el tiempo de tu vida. Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer, y entre tu linaje y el suyo; este te aplastará la cabeza y tú le acecharás el calcañar”.

Pero no parece que el asesino se inmutara. Ni tampoco más tarde cuando volvió a ratificar su sentencia, esta vez bajo juramento, con aquéllas palabras tan suyas:

“Ciertamente yo alzo mi mano al Cielo y juro por mi eterna vida; cuando yo afile el rayo de mi espada y tome en mis manos el juicio, yo retribuiré con venganza a mis enemigos y daré su merecido a los que me aborrecen, emborracharé de sangre mis saetas y mi espada se hartará de carne, de la sangre de los muertos y los cautivos, de las cabezas de los jefes enemigos” (Deuteronomio-Cántico de Moisés).

Dura como era la sentencia el Diablo siguió sin inmutarse. Al poco de matar a Adán lo vemos luego junto a sus hermanos rebeldes eligiendo entre nuestras mujeres las más guapas y procreando de ellas a los héroes de muy antiguo. Y más tarde presentándose ante Dios en calidad de hijo todavía. O sea, que antes de declararle Dios

a Noé la ley que regiría el duelo a muerte entre el Hijo de Eva y la Serpiente ésta ya era consciente de sus términos. Recordemos esa ley:

“Ciertamente os demandaré vuestra sangre, que es vuestra vida; de mano de cualquier viviente la reclamaré, como la reclamaré de la mano del hombre, extraño o deudo, pidiendo cuentas de la vida humana. El que derramare la sangre humana, por mano de hombre será derramada la suya; porque el hombre ha sido hecho a imagen de Dios” (*Génesis- Alianza de Dios con Noé*).

No hay que ser astuto como una serpiente para ver que la esperanza del Diablo y sus ángeles rebeldes tuvo en estos términos su nido. Vamos a ver, si mataron con la facilidad que un gigante aplasta a un chiquillo al hombre más grande que existió nunca, el hombre al que Dios había formado con sus propias manos, ¿por qué iban a tenerle susto a un hijo del muerto?

¡Absurdo! -se dijeron-. Si bajo condiciones paradisiacas el Hombre que Dios criara como a un hijo no pudo evitar ser un juguete en sus manos ¿qué harían con su Heredero, formado en condiciones adversas, esos mismos Másteres del Infierno? Locos, con la locura del que siendo una criatura de barro se atreve a declararle la Guerra a su Creador, y cegados por el infinito valor y astucia del que mata a un niño los Rebeldes no comprendieron en qué descansaba Dios su Victoria. ¿No habían retado a Dios a dejar que su Hijo Amado decidiera por sí mismo el futuro de la Ciencia del bien y del mal, y no estaban en que un hombre sería el Elegido para el Día de la Venganza, el Día de Yavé? Muy bien, Dios les iba a dar las dos cosas en un mismo Acontecimiento: Encarnación y Resurrección de su Unigénito.

Ah, el Día de Yavé. Cómo olvidar el Día de Yavé contra el Diablo y sus ángeles malditos:

“Porque llegará el día de Yavé de los ejércitos sobre todos los altivos y engreídos, sobre todo lo que se yergue, para humillarlo; sobre todos los altos y erguidos cedros del Líbano, sobre las robustas encinas de Basán, sobre todos los montes altos y sobre todos los altos collados, sobre las altas torres y sobre toda muralla fortificada, sobre todas las naves de Tarsis y sobre todos los monumentos preciosos, y será abatida la altivez del hombre y la soberbia humana será humillada, y sólo Yavé será exaltado aquél Día, y desaparecerán todos los ídolos” (Isaías-Prosigue el castigo de los pecadores).

¡Bendito sea Dios que nos eligió para defender nuestra Causa al Hijo de sus entrañas! Los profetas se deshicieron en alabanzas por esa Elección que nos trajo la Gracia. De entre todos esos cantos espontáneos en memoria del Campeón que Dios nos había elegido, en honor al Héroe en cuyas manos había depositado Dios nuestra suerte eterna, de entre todos esos cantos imposibles de retener en la sangre hay uno que sigue soplando en el viento, dándole voz al que no tiene o no sabe expresarse con la misma fuerza y lo hace suyo. Yo lo hago mío. Se llama Canto de Amor. Y dice:

“Bulle en mi corazón un bello discurso, al Rey dedico mi poema. Es mi lengua como cálamo de veloz escriba. Eres el más hermoso de los hijos de los hombres; en tus labios la Gracia se ha derramado; por eso te bendijo Dios para siempre. Cíñete tu espada sobre el muslo, ¡Oh Héroe!; tus galas y tus preseas. Y marcha, cabalga por la Verdad y la Justicia; enséñete tu diestra portentosas hazañas. Agudas son tus saetas; ante tí caerán los pueblos; desfallecen los corazones de los enemigos del Rey. Tu Trono subsistirá por siempre, Cetro de Equidad es el Cetro de tu Reino. Amas la Justicia y aborreces la Iniquidad; por eso Yavé, tu Dios, te ha ungido con el óleo de la alegría más que a tus compañeros. Mirra, áloe, casia exhalan tus vestidos; desde los palacios de marfil los instrumentos de cuerda te alegran. Hijas de reyes vienen a tu encuentro, y a tu diestra está la reina con oro de Ofir. Oye, hija, y mira; inclina tu oído; olvida tu

pueblo y la casa de tu padre. Prendado está el rey de tu hermosura; pues que Él es tu Señor, póstrate ante El. La hija de Tiro viene con dones, los ricos del pueblo te halagarán. Toda radiante entra la hija del Rey; su vestido está tejido de oro. Entre brocados es llevada al Rey. Detrás de ella, las vírgenes, sus compañeras, son introducidas a tí. Con alegría y algazara son conducidas, entran en el palacio del Rey. A tu padre sucederán tus hijos, los constituirás por príncipes de la Tierra. Yo quisiera recordar tu nombre de generación en generación. Por eso los pueblos te alabarán por siempre jamás”. (*Canto Nupcial, de los hijos de Coré- Salmo 45*).

En fin, que aquí el asunto que nos concierne es otro. Porque Dios, mirando a abrir entre los príncipes del Infierno y su Omnisciencia un Abismo insalvable, no sólo anunció, paso por paso, la Victoria de Cristo Jesús sino que puso a disposición del Enemigo todos los medios necesarios para darle a esas circunstancias adversas, sobre las que había basado su enemigo su seguridad, las notas contrarias más inimaginables. Mas como revela el Canto Nupcial todo lo que hiciera el Diablo sería para nada. El Hacha estaba afilada y la Maza en el Puño de su Dueño pedía la cabeza contra la que debía caer y aplastar cráneo y cola. La alegría de los montes, el júbilo de los océanos, hasta las mismas fieras de los desiertos fueron a besarle los pies y a sentir de las manos del Héroe la caricia de su Dios el Día que el Rey le dijo a nuestro Enemigo: “Apártate Satanás”.

El grito de victoria de las estrellas que escucharon aquellas palabras se corrió por los Cielos, desbordó las constelaciones y ondeó su bandera sobre la superficie del mar de las galaxias. El primer Hombre fue maravilloso como un Niño grande e inocente que no ha conocido lágrimas, penas, dolores, ni derramado sudores, ni sufrido vientos solanos, ni el ardor del jornalero bajo el sol del estío seco y duro como el acero. Se crió en los brazos de Madre Naturaleza. Aquél era su primer niño; los pechos de Madre Naturaleza estaban llenos de leche, con sus labios verdes se lo comía a besos, entre sus brazos lo dormía bajo las estrellas como si sus vellos fuesen mantas de algodón virgen. Y su Padre, Yavé su Dios lo quería con ternura exquisita, lo quería tanto que a la primavera le ordenó detenerse y transformarse en una tienda de campaña llamada el Edén. ¡Qué dura fue la Caída! Si al menos el Asesino se hubiera cebado en las carnes de un anciano doblado por el peso de los años. O el Ladrón hubiera luchado por la Corona de la Tierra contra un guerrero curtido en batallas, hasta fea su piel de tantas cicatrices tatuadas en combates a muerte. No, el Asesino fue a meterse con un Niño. El príncipe y héroe de los Infiernos fue a pavonearse sobre el cadáver de un inocente.

Ay ay ay, que se me parte el alma- lloró Madre Naturaleza el día que su hijo Adán cayó bajo el grito de guerra sin cuartel que los dioses rebeldes le declararon al Reino del Cielo. Calma tu pena, Mujer -le juró Dios - yo te suscitaré un hijo que cogerá bajo sus pies al Rebelde y le aplastará la cabeza de un mazazo, luego cogerá su tronco y lo partirá a hachazos, y esparcirá sus restos a los cuatro vientos, y mi reino entero verá que si dura es la Caída más dura será la Venganza. Y para consolarla puso su Palabra en sus faldas:

“Ciertamente yo alzo mi mano al cielo y juro por mi eterna vida: Cuando yo afile el rayo de mi espada y tome en mis manos el juicio, yo retribuiré con mi venganza a mis enemigos y daré su merecido a los que me aborrecen, emborracharé de sangre mis saetas y mi espada se hartará de carne, de la sangre de los muertos y de los cautivos, de las cabezas de los jefes enemigos”.

Para el enemigo la perdición, para nosotros la salvación. Por eso acaba su Cántico el Profeta diciendo:

“Regocijaos, gentes, por su pueblo, porque ha sido vengada la sangre de sus siervos, y hará la expiación de la Tierra y su pueblo”.

Esperaban los asesinos de Adán un Campeón de la estirpe y linaje de David, por toda arma de combate el hierro.

Necios, si el primer Hombre nació y vivió desnudo porque no conoció la Guerra, su Heredero nacería vestido de guerra hasta los dientes. Hasta una Espada tenía en la boca. Y de sus ojos salía un fuego salvaje que no se consumía nunca. (Leed la Visión Introductoria de Juan a su Apocalipsis).

Largo y sonoro, sí, fue el baile en honor del hijo del Hombre que a una bailaron los ejércitos celestes, el Día de su Victoria, el Día de Yavé. Triste y duro fue el Día Después, el día de las persecuciones interminables contra el Cristianismo. Y ya puestos, volviendo al Debate, que me responda el que pueda: Mientras los obispos de Roma, empezando por Pedro, eran echados a las fieras y sus colegas eran quemados en cruces para que sirvieran de hogueras en la Noche de los Césares, ¿dónde estaban Lutero, Calvino y sus colegas? Sí, con la boca llena de verdad lo digo y le doy toda la razón del mundo a Lutero: la Cizaña de las Indulgencias fue sembrada durante la Noche de los Obispos. Y con el corazón rebosante de justicia lanzo a los cuatro vientos la pregunta: ¿Pero acaso no se habían merecido los obispos un Descanso después de aquéllos Mil años de trabajo sin tregua? ¿Y por una Noche de sueño profundo iba a quitarle el Señor la gloria a su Esposa y dársela a una advenediza? ¿Acaso rompió con sus Apóstoles y los echó fuera cuando se durmieron una hora antes de su Pasión?

La Gloria es del Rey y El se la da a quien quiere. Que su Padre eligió para la Jefatura al único que le negaría tres veces, pues sí. Que tanto el uno como los otros se durmieron mientras sus enemigos ajustaban precio, lugar y hora, pues también. Pero a ninguno le quitó lo que le diera, y ninguno defraudó su esperanza cuando la hora de la verdad llegó también para ellos. ¿No se olvidó Dios en cuatro mil años del amor que le tuvo a su hijo pequeño, que nada hizo para ganarse su corazón excepto estar vivo, y en un milenio iba a olvidarse de aquéllos hijos que conquistaron su ser entero con aquella declaración de amor eterno que firmaron con su sangre los obispos de Roma y la iglesia Católica entera?

3

El Odio que las consecuencias del desafío luterano desataron sobre toda Europa y navegó por las olas del Atlántico hasta ahogarse en el Pacífico no debe nublarnos la inteligencia. No se odia con tanta fuerza sino al que se ha amado con la misma locura. Puede que la iglesia alemana arrastrada por la marea del odio fratricida, para acallar su conciencia haya echado mano del recurso más sencillo: la esquizofrenia. Y mediante el artificio de haber vuelto a nacer en el seno de la Reforma quiera negar ahora la existencia de la relación de Amor que desde los orígenes mantuvieron la iglesia católica y la nación alemana.

De hecho ninguna otra nación, exceptuando a la italiana, ha influido de una manera tan poderosa y decisiva en la Historia del Cristianismo. Puede decirse que sin el pueblo alemán, tanto en su amor como en su odio al obispo de Roma, las aventuras del cristianismo hubieran sido muy distintas a las que la Historia ha registrado.

Sin miedo a ser acusado de retórico, exagerando para ganar, las batallas que los pueblos alemanes lucharon y ganaron por la Civilización y para la Cristiandad no

fueron menos trascendentes y decisivas que las ganadas más tarde por los pueblos españoles. El futuro de Europa y de la Civilización le debe tanto a la nación alemana, en lo bueno y en lo malo, que sin su existencia el mundo tal cual lo conocemos hoy día no hubiera sido posible. Y viceversa, la forja de Alemania le debe tanto a la iglesia católica contra la que Lutero esparció el odio que sin aquella relación de amor que mantuvieron el obispo de Roma y el Primer Reich su Historia sería un puzle ininteligible.

El proceso de disociación a muerte que la nación alemana emprendió, desterrando de su memoria histórica la conexión católica, podemos compararlo con un proceso de lavado de cerebro en el mejor de los casos, y en el peor entenderlo desde los síntomas de la fenomenología de la esquizofrenia paranoica, enfermedad que devendría crónica y se descubriría en su máximo estado de virulencia durante el Tercer Reich.

Con el tiempo, en la medida que lo permitan las circunstancias, iremos recuperando las pautas y los momentos de aquella relación de amor-odio que le diera a ambas partes propiedades tan específicas. De todos modos los manuales sobre Prehistoria e Historia del Sacro Imperio Romano Germánico, desde los Francos a la Reforma están a disposición de todos. Internet es una buena fuente de información, tanto sobre los buenos, los de casa, como los malos, los de fuera, esos papistas. Entretanto podemos ir sacando de la Historia las consecuencias a las que sus lecciones nos invitan.

La primera de todas se refiere al valor de la historia escrita. Es de derecho que los vencedores de un conflicto escriban la historia tirando para casa. Este derecho implica la atribución del papel del bueno para el vencedor y la lógica demonización del vencido. Este derecho no se discute. Han hecho uso de él todos los vencedores de todos los tiempos y lugares. Lo que se pone en duda es el valor de una historia escrita por la parte vencedora.

En los casos registrados por la Historia se ha observado una tendencia general por parte de los cronistas oficiales de los vencedores a empezar sus relatos poniendo por delante una confesión de amor filosófico a la verdad. Inmediatamente después esos historiadores oficiales pierden la memoria y ya no recuerdan haber cometido sus pueblos ninguna falta, ni haber realizado alguna obra impía por la que merecer el odio de la Humanidad.

Digamos que de haber vencido Hitler nadie hubiera echado en falta los seis millones de judíos desaparecidos, por ejemplo. Ni nada por el estilo. Afortunadamente Dios no permitió que los cronistas del nazismo escribieran la Historia, ni la de la derrota ni la de la victoria.

De todos modos es curioso ver hasta qué punto hablar del alemán es hablar del judío. Pero es que en este terreno el prototipo por excelencia de esta especie de historiadores, aunque en este caso la Historia se volviera contra su autor, es el caso de la Historia de los Judíos escrita por Flavio Josefo.

También es curioso que entre el Lutero que escribiera la historia del futuro de su pueblo y el Flavio Josefo que escribiera el Pasado del suyo exista un punto en el que ambos caracteres se parecen como el reflejo al rostro del hombre que se mira en el espejo. Quiero decir, tanto el uno como el otro lideraron un movimiento popular y, tanto el uno como el otro, cuando se vieron delante de la victoria imposible abandonaron a sus pueblos y se pasaron al enemigo.

Lutero traicionó la causa del pueblo durante la imposible victoria de la Revolución de los Campesinos. Flavio Josefo traicionó al suyo inmediatamente

después de la revolución que se hizo con Jerusalén y causó la destrucción de todos los Archivos del Estado de Israel.

Tras aquel primer momento de euforia revolucionaria, en cuanto las legiones romanas se pusieron en posición de combate aquel capitán del linaje del rey David desertó de sus filas y se entregó al Imperio, desde cuyas tiendas de campaña fue testigo de la destrucción de su nación. Aquel traidor a su patria y a su nación creyendo que el futuro del cristianismo estaba sentenciado y contando con el favor de los Césares reescribió la Historia de los Judíos, sus Antigüedades como sus Guerras. Aparte de crear un anti-antiguo testamento según Flavio Josefo las persecuciones anticristianas judías, el nacimiento del cristianismo y el Fenómeno Jesucristo jamás tuvieron lugar.

Como quien vuelva una jarra y derrama lo que contiene, o como quien exorciza el espíritu de Dios del cuerpo histórico de los Hebreos, aquél Judas vació las Sagradas Escrituras de su contenido Divino. El resultado fue la transformación de la religión de los Patriarcas y de los Profetas en otra religión del mundo, con sus paranoias nacionales y sus propiedades autóctonas, pero a la postre una religión que tenía tanto derecho a vivir como la romana, la griega y la más pintada.

Desgraciadamente el Judaísmo posterior absorbería parte de la ideología Flaviojosefiana, adquiriendo su personalidad las notas esquizofrénicas típicas de quien ha superado la existencia de un trauma negando la realidad de los hechos y actos que dieron lugar a su génesis. En efecto, después de exorcizar el espíritu de Dios del cuerpo histórico de su nación, Flavio Josefo a la hora de llegar a los Hechos negó la existencia de las persecuciones anticristianas que desde los años 30 a los 70 fueron la tónica general en todo el Estado Judío.

Escrita así su Historia No Sagrada... a quién le extraña que los judíos no pudieran comprender nunca de dónde les venía a las naciones cristianas el Odio hacia su raza por el crimen contra un sólo hombre... En ninguna de sus escrituras históricas, sagradas y no sagradas, se hablaba de las tres soluciones finales que sus padres decretaron contra el cristianismo. Y así hasta nuestros días.

Regresemos ahora al caso de la Historia de la Reforma escrita por los reformadores, es decir, los vencedores.

La comparación entre el Lutero delante de las consecuencias de su revolución teológica y de aquel Flavio Josefo delante de las suyas no es gratuita. Tanto el uno como el otro cuando llegó la hora de la verdad abandonaron a su pueblo a la matanza; tanto Lutero como Flavio Josefo compraron su pellejo a costa de la destrucción del pueblo al que lideraron a la libertad. La comparación no es gratuita por tanto.

El método y la forma que tuvieron de amar la verdad no pueden distar tampoco mucho entre uno y otro. Basta leer una historia nacionalista de la Reforma para verlo. Como aquéllos judíos que jamás emprendieron soluciones finales contra los primeros cristianos, tampoco la Reforma, siendo una congregación de santos como era, pudo cometer jamás crimen alguno. Amén, amén. Los pobres y santos nuevos creyentes no provocaron a nadie, amén; ni comenzaron ninguna guerra civil, amén; ni nada por el estilo. Fueron los papistas malvados y pérfidos quienes comenzaron la guerra y ellos, los santos reformadores, se limitaron a responder, y, por supuesto, a vencer. Vencedores, tenían todo el derecho a escribir la historia demonizando al vencido y santificando sus crímenes sobre la sangre de los vencidos. Así que no seré yo quien borre del libro de la Historia capítulo o línea.

Entonces, por qué y a cuento de qué viene esta comparación, ¿puede saberse?

Bueno, su implacable lógica tiene que ver con la génesis de cualquier proceso esquizofrénico, en un principio, y finalmente con la negación de la realidad divina del hombre que semejante manipulación de la Historia implica. Me explico.

Cuando Dios creó el hombre lo dotó del soporte material necesario para realizar su formación a su imagen y semejanza. Estamos hablando de inteligencia. Aquel cuya Omnisciencia está fundada en un volumen infinito de memoria no podía formar una criatura a su imagen y semejanza sin dotarla de ese soporte material, que traducido a nuestra realidad se habla de una capacidad ilimitada para el almacenamiento de conocimiento.

Sobre dos columnas está fundada la realidad humana: Sobre una memoria genética, que actúa automáticamente y reconoce la realidad física sin conocimiento consciente del Yo. Esta memoria es hereditaria; y en su código lleva la imagen del mundo real, es decir, el mundo físico tal cual lo vivimos, con sus colores y sonidos.

Cuando el hombre nace su cerebro no tiene que reiniciarse y ser cargado con toda la información física del mundo real; esa información viene almacenada en la propia estructura de su cerebro. Esto hace que la capacidad de aprendizaje del ser humano sea fantástica, es decir, a la imagen y semejanza de la de su Creador.

Pero hay otra memoria que le es fundamental a la inteligencia humana y sin la cual el cerebro no puede procesar la realidad y definir la naturaleza de los acontecimientos en los que vive. Se habla de la memoria histórica de la Humanidad.

Entonces, cuando Dios proyectó la Encarnación de su Hijo la Idea fue viable únicamente partiendo de la afirmación que se nos hizo al principio: “Este es el libro de la descendencia de Adán. Cuando creó Dios al hombre, le hizo a imagen suya”. Creado a su Imagen, o sea, nacido para la Omnisciencia, inteligente por naturaleza, únicamente desde la materialización viva de las características de la Inteligencia de su Creador puede afirmarse de una criatura lo que aquí se afirmó.

De haber sido sólo una afirmación gratuita nunca hubiera podido darse la Encarnación. Porque la hubo, en la Encarnación la afirmación se mantuvo y se nos descubrió a todos la naturaleza de la inteligencia a imagen y semejanza de la cual Dios nos creó.

Ahora, creada con una memoria de volumen ilimitado la inteligencia del hombre requiere para el procesamiento de la verdadera naturaleza de la realidad que se le suministre toda la información necesaria para su ejecución. A las conclusiones derivadas de este acto de procesamiento de la información contenida en la memoria histórica las llamamos Conocimiento.

¿Qué hacemos, pues, cuando borramos de la Historia los acontecimientos protagonizados por la Humanidad, de la nación o raza que sea?

No hay que ser un genio ni estudiar todas las ciencias para comprender que el conocimiento de un pueblo cuya memoria ha sido tarada, en nombre del patriotismo, del nacionalismo, o de cualquier otra doctrina justificante de ese crimen contra la Humanidad y su nación; el resultado de semejante borrado de memoria será un comportamiento patológico, cuyo grado de virulencia, homicida o suicida, podrá determinarse partiendo de la amplitud del barrido.

Conste que sobre los muertos sólo Dios tiene el poder del Juicio. Lo que al Hombre le corresponde es eliminar todas las trabas que los nacionalismos y los prejuicios históricos levantaron entre nosotros y el acceso libre a la Verdadera Memoria Histórica de la Humanidad.

La palabra polémica viene de la palabra griega “polemós” que significa: guerra. En este capítulo voy a demostrar que el acto de traspasar de pecho a costado una hoja de papel y clavarla contra la puerta de una iglesia fue una declaración de guerra, tan real y mortífera como lo fuera la de aquella Serpiente que con toda la aparente inocencia del mundo en sus labios y, sin quererle hacerle daño a nadie, le clavó a Dios el puñal de la traición hasta el mismísimo alma.

Y es que la relación que hasta ese momento la nación alemana y el obispo de Roma habían mantenido, obviando sus hazañas, se parecía tanto a la de una madre con su hijo que, por fuerza, la Reforma tenía que sentarle a la iglesia católica como a Jesucristo le sentó la traición de Judas, con la diferencia de que Jesús la vio venir y el obispo de Roma, preocupado como estaba por construirse una “casita”, no se enteró de nada hasta que por su culpa Cristo perdió la Unidad de su Cuerpo y Reino.

Pero no sólo voy a demostrar que las 95 Tesis fue la declaración de guerra de la iglesia alemana al obispo de Roma. Voy a demostrar también que el acto de condenar a todos los católicos de todo el universo por el pecado de un obispo fue un acto de locura, un ejercicio de divinidad que, si le competía a Dios condenar a todo el mundo por el pecado de un sólo hombre, su imitación por Lutero, cuando por el pecado del obispo de Roma sentenció al infierno a todos los católicos del mundo, ese día Alemania firmó el contrato por el que sus hijos llevarían al resto del mundo al campo de batalla de la Segunda Guerra Mundial.

La Reforma fue una guerra entre siervos por el poder. En la que si una parte, el obispo de Roma, había cometido contra su Señor el pecado de Negarle, erigiéndose en cabeza de la Cristiandad, la otra parte, Lutero y sus hermanos: al ejercer de dioses y condenar por el pecado de un obispo al resto del universo católico, emitiendo este juicio final contra las demás iglesias la iglesia alemana cometió un pecado aún más terrible que el del obispo de Roma.

Siendo el espíritu del Padre y del Hijo uno y sólo uno, y la cualidad que en orden a la vida y existencia de su Reino mejor define la naturaleza de Cristo es la Santidad, al elevarlo Dios a su Naturaleza nos asegura que, como Dios no puede dejar de ser quien es, tampoco su Espíritu puede dejar de ser lo que es.

Quien a sí mismo se llama Santo debe cumplir esta ley de santidad perpetua. Así que si el obispado de Roma con todas las de la ley se merece esa gloria lo mejor que podemos hacer es juzgarlo nosotros mismos por sus obras. Quiero decir, San Pedro no fue elevado a los altares por haber negado tres veces a Dios en Jesús. Al contrario, la santidad del Hijo de Dios se descubrió en su humildad al no condenar por una debilidad pasajera a quien su Padre había elegido como Jefe de los Apóstoles.

Cuando Lutero condenó al sucesor de San Pedro en razón de sus pecados, aunque con toda la razón del mundo, esta razón no era suficiente para adjudicarse él la santidad que, de haber rechazado el Hijo al elegido de su Padre, ni el propio Hijo de Dios se hubiera merecido. La ausencia de aquella humildad jesucristiana fue el pan de cada día que Lutero le sirvió a la iglesia alemana. Pero para que nadie crea que la inteligencia de un hijo de Dios puede ser comprada o vendida en virtud del Amor a su Madre voy a empezar por quien sin su pecado no hubiera habido culpa de la que lamentarse.

Corría el año 903 de la Primera Era de Cristo. En su maravillosa omnisciencia salvadora Dios había predeterminado que el Diablo fuera liberado al término de este primer milenio. Consciente de lo duro que la condena de destierro ad eternum de su

Creación resulta a oídos de sus hijos quiso liberarlo de su prisión para que todo el mundo viera cómo en lugar de doblar sus rodillas y pedir misericordia a lágrima viva el Maligno preferiría hacer más honda su ruina. La profecía había sido escrita. Ningún siervo del Señor tenía excusa para echarse a dormir una hora antes de la liberación anunciada. Éstos no sólo dormían sino que vivían y le hacían vivir a la cristiandad una terrible pesadilla.

Para celebrar el nacimiento del siglo X, antesala del milenio por cuyo campo el Infierno extendería su grito de guerra contra el Reino de los cielos en la Tierra, el obispo de Roma, un hombre llamado Sergio, su número el 3, bajó hasta las catacumbas de su reino.

En misa negra, *ad maiorem gloriam* del Diablo que en su prisión se removía loco por ver llegar el día de su liberación, aquél obispo de Roma le ofreció en sacrificio a Satanás la vida de sus dos predecesores, ambos en la cárcel.

Aquél Sergio III degolló a Cristóbal y León, también obispos de Roma. Con este sacrificio humano al estilo de los mejores días de las religiones más antiguas y salvajes registradas en las crónicas negras de la triste memoria de nuestro mundo, con aquél doble crimen, ejecutado por un “Santo Padre” comenzamos esta historia.

De aquéllos dos desgraciados “santos padres” el más desgraciado se llamaba León, el V de su especie. El otro “santo padre”, el que se llamaba Cristóbal, dio contra él un golpe de estado, lo destronó, al pobre León V, y lo condenó a morir en la cárcel.

La providencia que la Muerte ejerce sobre el tablero de su guerra contra la Vida no tardó en mover alfil, cantar jaque y darle mate al nuevo rey de Roma. El nuevo campeón se llamaba Sergio. El 3 de su especie.

Con él llegó a Roma aquella Pornocracia que en el futuro volvería a hacer las delicias de los enemigos de Roma. Si lo de “santo” no le convenía a aquél obispo más ni menos que al propio Diablo, lo de “padre” sí. Tanto como los cuernos que su amante le ponía con los demás obispos. No es de mal pensado creer que la que se acostaba con la “cabeza” lo hacía con todo el cuerpo en su conjunto. Así que el tal Sergio tenía sobre la cabeza los cuernos que se suponían signo de los divinos profetas y a sus espaldas una historia larga de crímenes, la cima de cuyo iceberg fue el degüello de aquéllos dos “santos padres” como ya he dicho.

Sergio era el prostituto sagrado de una tal Marozia. Según esta hembra, pues que las mujeres fueron usadas para la prostitución sagrada en los tiempos antiguos ¿por qué las mujeres modernas no iban a poder hacer lo mismo con los machos de su época? (Un buen punto). Y siendo ella quien era, la hija del duque y señor de la Ciudad Eterna, por qué iba a conformarse con un cura si podía tener al mismísimo “santo padre”. Y como podía permitirse el lujo de tener por amante al mismísimo “santo padre” Marozia no se privó del gusto.

Marozia era la hija de Teodora la Grande. Esta Teodora era la mujer del duque Teofilacto, gobernador de Roma, del que tuvo a Teodora la Pequeña y a Marozia, la amante de Sergio III y madre del futuro Papa Juan, el 11 de su clase, otro “santo padre”. De todos modos aunque el obispo de Roma fuera su concubino Marozia tenía su propio marido, un tal Alberico. Quien lógicamente no podría jamás aspirar a ser el único.

El segundo marido de Marozia se llamó “Guindo”. Con el consentimiento o sin el consentimiento de éste, si por calmar los celos del marido de turno o por cambiar de tercio, el hecho es que Marozia despachó al infierno al siguiente de la lista de los santos padres, otro que se llamaba Juan, el 10 de su especie. Pero antes de despejarle el camino a su Juan, que sería el 11, Marozia siguió quitando y poniendo “santo padre” con la facilidad de la que se quita las bragas.

Anastasio, que sólo se mereció un 3 en la cama, y Landón, que se quedó con el cero a la izquierda, apenas si le duraron un suspiro a Marozia la Papisa. Los dos, Anastasio y Landón, fueron prostitutos sagrados antes de que el siguiente “santo padre” recibiera por los servicios prestados su paga; Marozia la Papisa lo encarceló y ordenó que lo encerraran en el calabozo hasta que se muriera; pero al rato lo repensó mejor y ordenó que lo mataran antes que llegara a la celda. Este fue el final feliz de aquel otro “santo padre”.

El de su sucesor no sería menos feliz. León, que así se llamaba, el 6 de su clase, no fue tan fiero como de su nombre podía esperarse que lo fuera en la cama. No le duró a la reina porno de Roma más que un medio año corto. Cansado de buscar la fiera que por su nombre debiera tener aquél “león”, Marozia lo ahogó con la almohada en la que las babas de tantos obispos de Roma habían dejado sus autógrafos.

El siguiente en mojarla fue un tal Esteban, por su título el 7, alguien de quien podía esperarse algo más. Pero no, las ilusiones de la carne se hacían más difíciles de satisfacer conforme se hacía más vieja la pelleja; de todos modos le duró dos años, el tiempo que tardó la primavera en alterar la sangre. Que, conmovida hasta las plaquetas por el amor a su hijo, y cansada de tantos “santos padres”, porque lo quería y podía lo sentó en el trono de san Pedro.

Juan, el 11 de su especie y clase, dio la venia a la anulación del matrimonio de su madre con el fantasma de su segundo esposo y gozó de la inefable visión de ver a su santa madre coronada reina de Italia. El corazón místico de la reina madre Marozia la Papisa, mujer de Hugo de Provenza, rey de Italia, y el alma divina de su hijo “el santo padre” sufrieron en esos días una desgraciado patada en sus entrañas inmarcesibles cuando el miserable hijo del primero de los esposos de Marozia, el conde Alberico el Joven puso en grito en el cielo y llamando a su causa a todos los ángeles del universo expulsó del reino de su gloria infinita a su madre. Al “santo padre Juan XI” lo desterró del Olimpo pontificio y en las mazmorras, en las que el Demonio maldito contra los barrotes de su locura inextinguible limaba sus cuernos, murieron madre e hijo. Era el año 935 de la Primera Era de Cristo

5

Desde aquella primera mentira en el Edén y durante los seis milenios transcurridos hasta nuestra Era la capacidad del enemigo del Reino de Dios para transformar su maldad y pasarla envuelta en una doctrina llena de amor al hombre se ha demostrado -o al menos eso quisiera él- infinita. Digo: quisiera él, porque ni mucho menos es así. La bondad de Dios sí es infinita, pero la de su enemigo dista mucho de llegar siquiera a superar un número fuera del alcance de la capacidad de contar de un niño.

Pensando en este temor humano a que el enemigo maldito de nuestro Mundo estuviese capacitado para desplegar contra nosotros la propiedad contraria a la Bondad Divina, en su última Revelación nos dio Jesucristo un Número. Gracias a Él, sin necesidad de someternos a la prueba de abrir una lucha cuerpo a cuerpo con el Diablo para ver hasta dónde llega su poder maligno, sabemos positivamente dos cosas. Una, que el número de transformaciones que es capaz de poner el Infierno sobre la mesa es limitado; y dos, que la locura de quien siendo su creación se atrevió a declararle la guerra a su Creador, al contrario que su poder, sí es infinita.

Pero sobre esta capacidad del diablo de tener una maldad infinita y ser el número de las transformaciones a que puede llegar su mentira un efecto contrario a

tal causa, además de la Revelación de Jesucristo, un hombre sui géneris, fundador histórico del movimiento monástico, de entre cuyas paredes saliera el pilar de la Reforma, oh R. P. Martín Lutero, un hombre llamado Antonio y tenido por todos sus contemporáneos por santo, pronunció palabras llenas de juicio.

“En primer lugar, démonos cuenta de esto: los demonios no fueron creados como demonios, tal como entendemos este término, porque Dios no hizo nada malo. También ellos fueron creados limpios, pero se desviaron de la sabiduría celestial. Desde entonces andan vagando por la Tierra. Por una parte, engañaron a los griegos con vanas fantasías, y, envidiosos de nosotros los cristianos, no han omitido nada para impedirnos entrar en el Cielo: no quieren que subamos al lugar de donde ellos cayeron. Por eso se necesita mucha oración y disciplina para que uno pueda recibir del Espíritu Santo el don del discernimiento de espíritus y ser capaz de conocerlos: cuál de ellos es menos malo, cuál de ellos más; que interés especial persigue cada uno y cómo han de ser rechazados y echados fuera. Pues sus astucias y maquinaciones son numerosas. Bien lo sabían el santo apóstol y sus discípulos cuando decían: conocemos muy bien sus mañas. Y nosotros, enseñados por nuestras experiencias, deberíamos guiar a otros a apartarse de ellos. Por eso yo, habiendo hecho en parte esta experiencia, os hablo como a mis hijos”. “Cuando ellos ven que los cristianos en general, pero en particular los monjes, trabajan con cuidado y hacen progresos, primero los asaltan y los tientan colocándoles continuamente obstáculos en el camino. Estos obstáculos son los malos pensamientos. Pero no debemos asustarnos de sus asechanzas, pues se las desbarata pronto con la oración, el ayuno y la confianza en el Señor. Sin embargo, aunque desbaratados, no cesan sino que vuelven al ataque con más maldad y astucia. Cuando no pueden engañar al corazón con placeres abiertamente impuros, cambian su táctica y abren un nuevo frente. Entonces urden y fingen apariciones para aterrorizar al corazón, transformándose e imitando mujeres, bestias, reptiles, cuerpos de gran tamaño y hordas de bárbaros. Pero ni aun así debemos dejarlos destrozarnos con el miedo a semejantes fantasmas, ya que no son nada sino pura vanidad, especialmente si uno se fortalece con la señal de la cruz”. “En verdad son atrevidos y extraordinariamente desvergonzados. Si en este punto también se les derrota, avanzan otra vez más con una nueva estrategia. Pretenden profetizar y predecir futuros acontecimientos. Aparecen más altos que el techo, fuertes y corpulentos. Su propósito es, si es posible, arrebatarse con tales apariciones a los que no han podido engañar con pensamientos. Y si hallan que aún el alma permanece fuerte en su fe y sostenida por la esperanza hacen intervenir a su jefe”.

“Este aparece a menudo de la manera como, por ejemplo, se lo reveló el Señor a Job: Sus ojos son como los párpados del alba. De su boca salen antorchas encendidas de donde chispas de fuego saltan de su lengua. De sus narices sale humo como de olla o caldero que hierve. Su aliento enciende los carbones y de su boca sale llama-. Cuando el jefe de los demonios aparece de esta manera el bribón trata de aterrorizarnos, como dije antes, con su hablar bravucón, tal como fue desenmascarado por el Señor cuando le dijo a Job: Tiene toda arma por hojarasca, y del blandir de la jabalina se burla; hace hervir como una olla el mar profundo, y lo revuelve como una olla de ungüento-; también dice el profeta del Diablo: Dijo el enemigo: los perseguiré y alcanzaré-; y en otra parte volvió a decir de sí mismo el Maligno: Y hallaron las riquezas de los pueblos como nido mis manos, y como se recogen los huevos abandonados, así me apoderé yo de toda la tierra”. “Esta es, resumiendo, la jactancia de la que alardean, estas son las peroratas que hacen para engañar al que teme a Dios. Con toda confianza os lo cuento: no necesitamos temer sus apariciones ni poner atención a sus palabras. Es sólo un embustero y no hay verdad en nada de lo que dice. Mientras habla semejantes tonterías y lo hace con tanta jactancia, no se da cuenta de que es arrastrado con un garfio como dragón por el Salvador, con un cabestro como animal de carga, fugitivo con los anillos del esclavo en sus narices, y sus labios atravesados por una abrazadera

de hierro. Atrapado como gorrión para nuestra diversión ha sido. Como sus compañeros del Infierno también él ha sido condenado a ser pisoteado como otro escorpión cualquiera y como culebra a los pies de nosotros los cristianos; y prueba de ello es el hecho de que seguimos existiendo a pesar del Maligno. En serio prometió que iba a secar el mar y a apoderarse de todo el mundo, y no puede impedir nuestras prácticas ascéticas ni siquiera que yo hable contra él. Por eso, no deis atención a lo que pueda decir, porque es un mentiroso consumado, ni temáis sus apariciones porque también son mentiras. Ciertamente no es verdadera luz la que aparece en ellos, más bien es mero comienzo y parecido del fuego preparado para ellos mismos; y con lo mismo que serán quemados tratan de aterrorizar a los hombres. Aparecen, es verdad, pero desaparecen de nuevo en el momento, sin dañar a ningún creyente, mientras se llevan consigo esa apariencia del fuego que los espera. Por eso, no hay ninguna razón para tenerles miedo, pues por la gracia de Cristo todas sus tácticas terminan en nada”.

Así habló san Antonio, el hombre que se pasó veinte años encerrado en un fortín abandonado en el desierto de Egipto, corroborando con su experiencia lo que con su ciencia nos reveló Jesús. Que la maldad del enemigo es infinita, pero su poder -como el de esos dementes que se creen infinitamente más de lo que son y creen que si se les diera la oportunidad serían capaces de sostener sobre sus espaldas el Globo de la Tierra- termina donde empezó la Cruz.

Hubo, pues, en los días del emperador Diocleciano un hombre que se llamaba Donato. Los orígenes del segundo no pueden entenderse sin los del primero, así que dejemos por un rato la polémica. La historia de los orígenes de la ascensión de Diocleciano al poder, más que larga, es retorcida. Todo empezó cuando un campesino de la estatura de un Goliat llamado Maximino se puso al frente de la sedición que acabó con la vida del emperador Severo Alejandro. Lógicamente el Senado no podía quedarse con los brazos cruzados y eligió a un anciano de ochenta años, Gordiano I, que a su vez asoció al poder a su hijo Gordiano II.

Inmediatamente Maximino les plantó cara y los aplastó. Mas como en esta Ciencia del bien y del mal que nos ha tocado vivir el más rápido nunca lo es eternamente, Maximino fue retado a duelo en territorio italiano, donde perdió el título a manos de sus propios jefes pretorianos. Estos proclamaron nuevo César. Los soldados se rebelaron entonces contra el elegido de sus jefes y así el Senado volvió a demostrar que era el más rápido. El nuevo César se llamaba Gordiano III y tenía sólo catorce años. Para paliar esta deficiencia el Senado lo casó y puso al frente de los ejércitos imperiales a su suegro. Enviado a luchar contra los persas el suegro del emperador niño murió a causa de la gripe de los generales romanos, o sea, asesinado por su lugarteniente más bravo. Acto seguido el nuevo aspirante al título mundial hizo lo mismo con el yerno, y el asesino entró en la gran historia con el nombre de Felipe el Árabe. Este firmó la paz con Sapor I, rey de los persas, bajo cuyo reinado se registra el principio de la predicación del Maniqueísmo. (Manes juraba haber recibido su revelación de la mano de los propios ángeles, de cuyos labios escuchara que Jesucristo no fue más que otro mortal, más santo y bueno que la mayoría pero hijo de su padre y de su madre al fin y al cabo). Entretanto el general que Felipe el Árabe envió contra los godos regresó a Roma convertido en emperador y dispuesto a destronar a su antiguo señor. El nuevo campeón del imperio se llamaba Decio. Este Decio fue el siguiente de la serie de césares anticristianos que con Nerón abriera la lista. La persecución no duró mucho, ni el emperador tampoco, que fue vendido a los galos por su lugarteniente, como lo exigía la costumbre.

La persecución de Decio no duró mucho pero fue muy violenta. No tanto como la de Nerón pero sí más dramática porque los cristianos se habían acostumbrado a vivir en paz con sus vecinos, y claro, de pronto el martirio. Atrapados entre lo poco que se les exigía para conservar la vida, quemar un palito de incienso a la salud del

emperador, y lo que les esperaba en caso de negación, como un viento impetuoso que sacude el árbol y quiebra las ramas más débiles, muchos cristianos no resistieron la embestida y por unos denarios se las arreglaron para comprar el documento que los salvaba. ¿Al fin y al cabo cuántos años se creía el asesino que iba a durar en el poder? ¿No murió asesinado, como sus predecesores y seguirían haciéndolo sus sucesores? De hecho apenas comenzó a gustar las mieles del absolutismo Decio fue traicionado por Gallo.

Gallo por Emiliano, y Emiliano por Valeriano. Más listo que sus predecesores, Valeriano asoció al imperio a su hijo Galieno y entre los dos hicieron lo que pudieron para restablecer la paz. El punto es que al final de la persecución de Decio, libre el obispado de Roma, dos contendientes presentaron sus candidaturas, Cornelio y Novaciano. El primero predicaba el perdón para los cristianos que, como las ramas débiles, bajo el viento de las persecuciones se rompieron y ahora sangraban por dentro porque no podían vivir con el remordimiento. El segundo decía que se fueran todos al infierno. En su bondad infinita quiso Dios que Cornelio y no Novaciano fuera en Roma su siervo. Atormentado por su derrota Novaciano invocó la autoridad del espíritu santo y demás recursos sagrados al servicio de quienes en nombre de la pureza y santidad de su creencia se levantan por la mañana -como aquel senador que se hacía repetir en el desayuno: Cartago debe ser destruida- pidiendo la muerte de sus enemigos.

La pelea fue tan violenta que el emperador acabó por desterrar de Roma a los dos contendientes. Lo importante para nuestro relato es que por primera vez vino a luz la palabra “indulgencia”. Su origen lo vemos en la bondad infinita de Dios para disculpar la debilidad de su pueblo en razón de la sangre de todos los santos mártires que pusieron en sus manos sus almas.

En el imperio las invasiones sacudían mientras tanto sus fundamentos. Por el Oeste los bárbaros de toda la vida, y por el Este los mismos de siempre. Luchando contra éstos perdió la vida Valeriano. Su hijo Galieno, bajo la presión de su general Póstumo, tuvo que reconocer el nacimiento de la vocación imperial de las Galias, de cuya semilla brotaría con el tiempo el Sacro Imperio Germánico, del que la Reforma sería su hija póstuma y puente entre el I y el III Reich.

Póstumo, como era de ley, no tardó en ser retado a duelo a muerte por su general Lelio. Póstumo fue más rápido, pero no pudo evitar que le disparase por la espalda su otro general Marco Pavonio, quien a su vez no tardó en ser derribado por sus soldados, con lo cual las Galias volvió a su paradisíaco estado bárbaro de siempre.

Más al sur, en la Italia eterna, Galieno fue retado por Aureolo. Cayó el primero y el segundo encontró la horma de su zapato en Claudio, Segundo para la posteridad. (Si la realidad no supera a la fantasía y si la historia del mundo no es una Ciencia, con su origen en la experiencia como los cánones mandan, que alguien me lo demuestre). Claudio II murió y le sucedió Aureliano, quien como todos sus predecesores tuvo que demostrar que era el más rápido, cosa que hizo contra Tétrico, el nuevo emperador de las Galias; contra Firmo, el nuevo emperador de Egipto; y contra Zenobia, la flamante emperatriz de Siria. A todos los despachó sin pestañear. Victorias que no le sirvieron de nada porque al poco fue asesinado por uno de sus secretarios. Lo mismo que Tácito, su sucesor, y Probo luego. Tal el destino de los césares; contra el que tampoco pudo hacer nada Caro, el siguiente de la lista. Ni Numeriano, su hijo, asesinado por Aper, su cuñado. Destino contra el que se rebeló el próximo emperador de Roma, Diocleciano, culpando a los cristianos de todos los males del imperio.

Por aquéllos años vivió el san Antonio del que arriba invoqué unas palabras sobre la naturaleza de la supuesta maldad infinita del Diablo. Naturalmente

Diocleciano no se convirtió en la bestia negra del cristianismo de la noche a la mañana. Primero reorganizó el Estado dividiéndolo en Oriente y Occidente, ambas partes dirigidas por un Augusto, él mismo Augusto de Oriente y su colega, Maximiano, de Occidente. Los dos Augustos tendrían cada uno un César. Diocleciano eligió a Galerio y Maximiano a Constancio Cloro, padre del futuro Constantino el Grande. Al rato comenzaron los disturbios. Diocleciano tuvo que vencer al próximo emperador de Egipto, Constancio Cloro a un aspirante a rey de Inglaterra y Galerio a Narsés, rey de Persia. El éxito de este Galerio en la cuestión persa unió a Diocleciano y Galerio hasta el punto de dejarse Diocleciano engañar por la acusación de Galerio de ser el cristianismo la raíz de todos los males del imperio, contra cuya cizaña sólo cabía una respuesta: La persecución total, una solución final al lado de la cual la de Nerón y la de Decio fuesen recordadas como un juego de niños.

Desde el 250, año de la persecución de Decio, al 303, año de la persecución de Diocleciano, a pesar de la sucesión vertiginosa de crímenes de sucesión, guerras civiles senado versus generales, rebeliones provinciales y guerras inter-imperiales, sólo había pasado medio siglo. Pero este medio siglo había sido suficiente para que los cristianos se olvidasen del terror de la persecución de Decio y se echasen a dormir creyendo que ya jamás volverían aquellos tiempos. ¿El número de mártires durante la persecución de Galerio y Diocleciano? Muchos o pocos desde luego no hubo ni un sólo alemán. Especialmente porque Constancio Cloro, César de Occidente, no firmó el Edicto de la Bestia, que se cebó en el mundo grecolatino.

Así las cosas Diocleciano abdicó y obligó a seguir su ejemplo a su colega Maximiano, quedando Galerio y Constancio Cloro como Augustos. Hecho, Galerio nombró como César suyo a Maximino Daya y para César de su colega eligió a Valerio Severo. El hijo del Augusto depuesto, Majencio, protestó y se declaró en rebeldía. Por su parte Constancio Cloro tampoco se quedó contento; su idea era asociar a su hijo Constantino como César. Majencio se enfrentó a Valerio Severo y lo derrotó. Constancio Cloro entretanto libraba su propia batalla en Inglaterra contra los bárbaros mientras su hijo era rehén de Galerio. Al conocer la muerte de su padre Constantino huyó y se unió a los ejércitos, que le reconocieron Imperator. Acto seguido Constantino se casó con una hija de Maximiano, hermana de Majencio. La alianza la conjuró Diocleciano, quien tuvo la idea de cuadrar el círculo enfrentando a Constantino con su suegro y su cuñado mediante el truco de asociarle Licinio. La artimaña le dio resultado.

Constantino contra su suegro fue el duelo siguiente. Maximiano fue derrotado y cayó con las botas puestas. Al poco Galerio murió sin el honor de los soldados, en el campo de batalla, y Maximino Daya se alió con Majencio. Constantino se enfrentó a Majencio y Licinio a Maximino. Ambos ganaron sus duelos. E inmediatamente dieron a luz el Edicto de Milán, año 313 de la Primera Era de Cristo. El cristianismo había vencido al imperio romano. Era la hora de la celebración de la victoria. Y las campanas de todo el imperio repicaron ad maiorem Dei gloriam. Todas menos una: las de Cartago. Las de Cartago repicaron a misa fúnebre. El oficiante se llamaba Donato, obispo, por supuesto.

Lo mismo que pasó durante la persecución de Decio ocurrió durante los nueve años de la persecución de Diocleciano y Galerio. Bajo el efecto de la tormenta huracanada que azotó el imperio las ramas tiernas del árbol cristiano se quebraron por el peso del susto a la tortura. Y como pasara en tiempos de Novaciano otra vez fue un obispo que no expuso su cuello a la guillotina, de nombre Donato, quien para hacerse propaganda y decidir su elección a la catedral de Cartago le negó el perdón de los pecados a los cristianos que se las arreglaron para sortear el martirio. Empezando, lógicamente, por su rival al puesto de obispo.

Los tiempos habían cambiado y el obispo Mensirio sorteó el martirio entregándoles a las autoridades los libros sagrados. Si se los entregaba no le pasaría nada, y si no: lo mataban. El hombre pensó que los libros se pueden escribir tantas veces como haga falta pero que el libro de la vida de cada uno se escribe una vez, y no le dio más importancia.

Error. Siempre hay alguien por ahí para ser el juez de tus actos. Jesucristo dijo: “No juzgues a nadie, porque con la misma vara que juzgues serás juzgado”. Mas como quien tiene el espíritu santo tiene la palabra Donato juzgó y condenó a su obispo y a todos los que, como Mensirio, creyeron que vale más la vida cuando se la compara con un papel, porque la verdadera Escritura no está escrita en piedra sino en los corazones.

Insatisfecho con esta respuesta Donato predicó la necesidad de matar a todos los traidores y a la iglesia católica que con sus indulgencias -como muy bien ha expuesto Lutero en una tesis anterior, concedida siempre después de la penitencia- estaba dando pie a esta situación. El odio hacia el obispo de Roma y hacia la iglesia católica se convirtió en el signo de identidad entre los verdaderos fieles de la nueva iglesia de Cristo. Amén.

Se dice que los nuevos cristianos enviaron más católicos al infierno que mártires al Cielo la persecución de Diocleciano. Y, en fin, cada cual saque sus conclusiones sobre la guerra civil que la Reforma desató contra todos los católicos por el pecado de un sólo hombre, el obispo de Roma.

6

Observemos de todos modos que la figura de ese personaje, archienemigo del Bien, y por tanto de Dios, el Antiguo Testamento no la incluye en su iconografía literaria. Ni Moisés ni los profetas que le siguieron hablaron directamente de esta antítesis del Espíritu Santo, criatura real y de existencia tan letal como la de la serpiente antigua que mató a Adán y Eva. Ni David ni Salomón abrieron sus manos para iniciar a su pueblo en el conocimiento de ese personaje legendario típicamente cristiano. En algunas ocasiones sueltas se habla de un Leviatán, de unos hijos rebeldes, de demonios obviamente, pero nunca de esa figura tan precisa de características anticristianas tan específicas, el archienemigo del Espíritu Santo por excelencia.

Desde el Antiguo Testamento no se puede relacionar a Satán con este personaje anticristiano, encarnación del Mal, adorador de la Muerte, su diosa, hijo del Infierno, su verdadera patria, el fuego del amor por la Guerra por sangre y espíritu. El Antiguo Testamento delinea su existencia pero no la corporiza. No previene al pueblo de Israel sobre la identidad y poder de su verdadero enemigo y enemigo del género humano. No niega la existencia de hijos rebeldes que, contra la voluntad de su padre, Dios, jugaron con los hombres y se acostaron con sus mujeres. Recordemos las palabras: “Cuando comenzaron a multiplicarse los hombres sobre la tierra y tuvieron hijas, viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron de entre ellas por mujeres las que bien quisieron. Estos son los héroes famosos muy de antiguo”. ¿Conclusiones? Bueno, las que siempre hemos intuitido. Que los hijos de Dios entre los que Dios distribuyó en su día los pueblos de la Tierra, y fueron los dioses tutores de la Humanidad eran criaturas tan de carne y hueso como lo somos los hombres, y viendo hermosas nuestras hijas cruzaron con nuestra raza su sangre, produciendo criaturas nuevas.

No dice nada la Escritura sobre cómo reaccionó Dios ante aquél cruce de razas cósmicas. Pero si dice la Escritura que “creció la maldad del hombre sobre la tierra y

su corazón no tramaba sino aviesos designios todo el día” y en consecuencia “se arrepintió Dios de haber hecho al hombre en la tierra, doliéndose grandemente en su corazón”. Sigamos entonces sacando conclusiones. Del efecto obtenido de aquella causa -el cruce de razas de distinto origen en el universo- podemos nosotros deducir que la causa iba buscando precisamente ese efecto -la destrucción del hombre por su Creador- y de este objetivo podemos elevar nuestra mirada a la maldad de quien activó el efecto deviniendo su causa.

Tampoco Moisés dio nombres sobre aquéllos hijos de Dios, padres de los héroes de las edades de los mitos y las leyendas que el Diluvio enterró para siempre. Olvidándonos ahora de la maldad de tales divinos padres, sí cabe hacer constar aquí que los delirios de los héroes de aquellas edades, creadores de las religiones sangrientas, inventores de los sacrificios humanos, de los que nos han llegado a nosotros testimonios literarios reclamando para sí ser hijos de dioses, y la confesión de sus madres reclamando haber sido tomadas por los dioses, encuentran en este testimonio bíblico su mejor aliado histórico. Pero regresemos al tema central, la maldad en el origen del nacimiento de aquellas edades de héroes y semidioses sacrificando a sus padres vidas humanas, implantando el terror de sus esquizofrenias a los pueblos que les rodeaban.

Destaquemos dos cosas. Aquella Maldad que se contagió al hombre; y la reacción que Dios sintió al ver a su criatura humana convertida en un monstruo, sacrificador de sus semejantes. A partir de estas dos notas, aquella Maldad de aquéllos hijos de Dios y aquel Desgarramiento del Corazón de Dios, nosotros estamos perfectamente capacitados para ir perfilando dos naturalezas, dos espíritus. Que los coloreemos y les demos cuerpo dependerá ya de nosotros mismos. La pregunta más interesante y profunda es la siguiente: ¿Siendo Todopoderoso y Omnipotente, siendo Omnisciente y Presciente porqué permitió Dios que aquella Causa de la Maldad del Hombre fuese activada? Es decir, ¿por qué no detuvo a aquéllos hijos malvados antes de que el delito se consumara?

No parece sino que Dios dejara hacer, permitiera que sus hijos jugaran a ser dioses y El mismo se limitara a barrer los desperfectos que causaban con sus acciones. Dios ponía la cara de quien le duele el corazón pero tampoco hacía nada para impedir que sus hijos hicieran lo que hacían. Le vemos de nuevo en el libro de Job siguiéndole el juego a su hijo Satán. Con el permiso de Dios este Satán convierte la vida placentera y maravillosa del santo en un infierno de miseria y desastres sin fin. Otra vez Dios se limita a barrer la casa. Su postura parece más la de un padre que ha aceptado la condición de sus hijos, y, aunque no le guste demasiado sus juegos, pensando en su infinito poder para deshacer sus entuertos tampoco les impide divertirse. En el caso de las mujeres humanas les dejó gozarla, vio nacer la maldad y no hizo nada, excepto barrer la casa. Desde el punto de vista de semejantes hijos aquél Padre era maravilloso, y así tenía que seguir siéndolo eternamente.

Más o menos es lo que del estudio superficial del Antiguo Testamento cualquier judío de los tiempos de Jesús podía deducir, comprender, inferir. Mas sobre la existencia de esa figura que llamamos el Diablo nada podía saberse con toda seguridad. Esa figura entra en la Historia Universal precisamente con Jesucristo.

Jesucristo no sólo perfiló ambos espíritus, no sólo tomó el Desgarramiento del Corazón de Dios en una mano y en la otra la Maldad de aquellos padres de los Héroes de la Antigüedad, además los perfiló y los corporizó, los definió y los descubrió. Él fue el primer hombre que trajo a existencia real y corpórea la existencia del Maligno, el Diablo, Satán, la Serpiente Antigua, el Dragón.

Visto esto se comprende que el concepto del Mal que Jesucristo puso en escena tuviera que chocarles a los judíos. Y no sólo su concepción del Mal, en la que la Serpiente del Edén dejaba de ser una simple metáfora para convertirse en un hijo de Dios, con su nombre propio, Satán. Era su concepción del Mal y también su concepción del Bien.

Regresemos al escenario histórico de aquél siglo y desde su conocimiento miremos cara a cara a aquél Jesús de Nazaret. Aquél Jesús trajo al mundo una concepción de la Paternidad Divina sobre la cual nada habían oído los judíos tampoco. Quiero decir, que Dios era Padre se había demostrado. Que la paternidad implica la existencia de un hijo primogénito es de necesidad. Siempre tiene que haber uno que es el primero y es a partir de cuyo nacimiento se hace padre la persona en cuestión, en este caso Dios.

Nada tenían que objetar los judíos sobre el particular. El Antiguo Testamento tampoco le daba nombre. Ellos se lo podían figurar. Dios era padre, luego tenía que haber un Hijo primogénito. Ni Moisés ni David ni Salomón ni ninguno de los profetas le pusieron Nombre a ese Primogénito. Que tenía que existir, por supuesto; que ellos ni nadie en este mundo conocían su Nombre, también.

El problema es que Jesucristo iba un paso más allá. Si sobre ese Primogénito nada habían escrito los autores bíblicos, que ese primogénito fuera Unigénito menos aún. Así que desde este punto de vista clásico: Cristo era la locura de Jesús.

Atrapados entre su ignorancia sobre la existencia y Maldad del Diablo y el Desconocimiento de la existencia y vida del Hijo Unigénito de Dios los judíos, abandonados a sus propias fuerzas, a las fuerzas de su sola fe, fueron arrastrados a los pies de la Cruz por fuerzas para ellos incontrolables. ¿En qué basó Jesucristo su revolución teológica? ¿En qué argumentos basó la entrada de estas dos figuras: la del Maligno, el Diablo, de un sitio; y la de Dios Hijo Unigénito, del otro?

Bueno, a estas alturas de crecimiento de la inteligencia nadie debe ignorar la verdad. No en la fe sola; es decir, en su fe propia, inspirada por el Espíritu Santo y por tanto a aceptar como si se tratase de la palabra de Dios, basó Jesucristo su revolución teológica. Sobre esta base sin embargo los judíos sí se hubieran sentado a hablar y a discutir el tema de la posibilidad de la existencia de esos dos personajes, el Diablo y el Hijo Unigénito de Dios.

No, sobre la fe sola no fundó Jesucristo su revolución teológica. La fundó sobre las Obras. “Pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan, porque las obras que mi Padre me dio hacer, esas obras que yo hago, dan en favor mío testimonio de que el Padre me ha enviado, y el Padre, que me ha enviado, ése da testimonio de mí” (Juan, 5.36). Y otra vez: “Os lo dije y no lo creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ésas dan testimonio de mí...Yo y el Padre somos una sola cosa... ¿No está escrito en vuestra Ley: Yo digo: Dioses sois? Si llama dioses a aquellos a quienes fue dirigida la palabra de Dios, y la escritura no puede fallar, ¿de Aquel a quien el padre santificó y envió al mundo decís vosotros: Blasfemas, porque dije: Soy Hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, ya que no me creáis a mí, creed en las obras, para que sepáis y conozcáis que el Padre está en mí y yo estoy en el Padre” (Juan, Jesús uno con su padre).

Y era lógico que así fuera, que Jesucristo fundara su revolución teológica sobre las Obras. ¿Acaso Moisés emprendió la suya sin las Obras que su Señor le había encargado realizar? ¿Y no fue sobre el testimonio que le prestó a su doctrina esas Obras que Moisés pudo transformar la relación entre Dios y su Pueblo? Luego la Fe, tanto la de Moisés como la de Jesucristo, tenían una misma Roca: las Obras que el Dios de ambos, a uno como Señor y al otro como Padre, les dio hacer.

Incapacitados los judíos para comprender la naturaleza de las fuerzas que provocaron la Caída de Adán, de lo cual da testimonio la ignorancia en la que hasta hoy día algunos viven, creyendo que Adán y Eva son los padres genéticos de todas las naciones de la Tierra; esa ignorancia había llegado a convertirse en una segunda naturaleza tan poderosa en el pueblo judío que no pudieron ver por las Obras de Jesucristo la naturaleza de su Revolución. Juzgar a la Historia es una facultad fuera de nuestra naturaleza sin embargo, así que regresemos al tema central.

La existencia del Diablo como justificación de la coexistencia en un mismo mundo de Dios y del Mal es un argumento vacío de sabiduría, inteligencia, entendimiento, juicio y verdad. Hasta la saciedad explotaría yo este argumento si yo fuera el Diablo. Este argumento y la idea primitiva de ser el Diablo un encantador de sombras jugando a asustar a los valientes con tentaciones patéticas y ruidos en las tinieblas serían mis dos armas favoritas. Naturalmente no soy ése. Pero hay un argumento más patético aún para justificar la coexistencia de un Dios infinitamente todopoderoso y un Diablo infinitamente malo y perverso. Se trata del argumento protestante sobre la Predestinación. Según este argumento sencillamente Dios predestina a los buenos a la gloria, y por eso los suizos y los príncipes alemanes y los reyes europeos corrieron a coger los primeros asientos en la iglesia de Lutero y su revolución teológica.

Y los malos: los católicos, los españoles, los judíos, los campesinos, y por regla general todos los demás eran malos porque Dios los había predestinado al Infierno y por eso eran malos, y por eso a los buenos les estaba permitido estrangularlos, descuartizarlos, despojarlos de sus bienes, esclavizarlos, retirarles todos sus derechos civiles, quitarles la libertad religiosa, etcétera, etcétera, etcétera. Y ya está solucionado todo el problema.

Pero de ninguna manera están solucionadas sus conclusiones teológicas. Porque si Dios es un super-archi-satán negándole la Libertad de elección entre el Bien y el Mal a su creación en este caso su Juicio contra Satán es una farsa de principio a fin. No hay que ser muy astuto para ver la línea de autodefensa que el Diablo estaba haciendo mediante este argumento protestante delante del Tribunal de los hijos de Dios. Porque si Dios es Omnisciente y lo ordena todo desde su Sabiduría es evidente que nadie tiene Libertad y en consecuencia todo el universo es esclavo de la voluntad oculta de su Creador, que a unos, sin conocimiento de causa, dirige hacia la izquierda, y a los otros, sin capacidad de decisión, arrastra hacia la derecha. ¿Así que cómo imputársele al Diablo su Maldad si su origen es el propio Dios que a unos predestina al Bien y a otros a hacer el Mal?

Conste que como línea de defensa el Diablo se buscó un buen argumento: Y que, de haberlo desarrollado delante de un Tribunal menos preparado, por ejemplo encabezado por un Lutero, un Calvino y sus colegas, su exposición hubiera convencido a sus miembros, o al menos hubiera podido crear en ellos una duda razonable. Afortunadamente para todos nosotros el Tribunal ante el que el Diablo expuso esta línea de argumento en defensa de su Maldad, afortunadamente, digo, estaba Presidido por Dios. Ya lo dijo Pedro: “Pablo os escribió conforme a la sabiduría que a él le fue conferida. Es lo mismo que, hablando de esto, enseña en todas sus epístolas, en las cuales hay algunos puntos de difícil inteligencia, que hombres indoctos e inconstantes pervierten, no menos que las demás Escrituras, para su propia perdición” (Pedro, 2, Hay que vivir prevenidos). El fondo bíblico que a estos nuevos doctores les prestó argumento para defender al Diablo delante del Tribunal de los hijos de Dios y del mundo lo encontraron en la epístola de san Pablo, hablando de la justicia de Dios para con los gentiles y los judíos. Sobre cuya interpretación ya previno san Pedro, y cuyo consejo no les valió de nada a los nuevos maestros en artes y sagradas escrituras que acabaron eligiendo la vía de la perdición antes que reconocer que la Sabiduría de Dios,

aquella sabiduría misteriosa, madre de los perfectos, no estaba predestinada para ellos.

7

Ya se pueden ir sacando las primeras conclusiones finales que nos conduzcan de cabeza al final. Una palabra emerge todopoderosas de todo lo expuesto hasta aquí: “Dinero”.

Un nombre tiene lo que los propios autores del acto que define este nombre llamaron Reforma: Rebelión. No hubo Reforma, hubo Rebelión.

La Reforma no fue en ningún momento un movimiento espiritual a la conquista de la “reforma” que la corte pontificia romana se había negado a realizar en los últimos siglos. Para nada. El Protestantismo fue la consecuencia de esas continuas negaciones del obispado romano a revocar la locura que, en el supuesto nombre de la autoridad jesucristiana y contra la dignidad divina de la Sucesión de Pedro, estaba en la base del desprecio de todas las naciones hacia -como gustaba llamarse a sí mismo- el timón rector de esta Nueva Arca de Noé.

No se puede ser muy infalible para comparar a la Iglesia Católica con un Arca. ¿Habiendo jurado Dios que no volvería a destruir al hombre mediante un diluvio, acaso acusaba el Papa a Dios de ser la causa del diluvio de las Invasiones de los Bárbaros, por ejemplo?

Hay que ser algo más que falible para por decreto propio situarse más allá de toda justicia, declarándose, por el poder de Jesucristo y contra el Espíritu Santo, obispo-dios.

Poco infalible hay que ser para, en virtud de la Sagrada Escritura y contra el Espíritu Santo de Cristo, declararse Papa más que Emperador.

Bastante más que sujeto a error había que estar para contra la doctrina de Jesucristo y por la Gracia de la sangre de los mártires llamarse Santo Padre.

Obispo-dios, papa-emperador, santo-padre, ¡por Dios Santo!, cómo se podía manipular el Símbolo de Unidad en que Dios convirtió la Debilidad de Pedro para transformar su Sucesión en una cueva de ladrones, obispado romano e italiano ahogando a golpe de excomunión y fuego de hoguera cualquier crítica.

Aquí, pues, era donde estaba la Reforma. Ahí era donde el Cielo y la Tierra clamaban por una Reforma. Al Espíritu Santo que condujo a sus siervos a la Victoria, el obispo romano le quitó el poder de sucesión apostólica que fuera la gloria del Cielo y la Tierra cuando san Ambrosio eligió a su sucesor, san Agustín, caso más llamativo y esplendoroso de la vitalidad invicta y vivificante de la actuación libre y amorosa del Espíritu Santo.

La necesidad, en efecto, obliga a muchas cosas. El imperio de las circunstancias arrastra a las criaturas a hacer lo que jamás creyeron que pudieran hacer. Es una de las leyes de la Ciencia del bien y del mal. Todos aprendemos de las vueltas que da la vida a valorarnos por lo que somos, a conocer nuestros límites, a comprender a los demás mirándonos a nosotros mismos en el espejo de la memoria. Sin embargo aquel obispado romano no parece que aprendiera para corregir, no parece que conociera para tener más juicio. Al contrario, como el enfermo que se despreocupa de su enfermedad y la deja crecer, el obispado romano fue de mal en peor y no paró de

cultivar su enfermedad espiritual hasta que el grito de la fiebre causada en todo el cuerpo cristiano se tradujo en Rebelión.

Contra la Sabiduría, que diera por sentado que los sucesores apostólicos están sometidos a las leyes humanas y por tanto como cualquier hijo de hombre pueden equivocarse -de aquí que se diera un Símbolo de Unidad- el obispado romano se hizo infalible, cuando las páginas de su Historia están llenas de sus errores, de sus crímenes y de sus corrupciones.

Contra Dios Padre, que abolió el Imperio en el Cielo y fundó un único reino universal aquí en la Tierra, el obispado romano resucitó el Imperio, y no uno cualquiera, no, resucitó de su tumba el imperio que más odioso les era a Dios y a su Hijo, el Romano.

Contra su Señor, que se levantó contra el Templo Antiguo por haber sido transformado en una cueva de ladrones, el obispado pontificio en Francia y desde Francia transformó el Primado Romano en una nueva cueva de ladrones con un único propósito, la extorsión de los pueblos cristianos.

¿Había razones para una Reforma? ¿Volvemos a hablar de Pornocracia de los santos-padres, aquellas series de miserables obispos romanos que se sucedieron en las camas de sus prostitutas sagradas, convirtiendo la sucesión de San Pedro en una lista negra de bestias compitiendo entre ellas a ver quién era el peor, el más sanguinario, el más depravado? ¿Hablamos de la maldición pontificia que a raíz de la entronización del obispo-dios, por obra y gracia de la locura de Gregorio VII condujo a los obispos romanos a huir de su sede, violando el derecho canónico que le prohibía a un obispo abandonar su sede por miedo a la muerte? ¿Volvemos a hablar de la esquizofrenia egolátrica de aquel Bonifacio que convirtió el Oficio Pastoral en Imperium?

¿Había causas para una Reforma? Pero por qué hablar tanto cuando las palabras de un hijo de hombre no son más que viento y sólo por el amor del Creador a su criatura se le concede el maravilloso don de la palabra. Que hable el Hijo de Dios y de su boca sempiterna se oigan los términos del Contrato por el que los Obispos y todos los sacerdotes son contratados a su Servicio, y por su Gloria y Majestad transfigurados en su Cuerpo:

“No vayáis a los gentiles ni penetréis en ciudad de samaritanos; id más bien a las ovejas perdidas de Israel, y en vuestro camino predicad diciendo: El reino de Dios se acerca. Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, arrojad a los demonios; gratis lo recibís, dadlo gratis. No os procuréis oro ni plata, ni cobre para vuestros cintos, ni alforja para el camino, ni dos túnicas ni sandalias, ni bastón, porque el obrero es acreedor a su sustento. En cualquier aldea o ciudad en que entréis, informaos de quién hay en ella digno y quedáis allí hasta que partáis, y entrando en la casa, saludadla. Si la casa fuera digna, venga sobre ella vuestra paz; si no lo fuera, vuestra paz vuelva a vosotros. Si no os reciben o no escuchan vuestras palabras, saliendo de aquella casa o de aquella ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies. En verdad os digo, que más tolerable suerte tendrá la tierra de Sodoma y Gomorra en el día del juicio que aquella ciudad”.

Y de nuevo:

“Os envío como ovejas en medio de lobos; sed, pues, astutos como serpientes y sencillos como palomas. Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los sanedrines y en sus sinagogas os azotarán. Seréis llevados a los gobernadores y reyes por amor a mí, para dar testimonio entre ellos y los gentiles. Cuando os entreguen, no os preocupéis cómo o qué hablaréis, porque se os dará en aquella hora lo que debéis decir. No seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu de vuestro padre el que

hablará en vosotros. El hermano entregará al hermano a la muerte, el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres y les darán muerte. Seréis aborrecidos de todos por mi nombre; el que persevera hasta el fin, ése será salvo. Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra; y si en ésta os persiguen, huid a una tercera. En verdad os digo que no acabaréis las ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del hombre. No está el discípulo sobre el maestro, ni el siervo sobre el amo; bástele al discípulo ser como su maestro y al siervo como su señor. ¡Si al amo le llamaron Belcebú cuánto más a sus domésticos! No los temáis porque nada hay oculto que no llegue a descubrirse, ni secreto que no venga a conocerse. Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo a la luz, y lo que os digo al oído, predicadlo sobre los terrados. No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que el alma no pueden matarla; temed más bien a aquel que puede perder el alma y el cuerpo en la gehenna. ¿No se venden dos pajaritos por un as? Sin embargo ni uno de ellos cae en tierra sin la voluntad de vuestro Padre. Cuanto a vosotros, aun los cabellos todos de vuestra cabeza están contados. No temáis, pues valéis más que muchos pajarillos. Pues todo el que me confesare delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre, que está en los cielos; pero a todo el que me negare delante de los hombres, yo le negaré también delante de mi Padre, que está en los cielos. No penséis que he venido a poner paz en la tierra; no vine a poner paz, sino espada. Porque he venido a separar al hombre de su padre, a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra, y los enemigos del hombre serán los de su casa. El que ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama al hijo o a la hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos mía, no es digno de mí. El que halla su vida, la perderá, y el que la perdiere por amor a mí, la hallará. El que os recibe a vosotros, a mí me recibe, y el que me recibe a mí, recibe al que me envió. El que recibe al profeta como profeta, tendrá recompensa de profeta; y el que recibe al justo como justo tendrá recompensa de justo; y el que diere de beber a uno de estos pequeños sólo un vaso de agua fresca en razón de discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa”.

Y se calló. El que quisiera firmar el Contrato de Siervo que lo firme, el que no que se quede en casa. A nadie obliga, el Hijo de Dios no va por ahí sacando de la cama, látigo en mano obligando a la gente a volver a nacer a la imagen y semejanza de Cristo. La cuestión es, viendo este perfil del Discípulo-Siervo ¿en qué se asemeja o se le parece aquel obispado romano contra el que se hizo la Rebelión de media Cristiandad, y con toda la razón del mundo? Rebelión es el término que define el acontecimiento que sus protagonistas llamaron Reforma

